

Tuula: Turku (Finlandia) 1962-1963 / Turku - Alcalá de Henares 1985

Con esta viñeta referida a Finlandia en lo que atañe a su trasunto más significativo; y con esta criatura, Tuula, también finlandesa, abrocho un aro de 23 años que deja encerrado, clausurado entre sus márgenes –o al menos así lo percibe el corazón mío– un frondosísimo índice de ocurrencias, un inquietante juego de latitudes, una perentoria premonición de inalcanzables absolutos. Escandinavia, en este relato (por el momento creo que definitivo) pasa a ser historia. El lector, en todo caso juzgará...

Como tantos otros hilos en el grueso tapiz de mi ansia de centrifugacidades hacia lo exótico redentor, el arranque de éste tiene lugar en el verano de 1962 mediante la recogida de un coche en Düsseldorf (Alemania) y el poner el taladro de la proa de mi voluntad en dirección cada vez más arriba... Norte de Alemania, Dinamarca, Suecia... y por último, Turku (Finlandia) salvando las inevitables secuencias de “ferries” y la travesía de una noche del gran brazo de mar Norrtälje (Suecia) - Turku (Finlandia) donde se compaginan y reúnen el mar Báltico y el golfo de Bothnia. Lo único bueno que tenían estas navegaciones nocturnas, dentro del organigrama espontáneamente complejo de un viaje así, era que desempeñaban su cometido instrumental y ancilar en las horas menos hábiles para el juego normal de actividades. El amanecer con todo el día por delante daba con uno en un nuevo país, y para llenarlo nada mejor que las ínfulas de mesianismo lírico que a mí me inflamaban. No puedo recordar detalles porque, además, en aquellas épocas, preso del torbellino de la acción, no era yo dado a anotar el dato diario, la concreta ocurrencia, sino más bien, una vez de vuelta, ya en casa, recogerlo compendiado. Sólo recuerdo que las actuaciones tenían algo de irrepetiblemente mágico, de improvisación carente de cánones, porque la sola materia prima de un español en la Finlandia de 1962 era sobradamente original como para no necesitar de más precedente (ni referencial ni normado) que el que yo mismo pudiera

proporcionarme...

Por segunda vez –la primera databa de diciembre 1959, como ya sabrán algunos de mis lectores– llego a Turku como puerta de entrada en Finlandia. Tras las maniobras forzosas del desembarco, me dispongo a seguir el boulevard Linnankatu, torcer a la derecha en la Kaskenkatu, y continuar a lo largo de la Uudenmaantie, sin dejar ya la dirección a Helsinki. Ahora con un plano de la ciudad delante de mí, no implica violencia de principios conjeturar que muy bien podrían venir de (o encaminarse a) la catedral de Turku emplazada en el parque al que circunda en su lado Noroeste el río Auraä y la Toumiokirkokaty por la fachada Noreste. Tampoco es descartable, aunque menos probable, que se dirigieran a (o vinieran de) la iglesia ortodoxa griega sita en la calle Aurakatu, en la parte Oeste del río. Sea como fuere, ahora, como digo, con la imperturbable complicidad de un plano delante de mí, quiero creer que fue en la confluencia o cruce de la Uudenmaankatu y la Hämeenkatu donde nos encontramos. Yo había detenido el coche acaso para terminar de cerciorarme sobre la dirección de Helsinki. Eran dos muchachas jovencitas, atildadas, vestidas (ahora lo comprendo) como de ceremonia, como de domingo. En aquellos cuadrantes de ánimo y de disposición cualquier mínima instancia de abordaje contenía suficiente cantidad crediticia como para hacerle a uno empezar a hablar. ¿Hablar? Casi con toda probabilidad unas rondas de sonrisas, unas tandas de ademanes conciliadores y persuasivos, unas dosis de semi-frases, de despuntes de frases... y ya estaba: El hielo había cedido y lo demás venía por su pie. Una de las cosas que yo, como hispano angloparlante, encontraba a mi favor es que todas estas criaturas del Norte de Europa tenían cierto conocimiento, siquiera rudimentario, de la lengua inglesa. Las invité a subirse al coche, supongo que después de preguntarles si querían ir a algún sitio. Creo que sí, que querían. Los motivos de... ¿conversación? ardían como yesca, ganando todo el terreno posible a la inhibición, abriendo puertas y más puertas a la comunicación y a la mutua confianza. Las dos se habían sentado conmigo en el asiento delantero del Opel Kapitan, pero la más calladita había caído a mi lado. Se

llamaba Tuula, y su amiga, la que hablaba por las dos, con cierta soltura en inglés, Inge. Al llegar a lo que parecía la residencia de una de ellas e informarme que era allí donde querían quedarse, Inge se bajó prudentemente del coche, y yo, sucumbiendo al inconsútil esteticismo que nuestra dialéctica había urdido quién sabe a través de qué misteriosas vías, soldé los invisibles filamentos de esa complicidad densa que se nos va acercando, que se cierne... Besé a Tuula allí en el coche, con la alegría del novicio y la retórica del menesteroso. La besé con la determinación deportiva de quien no gana nada..., porque sabe que tampoco tiene nada que perder. Se bajó también del coche y tras la correspondiente recompostura de nuestro gesto, regresados al confín de la realidad, hicimos el consabido intercambio de direcciones y de nombres especificados con detalle. Una vez re-encontrada mi dirección, yo me fui hacia Helsinki y ellas desaparecieron.

Ese mismo año, por noviembre, mientras discurría mi segundo curso de profesorado en la Michigan State University de East Lansing, Michigan, U.S.A, me llegó la primera foto de Tuula, sacada en 1960 según indica la fecha del reverso. Aparece Tuula Vuorensola (pues tal es su nombre cumplido) con una sonrisa... más que sentida, yo diría que deseada; acaso como alternativa mirífica a la adustez de su Norte: Pelo suavemente moldeado en melenita flameada, ni corto ni largo, hasta algo por debajo de las orejas y hasta bastante por encima de los hombros. Lo que lleva puesto parece ser una prenda oscura y lisa, si jersey si vestido, cerrada por arriba por un como botón a modo de roseta, sin que ello impida destacarse un correctísimo y esbelto cuello del que pende un collar rematado en un dije o broche en forma de barquilla o rombo. Digo que la foto era de 1960 y que yo la recibí, junto con una carta en inglés, en noviembre de 1962. Debí de seguir alguna misiva más que nos intercambiamos, y debí yo de enviarle alguna foto mía. Lo normal y esperado en semejantes casos...

Llegó el verano de 1963 y yo, aprovechando el compromiso social de asistir a la boda de un amigo mío español contra finlandesa (envidiable coartada), diseñé un vasto plan de viaje, con más días, más

medios, y más conocimiento. Esta vez volé directamente a Helsinki, actué como testigo en el Himeneo de mi colega, me alquilé un coche Volkswagen y me lancé a soldar las mitades de la realidad y de la fantasía. En otro lugar o lugares han quedado relatadas las peripecias de este magnífico verano de 1963 y las misiones de contumaz y novedoso exotismo que mi alma fue dejando fundadas en la idílica Suomi, y sobre ello no insistiré. Ni tampoco voy a zahondar en la disfunción emocional con que Tuula me regaló cuando después de mil vericuetos y averiguaciones acerté a dar con la casa semi-rural de Turku en que ella vivía entonces. Todo esto ha quedado razonado y no haría sino ilustrar ahora un muestrario de anécdotas. La verdadera categoría subyace en el blando encanallamiento de mi alma; en mi no sentirme sobremanera preocupado por el fracaso en un episodio cuando mi camino se proponía estar repleto de ellos...

En septiembre de ese 1963 comencé en London, Ontario, el primero de mis ocho cursos de profesor universitario en Canadá. Lo que no sospecharía nunca es que hasta 1985, veintidós años después de nuestro segundo –y por el momento, último– encuentro, no volveríamos a vernos Tuula y yo. Sin embargo, la comunicación epistolar (y más tarde telefónica) sostuvo el aliento de mutuo interés, de curiosidad mutua que surgió de aquel azaroso y fugaz encuentro en el verano de 1962. ¿Qué ocurrió, así, en esos 22 años? Tuula, con una pasmosa regularidad (regularidad que, necesario es decirlo, experimentaba vanos, páramos de silencios, a veces, de varios años) se dio maña para que aquella original puntada aguantara el curso del tiempo y no dejara paso a las mareas invasoras del olvido. Durante mis dos primeros años en Canadá, Tuula me escribía (cuando me escribiera) en inglés, propiciado por su amiga Inge, la que la acompañaba en nuestro primer encuentro, el de 1962. Pero también me escribía en finlandés. Desconozco si fui yo (supongo que sí) quien le dije que entre el elemento estudiantil de mi clase en la University of Western Ontario se encontraba una chica, Brenda Maki, de ascendencia finlandesa, con sólo dos generaciones de arraigo en Canadá. Brenda, además de estupenda y lúcida chica, no tenía ninguna

razón para no dispensarme el pequeño servicio de trasladarme lo que dijese las cartas de Tuula, en ningún caso –ocioso es decirlo– secretos de Estado, sino comentarios femeninamente sugeridores, polivalentemente inocuos, mezclando noticias y saludos en un claroscuro de cortesía; en una palabra, nada que no pudiera airearse a la puerta de la iglesia, como acaso bien imaginen hasta las más escrupulosas de las conciencias de mis lectores. Conservo algunas cartas (por desgracia, no todas) y también conservo un buen número de postales de Tuula. Como digo, hasta una época que yo haría coincidir laxamente con años de la mitad de la década de los setenta. Tuula me escribía bien en inglés o bien en finlandés. Luego (ya explicaremos por qué) pasaría a introducir prioritariamente el español. Las cartas en inglés se las aderezaba su amiga Inge. Las cartas en finlandés (por lo menos hasta mayo 1965 que duró mi estancia en London, Ontario) me las traducía Brenda Maki. Un ejemplo de la típica cortesía descafeinada contenida en tales misivas podría ser:

“Dear Tomás: Greetings from the North and thanks again from (sic) your most welcome letter and so on...”

Por supuesto, que mantener el tiro no de una sino de cien correspondencias era algo perfectamente encajable dentro de mis capacidades. Quiero decir (sin que, por falta de detalles ya idos en la bajamar del pasado, pudiera yo porfiar sobre ello)... quiero decir, que de nosotros dos muy probablemente fuese yo quien con más vehemencia, aplicación, asiduidad e intensidad de contenido instrumentara el deporte de la correspondencia. Pero tengo que precisar que Tuula *nunca* me dio a pensar que por la dinámica “normal” de las cosas fuese ella a desengancharse de esa sociedad tan volátil y tan abierta que habíamos establecido. De 1966 (estaba ya entonces yo profesando en la Queen's University de Kingston, Ontario) data una preciosa foto en blanco y negro que Tuula me envió. La cartulina parece estar cortada de una fotografía o conjunto mayor, y muestra sentadas en el extremo de un “chesterfield” o sofá a Tuula y a otra amiga. Con ese sentido entre pudoroso y pragmático de no dar nada por sabido que tienen algunos, Tuula pareció obviarme la

señalización de su persona mediante un aspa encima de su testa capitel. Está absoluta, meridianamente preciosa. Siempre según mis cálculos officiosos no debía de tener los 19 años aún. Luce peinado liso, tipo melenita, como un casquete adherido a la cabeza cubriéndole la frente hasta casi el inicio de la sonrisa, y también los lados, concediendo tan sólo una apertura al lóbulo combado de la oreja. El vestido, de una pieza, negro, cerrado en cuello y mangas por una orla –bordada con motivos se me antojan que parecidos a los adornos lapones– daba salida a dos esbeltísimas piernas, enfundadas en medias blancas, a modo de ríos que al llegar a la rodilla torciéranse en su caída vertical hasta el suelo, encapsulados los pies en unos zapatos negros ajustados sobre el empeine por una abrazadera del mismo color. Aquella foto de Tuula, segunda que fue en la particular colección con que me obsequiara a lo largo de todo nuestro tiempo espiritual, la he considerado siempre un hito de primera juventud, de escuetísima elegancia.

A todo esto los años seguían cayendo. Tengo aquí, sobre la mesa, delante de mí, una carta de Tuula fechada el 10 de abril de 1970, que por la excepcional lucidez de su contenido transcribo en su casi totalidad:

“Dear Tomás: You invited me to Spain in the summer. I would like to come there, but the language problems are so big and I hope you understand. I don't speak even English, only Finnish. We wouldn't get along by talking with our hands, dictionary and with the talk of love. I am very sorry... My girl friend is writing this letter in English. I would like to meet you after so many years because the last time you were here in Finland and came to see me is not very nice to remember. I was so surprised and afraid that I almost threw you out. But perhaps I was then too young and I didn't understand things quite right. But now when we would like to meet we cannot speak together. I do not know what to do.

With love. Tuula”.

Un portentoso documento que interpreta el pasado, declara el

presente y especula con el futuro. No cabe duda que yo debí de haberle sugerido a Tuula lo de venir a España invitada por mí, lo cual se inserta en unas estructuras normalísimas del proceder mío. La amiga a quien menciona como redactora de las cartas muy probablemente se trataba, todavía, de Inge.

Creo que fue por esas fechas o algo más tarde [época decisiva para mí, puesto que tras apurar una imposible hartura de convivencia, decidí abandonar definitivamente Norteamérica], digo que creo que fue por esas fechas cuando Tuula, en un alarde de extroversión mostrativa, me envió una secuencia simultánea de cuatro bellísimas fotografías en color. En todas ellas cuatro aparece Tuula con idéntico atuendo: Un traje de chaqueta con dos amplias solapas cruzadas y botones dorados, lazo grande de cintura dispuesto en el costado izquierdo y pantalón ligerísima y elegantísimamente acampanado en su extremidad, todo de una monotonalidad vino de Burdeos o suave bermellón; medias blancas y zapatos planos, tinte como de marrón brillante. El pelo, recogido hacia atrás, permitiendo tan sólo por la frente la irrupción de unos bucles finos, colgando con estética negligencia; pulsera de tres bandas caladas y otros tantos dijes pendiendo en su muñeca derecha; bolso en su hombro izquierdo, sostenido como con descuido entre desenfadado y cinematográfico... ¡Eso es: Cinematográfico! Ignoro (aunque sospecho) quién le tomara tales fotos, pero en ellas hay una buena dosis de estudio y de pose, de reflexión y de voluntad de hacerse notar a la persona a quien iban dirigidas, en este caso yo. En una de las instantáneas aparece Tuula debajo, mejor dicho, entre la frondosidad, de un guindo, sosteniendo con la mano izquierda, como para atraerla, una de sus ramas; y con la derecha retirando el rabito de una guinda que tiene en la boca y que, por el gesto y la posición de los labios nuestra heroína se halla en el proceso de degustar. ¡Absolutamente cinematográfico! Debía discurrir entonces Tuula por los 23 años o así.

La tarjeta-carta que con fecha de 3 de julio 1974 me envía Tuula desde Turku merece una especial reflexión. La transcribo íntegra:

“Hola: Saludos de Finlandia. Mi amiga está aquí otra vez (como

ves) y ella me ayuda. Ahora estamos juntos (sic) trabajando en la tienda y vivimos juntos (sic) en la casa del campo. Cuando vienes a Finlandia y al campo para sauna. Aquí el tiempo no está bien, hace un poco frío, pero “natur” (sic) es muy bonito. ¿Qué haces tú? ¿Tienes vacaciones? ¿Cómo es el tiempo allá? Bueno, tú me escribes, ¿sí? Espero que estés (sic) bien. Un abrazo de Tuula y de mi amiga también (Karina). Por favor -write- en español.

P.S. Todo el tiempo estamos oyendo la música español (sic)”.

Tal era el texto que cubría una de las caras de una cartulina blanca, en cuyo anverso alguien había dibujado a plumilla la figura de un muñeco bañista de ojos grandes, y al que habían colocado con pegamento (aquí veía yo la mano artesana de mis amigas) un sombrero enorme, confeccionado de un recorte de tela de colorines. Dije unas páginas antes que el contenido de las postales que Tuula me enviaba no añadía nada revelador y que por eso y en principio desestimé su comprobación. Con el propósito ahora de averiguar si Tuula me había hablado de Karina con anterioridad a la mención que de ella hace en esta cartulina reseñada, me he animado a recoger de entre el montoncito de postales que conservo las pertenecientes a Tuula. No, no hay nada de Karina. ¿Entonces? Probablemente fuera en alguna de las llamadas de felicitación de Navidades y buenos deseos para Año Nuevo... Probablemente, no lo sé. Las postales expresan textos muy circunstanciales, como no podía ser de otra manera. Por otra parte, algo que Tuula ha venido manteniendo a través de los años es la fecha de mi aniversario, el 29 de septiembre, y descubro una postal cuyo único contenido es: “Feliz cumpleaños. Un abrazo de Tuula”.

Luego vino otra foto en blanco y negro, más pequeña, y como desglosada también mediante recorte de una unidad originalmente más grande. Tuula aparece (o se me aparece) en uno de sus gestos más tristes y/o más estudiados, en cualquier caso, desconocido para mí: Está sentada en el suelo, viste una blusa estampada como con muchas flores, y pantalones largos muy anchos en los bajos y con vuelta; calcetines o medias destacadamente blancos y zapatos oscuros, de

medio tacón; piernas semi-cruzadas; su mano izquierda se apoya en el suelo, mientras que con el haz o parte externa de la mano derecha en la mejilla parece sostener la ponderación de sus meditaciones; y ese mismo codo descansa en la rodilla izquierda. Insisto: Una pose estrictamente inusual y como artificiosamente cavilosa. No recuerdo la fecha de su envío, pero la madurez del gesto de Tuula parece indicar que acababa o estaba a punto de entrar en la treintena.

Sin embargo, y como veremos inmediatamente, desde mediados de los años setenta a mediados de los ochenta, creció en nuestra comunicación un letargo invasor, desperezado tan sólo por el consabido y subitáneo telefonazo navideño, y por un par de fotos que Tuula me envió, una de ellas con Karina. En ambas fotos Tuula rezuma la madurez agolpada, armónicamente asumida de quien ha entrado en acrisolada sazón. En la foto en que aparece sola, mostrando únicamente la cabeza y el arranque de los hombros, luce un pelo cortito, exceptuado por un flequillo que la cubre parte de la frente; tirantas por los hombros como de un traje de verano; y cuello abajo, la doble vuelta como de un bejuquillo color hueso y marrón, y lo que parece una torques propiamente dicha de cuentas pequeñas y grandes que sostiene, colgante en su centro, una insignia o medalla cortada por la foto. La otra, tomada en una tienda de ropa [luego sabría que se trataba de una boutique a la que Tuula dedicaba algunas horas al día de entretenimiento] muestra a Tuula con gafas, con melena semi larga y enfundada en un jersey tipo lapón; y a su amiga Karina, al lado, rubia, con melena aún más larga, y asimismo vistiendo un jersey igual; ambas sentadas. Uno de los ademanes o gestos más sugeridores y atractivos de Tuula: Preciosa, intachablemente bonita, irrenunciablemente amable...

Eso, digo, sería de las pocas cosas que salpicaron de novedad el enorme páramo de todos esos años. Acaso, también, tuviera mucho que ver el hecho de que yo estaba empeñado a fondo en una de mis más salvajes realizaciones: Completar en sus más de tres cuartas partes restantes la carrera de Derecho; preparar un examen de Licenciatura; superar seis cursillos de Doctorado; escribir una Tesis,

leerla con sobresaliente en febrero de 1980, y comenzar a publicar una serie de trabajos (en la actualidad llevo ya once) en varias de las mejores revistas jurídicas españolas... Todo ello, claro, sin dejar mi ocupación “full time” como numerario en el área de Filología Inglesa. Los veranos –en la medida y con la intensidad que fuere, por supuesto– los tenía supeditados a la puesta a punto, para septiembre, de los colgajos de asignaturas que irremisiblemente no he dejado de arrastrar convocatoria tras convocatoria desde que en 1953 arranqué desde mi parrilla de universitario...

Así las cosas, puedo, siquiera esencialmente, documentar que el año 1984 fue el del comienzo de la eclosión hacia nuestro reencuentro. Hay una carta de Tuula, fechada el 9 de febrero 1984, y escrita inusualmente en inglés con salpicaduras de español. Su contenido invita a una reconstrucción imaginaria (no conservo datos materiales) pero fiel de lo que debieron ser las comunicaciones previas mías que, en último término, dieron lugar a dicha carta de Tuula. Hela aquí:

“Querido Tomás: Thank you very much for your letter and picture. It was a nice surprise hear about you after so long time. I could not wait to know something about you anymore, because I was not sure about your address where you live. You became to my mind when I saw your picture. We have winter here, just now. It is a lot of snow but it is not so cold. I'm still working in same place with my friend Karina. I'm not married but I'm still with same man with who I've been twentythree years. We live together in big house by the sea. I have been in good health (gracias a Dios) and everything goes well and tranquilo. My parents are not working anymore they are pensioners. They are traveling often to South just to Spain, a sol español. I should be very glad if you would write to me.

Con cariño.

P.S. My knowledge is still bad. The telephone number is same”.

La carta no deja un solo cabo, ni atado ni suelto: De ahí la enorme cobertura testimonial que despliega. Por lo visto, y no me extraña, yo le había enviado alguna foto: Probablemente se trataba de las que me hice sacar para el carnet del Colegio de Abogados de

Granada, y en la que aparezco con gesto proporcionado, hasta juvenil, responsable y conciliador. Muy bien. El “after so long time” se tiene que referir al foso de esos cuantos años en que nuestra correspondencia –si bien nunca amenazada de extinción– quedó ralentizada al máximo. El pasaje más ilustrador (y al mismo tiempo más cauterizante) de su carta fue su información sobre haber estado viviendo ya 23 años con el mismo hombre. Así que cuando yo la ví y la besé por primera vez en 1962, no había cumplido –colijo hoy– los 16, y... ¿ya llevaba un año viviendo con el hombre de toda su vida? [Tengo que resistirme a no adelantar acontecimientos. El tiempo me haría saber que Tuula constituía uno de los más sobresalientes especímenes de monoandria con que yo me hubiera encontrado en mi vida]. Así que cuando la volví a... saludar (?) en aquel malhadado encuentro de 1963, en Turku, acaso estuviera su compañero allí mismo, allí detrás o dentro de la casa a la que con tan deportiva patente de curso de turista romántico me había yo llegado...

Esta carta, como digo, era de 9 de febrero 1984. El seis de junio del mismo año recibo en mi dirección de Alcalá de Henares una tarjeta postal con el siguiente texto:

“Hola amigo. Yo te deseo un buen verano. Tengo vacaciones el día de 11 junio, tres semanas y después de el primero (sic) agosto dos semanas. ¿Cuándo tienes tú vacaciones y qué haces?

Tuula”.

Habrà observado el lector que transcribo adrede las pequeñas faltas ortográficas: Bastante mérito encontraba yo en que alguien de un país con una lengua tan particular me escribiera en la mía. En caprichosa y omnimoda laxitud, Tuula fechaba unas comunicaciones sí y otras no, además de las tapadas por el franqueo, y ahora me cuesta reconstruir la secuencia con la exactitud cronológica deseable. Otra postal, sin fecha, enviada desde Finlandia a mi dirección en Granada, contiene sin embargo una información inequívoca:

“Hola Tomás. Voy a ir a Tenerife el día 24 enero para una semana. Estoy (sic) en Puerto de la Cruz en Hotel Miramar. Estoy contenta porque esta la primera vez cuando voy a España (a tu tierra).

Un cariñoso saludo.

Tuula”.

Algunas de las fechas supletoriamente las descubriría yo mirando con lupa el matasellos. Quiero recordar ahora que esta última postal, con el baile de tiempos verbales, que no dejaban traslucir a las claras los aspectos de presente y/o de futuro, me llegó pasada la semana que empezara el 24 de enero. También recuerdo que me contrarió enormemente aquella contingencia, porque desde Granada me hubiera desplazado a las Afortunadas sin excesiva dificultad. Pero lo que mejor recapacito es que llegué a la incontestable conclusión de que Tuula había preferido las cosas como efectivamente fueron; y que no procedía que “ese” viaje suyo fuese la ocasión en que nos encontrásemos. Me lo confirma su siguiente postal, esta vez fechada, sí, el 26 de febrero 1985, y desde Finlandia asimismo:

“Amigo mío: Recuerdos de Tenerife. Me gusto mucho. Había mucho sol y buen comida. Gracias por tu carta. En la próxima carta te mando fotos y te escribo más. Con cariño.

Tuula.”

Quiero igualmente recordar que “tu carta” se refiere a la que yo debí de escribirle en tono sincero, de dolida contrariedad, de malgastada impotencia e inútil frustración por no haberme advertido ella con tiempo de sus planes de viaje, y no haber coincidido con ella allí, en Tenerife...

Bien. Lo que habrá de todas formas captado el lector menos comprometido con este tramo de historia emocional que estoy intentando relatar, es que se iba gestando un magma formidable de indicios, de inminentes urgencias, de epifanías anticipadas. La siguiente carta de Tuula, escrita en papel rugoso y grueso, como apergaminado, de color marfil, sin fecha, fue la espoleta que propició la tan retardada explosión:

“Amigo mío: Muchos saludos de Finlandia, aquí tenemos calor porque es verano. Lo siento que no he escrito. En mi vida ahora

tengo “crisis”. Con mi novio no tenemos bien. We have been together twentythree years. Tu comprendes seguro como yo siento, por eso estoy muy desalienta y no he tenido ganas para escribir. ¿Tienes ya vacaciones? ¿Vives ahora en Madrid? Muchas [veces] estoy pensando porque tu no estás casado. ¿Con quien vives? ¿Vives con tu hermana? Estoy enfadada porque no se hablar ni escribir español, esto es tan difícil. Espero que tu tienes todo bien. Tal vez un día [nos] encontremos. I hope so. ¿Que haces en tus vacaciones? Por favor ven a Finlandia. Un fuerte abrazo de Tuula.”

Definitivo, ¿no es así? Esta carta supone un terminante salto cualitativo de las relaciones entre Tuula y yo, y de Tuula con ella misma. Siempre que repaso esta carta me regocija la absoluta evitación de la palabra *marido* que instrumenta Tuula. Por cierto que con arreglo al dato que la carta de Tuula de 9 de febrero 1984 proporciona, serían 24 ya los años de convivencia con su “novio”. Acaso en dicha carta quiso decir sólo veintidós. Veintitrés o veinticuatro, ¿qué más da?, si ello es una enormidad de tiempo. Los dos protagonistas de la convivencia pacífica por mí podrían denominarse, no mujer y marido, sino santaella y santoél. El caso es que Tuula confirmaba, si es que hubieran quedado dudas, su ejemplar vocación de mujer de un solo hombre. Y es también el caso que su compañero mostraba un criterio pragmático de no querer participar por obligación a nadie (y mucho menos, al Estado) la plasmación a título individual de sus vivencias. En mi análisis urgente significaba asimismo que Tuula constituía un caso patológico de ilimitada confianza en una situación dada, a prolongarse en el tiempo; y que ello tal vez fuera la poco edificante causa de que Tuula, monumental y competentísima ama de casa –lo veremos en su momento, ya mismo– no se hubiera preocupado de garantizarse algo más para su futuro, como, por ejemplo, aprender idiomas, etc., etc. Por último, en el S.O.S. que por medio de esta carta me lanza (y tiene por adelantado toda la comprensión mía) tal vez Tuula fuese incapaz de asumir que respecto del tipo de personas al que yo pertenezco la sustitución de *vida* por literatura es fórmula corriente; y que nuestros ardores [sobre

todo cuando referenciados y afectados a alguien concreto, y Tuula era ahora ese “alguien concreto”] no son ni la mitad de vitales de como lo son literarios. Y buena prueba es que estoy escribiendo todo esto como si se tratara del diamante que resulta de la combustión de toda la ganga carbonosa que, como comparsa, a cada cual le apetezca imaginarse. Repárese igualmente en que Tuula remató esta carta con “un fuerte abrazo”, con toda seguridad transplante expresivo de mi fórmula habitual. En su momento se me informó que Karina transmitía por teléfono a Tuula la transcripción de sus cartas en español a mí...

En definitiva, cortadas todas las retiradas posibles, con un enjambre de urgencias empujando, asumí la reacción químico-patológica que entrañaba la decisión de huir hacia adelante: Me levanté un día de julio de 1985, me presenté en la Agencia Meliá de la calle donde yo mismo vivo en Alcalá de Henares, encargué un billete, y tras el correspondiente telefonazo a Tuula (siempre entendiéndome con Karina) sobre la decisión tomada, y para hacerles saber mi llegada al aeropuerto de Turku, me apresté para el viaje nada menos que “veintidós años después”...

Los vuelos Madrid - Helsinki que hace la Finnair en aviones DC – 9 tipo grande son realmente directos, quiero decir, sin escalas. Y así fue el mío aquel 29 de julio de 1985. Me viene a la conciencia una inexplicable nostalgia de los viajes anteriores, cuando la Escandinavia remota estaba mucho más lejos y mucho menos concurrida. Ni aun en el habitáculo del avión pudo faltar la típica pirueta del azar localista: Resulta que en el mismo vuelo se encontraba Antoñito el farmacéutico, el amigo granadino de Vicky y de Toti, y que viajaba con su actual mujer, Sussie (de madre finlandesa), y con dos preciosidades de niñas rubias, hijas de ambos. No pudo faltar tampoco la francachela lingüística a expensas de algunos términos en finlandés y de su lúdico parecido (si desvirtuada ligeramente su eufónica y original pronunciación) al pretendido y disparatado correspondiente en castellano. Tal el caso de la frase “katso puihta”, equivalente a “mira a los árboles” y de “katso puuta” que viene a

querer decir “mira a ese árbol”. Fatalísticamente lo que sigue: -“¿Sabes, Tomás, que “mira a ese árbol” se dice *cacho puta*?” [Ni que decir tiene que la transcripción del finlandés de dichas frases es aproximada y meramente de oído]...

El aeropuerto de Helsinki, un primor de limpieza, de proporciones y de concierto. Probablemente no haya lugar del mundo como Finlandia donde sus habitantes (pocos) respecto de su país (grande en proporción: Exactamente el sexto, en extensión, de Europa) ejerzan una disciplina ecológica más consciente y trabajosamente sostenida. Más de 300.000 kilómetros cuadrados para menos de seis millones de moradores dan, desde luego, mucho trabajo. Aquella impresión de puntualidad, limpieza, proporcionalidad de espacios y concurrencia en los mismos, etc., confieso que después de tantos años volvió a proporcionarme la suficiente dosis de recuerdo para lo que me quede de vida. Ahora bien –me decía–, todo eso hay que pagarlo. De momento, claro, no pagué nada porque no era ésa la circunstancia ni tenía necesidad de nada, pero me fijé en que los precios de los comestibles en el stand del aeropuerto (¡y como correspondía a un lugar que tanto tenía que ver con las alturas!)... estaban por las nubes: 1 kilo de manzanas, 300 ptas. Y así, pues todo...

No me dio mucho tiempo de soliviantarme con tales comprobaciones (que en puridad sólo hacían conectar coherentemente con los baremos comparativos de mis anteriores viajes) porque mi avión para Turku me reclamaba. Uno de los vuelos más cortos de mi vida: 15 minutos únicamente; y más límpido, como si de coger un taxi nuevo a la puerta de la casa de uno se tratara y hacer un recorrido de quince minutos por parajes incontaminados y excelsos. Pocas veces me he sentido más seguro que en ese vuelo en que la tripulación se me antojaba un grupo de conductores amigos, de toda confianza. El descenso desde el avión a la pista, al suelo, por unas escalerillas simples, sin más, me empieza a poner el corazón a tiempo de galope. [Es que son 22 años, me sigo repitiendo]. Llevo tan sólo el maletín inglés tipo ejecutivo, de dos piezas unidas por el juego de bisagras y cierre al centro. No soy capaz de sustraerme a ejecutar un toque de

acicalamiento, de compostura del pelo hacia uno de los lados de la raya, manipulación que abandono al no resistir el punto de vergüenza con que yo mismo me regalo tan tontamente. Pero el caso es que voy llegando al edificio del terminal de viajeros... y me enderezo, pongo gesto de no mirar a nadie, de no distraer la mirada... de hacer como si nada, pero la verdad es que sin mover la cabeza vengo escudriñando a distancia, repasando e identificando (o mejor, tratando de identificar por exclusión, en este caso) todos los bultos humanos que se hallen entre mí... que me acerco, que me acerco cada vez más..., y el sitio donde necesariamente, de estar, tiene que estar quien sea. No hay duda: Enfrente ya de mí, en un despliegue lineal de uno en fondo, ligeramente alabeado en su concavidad, se encuentran nada menos que cinco personas, una de ellas con una criatura en brazos. Me está recibiendo una genuina y abundosa representación de finlandeses: De izquierda a derecha: Tuula; una niña; un tipo fornido, con barba recortada aunque crespa, castaña, y una amigabilísima expresión; una joven preciosa, rubia, de ojos azul estuario, con un bebé en brazos; y otra chica, algo más corpulenta y maciza, rubia también, expresiva, y que es la primera de todos que aventura un gesto, una palabra, acaso ambas cosas a la vez, como saludo palmario a mi persona... y que sólo puede ser... Karina. En efecto, Tuula es... Tuula, claro, la primera por la izquierda; la joven rubia de los ojos azul lago (o estuario, dijimos) es su hermana Cristina; la niña de tres años que está al lado de Tuula, y la que está en brazos de Cristina, hijas, ambas, de ésta. El mozarrón de la sonrisa amistosa y acogedora, es Yuuka, compañero sentimental, marido de Karina. Se produce un agolpamiento (creo que no del todo lúcido por mi parte) de saludos en graduaciones, en prioridades, en exteriorizaciones de cortesía y pragmatismo al mismo tiempo. No es fácil acertar con la maniobra de prestidigitador, a la vez de leal cordialidad, y de espectador reservado como creo que es lo que me está a mí tocando ensayar... Un poco por no dar la sensación de que mi viaje a Finlandia no lo ha monopolizado por entero la existencia (y la presencia allí mismo) de Tuula, sino que también interviene un vago sentimiento patriótico hacia la Suomi del millón de lagos; un

poco por hacer, de ese mi regresar a poner el pie en un lugar con tan míticas connotaciones para mi alma, un ejercicio solidario y distributivo de cortesías y aquiescencias... y otro poco porque mi percepción estética habitualmente me propone trochas escapistas que no estoy en disposición de razonar, ... etc., etc... el caso es que a quien primero saludo es a Karina que ha esgrimido la más temprana señal de reconocimiento. Luego, pasado este primer tramo de momentos, hechas las presentaciones de rigor y de urgencia, mi alma se llena de referencias plurivalentes respecto de Tuula: No sé si jugar la baza del expansivo fogoso enamorado, o la del distante contenido: Al final supongo que me sale una mezcla de ambas cosas; pero ya en el coche de Cristina beso a Tuula en el cuello varias veces, alargando la intención y la ejecución, y ella se zafa entre permisiva y medrosa.

Se me va desvelando lo poco que me quedaba por desvelar de la 'vida y milagros' de Karina: Su español le viene de haber vivido y trabajado varios años en las Canarias para una empresa de importación/exportación: Algo así como una multinacional. Ahora, sin más protocolos, hacemos el gasto ella y yo cotorreando y aclarando todos los asuntos de pura curiosidad. Me dice que Tuula tiene 38 años, cosa que mis cálculos elementales me habían ya dejado adivinar. Corroboro así que cuando la conocí y la besé en 1962 tenía quince; y que aquella primera foto que me envió de 1960, vestida con una blusa o jersey negro (como ya intentara describir antes) le fue sacada el día de la ceremonia de su confirmación en la iglesia, ¡¡a los trece años!! Ahora en el aeropuerto de Turku la encontré guapa; la ví muy guapa: Estilizada, aderezada con una expresión entre contenida, parsimoniosa y expectante...

Conducimos hasta donde vive Tuula, una preciosa casa de campo tanto para verano como para invierno, con todo el confort esperable. A unos 300 metros de la edificación principal está la caseta de la sauna propiamente dicha. Allí me instalan. Poder dormir en medio de la soledad es algo que no imaginaría excepto en alguno de estos parajes. La pasarela de la sauna se adentra en el agua, no de lago esta vez, sino de mar, de uno de los innumerables entrantes, calas, que

parecen desgarrar la campiña de las inmediaciones de la ciudad de Turku. La casa de Tuula [la llamaré así sin implicar ningún título de pertenencia o propiedad, sino tan sólo de uso posesorio] se halla en pleno campo, a unos cinco kilómetros del centro de la ciudad, en la zona Samppaantie, distrito 96. Lo he dicho más de una vez y sólo voy a volver a mencionarlo por vía de *memorandum*: El consorcio de urbanidad y ruralismo es una consecución admirable de ciertas culturas. Hice idea de preguntarle a Tuula –luego se me pasó– si las casas aquí, como en la que ella vive, llevan incorporado el magnífico espacio de campo, prado, bosque, margen de lago o mar que normalmente se despliega para la libre utilización de cada cual. Sabido es que los arquitectos finlandeses se han ganado una buena reputación, y a ello deben la asignación de contratos para la construcción de hoteles, sobre todo en la otrora U.R.S.S. Estas casas con vistas al estuario marítimo (me voy fijando en dosis sostenidas y asimilables) son de fábula: Los materiales son sólidos y de altísima calidad, para que funcionen y duren. Sí, esta concreta casa de campo donde vive Tuula (diseñada, ya dijimos, como vivienda permanente para verano e invierno) tiene todas las comodidades imaginables: Suelos de madera ante los que el parquet que nosotros empleamos es una birria de sucedáneo y suplantación; alfombras, calefacción, entarimados de rejilla a la entrada de la casa, etc. La cocina-cuarto de estar es espaciosa y el complejo del mueble refrigerador ocupa dos unidades o neveras altas donde pueden guardarse provisiones fácilmente para un mes. Los cuartos de baño son fantásticos: Maderas y baldosín fino; toallas gruesas, como alfombrillas suaves; bayetas como esterillas y sandalias de esparto grueso. La artesanía de estos nórdicos con la madera es proverbialmente destacada: Las calidades son increíbles. Los cuartos trasteros o ‘sheds’ contienen toda suerte de utensilios, y además esta gente está educada en el ejercicio, en la práctica de las artes y oficios: Todos los hombres parecen ser mecánicos, artesanos y facultativos de todos los menesteres que despliega la función doméstica.

Cerca de la cabaña de la sauna, una especie de chozo de madera

o ‘closet’ que sirve para las necesidades fisiológicas insoslayables, está calculado con limpieza y funcionalidad: Las heces caen, a través de un agujero, sobre un cajón removible, y sobre el excremento se echa una como hojarasca vegetal, allí dispuesta, que elimina por completo todo rastro de mal olor. Desde detrás del garito se retira el cajón, se arroja su contenido al suelo circundante como abono concentrado, y se vuelve a colocar. Las funciones de lavado posterior se efectúan en las instalaciones de la sauna dentro de la cabaña. Ese estar *en* el campo, *con* el campo y *para* el campo [puesto que nuestro abono natural a él revierte] ha sido siempre una formidable lección ecológica que Finlandia ha impartido ante mi conciencia. De los cerezos de junto a la entrada frontal de la casa (que, por cierto, por las fechas mucho más recientes de esta mansión, no pueden ser ni son los mismos bajo los cuales se fotografió Tuula hace años, vestida de encarnado) penden unas láminas de papel de plata, a modo de estandartes pequeñitos, y que al menor soplo de aire o batido de la brisa, se están moviendo de continuo. Así se mantiene alejados a los pájaros (al menos en teoría), me dicen.

Y hablando de fotos debo reseñar aquí la primera gran eclosión de complicidad que se celebró entre nosotros; el primer nudo de motivaciones al unísono, aquello que a los ojos de todos justificó con creces mi presencia allí. Ocurrió que en el pequeño ajeteo de organizar mi sucinto equipaje nada más llegado a la vivienda, eché mano de una pequeña carpeta desglosada de todos los demás adminículos de mi maletín tipo ejecutivo, y se la alargué a Tuula. Contenía una a una, todas las cartas, todas las postales y todas las fotos que Tuula me había ido enviando durante más de veinte años. Sin decir palabra Tuula se levantó y al minuto regresó con un fajo de documentos que no era otra cosa sino la colección de fotos y fotocopias, postales y más que nada cartas que yo le había escrito también durante los mismos más de veinte años. Aquello fue la sanción definitiva, la más fehaciente credencial de mi embajada en Finlandia.

Tuula está muy atractiva: Por la mañana del primer día, después

del de mi llegada, viste un ropaje suelto, como de judoka. Siempre va descalza, en la más aceptada tradición de naturismo doméstico. Sin embargo, ya he descubierto tres borrones en su personalidad, uno de ellos, caído desde toda la vida, el de tener, y jugar con, un perro; los otros dos, fumar y echar un traguito con más frecuencia de lo que cabría esperar, al parecer desde la agudización de su crisis de convivencia con su *marido*. Por eso, cuando está absolutamente sobria está también absolutamente más atractiva. Su sobrina Michaela (la mayor de las dos hijas de su hermana Cristina) es una niñita de tres años rubísima y monísima, de postal, de referencia tipificada. La estoy viendo jugar con el perro, con los consabidos altibajos en las maniobras: Chillidos, revolcones, estirajones, algazaras. Tuula, por la mañana presenta un aspecto mucho más estrenado, más reciente y juvenil que por la noche, cuando lleva en el cuerpo unas cuantas cervezas y algún vino y hasta algún cognac. Tuula está siendo el eslabón preciso en el nunca interrumpido mecanismo que tan activamente ha protagonizado la conciencia mía de no entender a las mujeres ni de pretender entenderlas. He llegado a la conclusión de que lo mejor con Tuula es no esforzarse en materias de... ¡entendimiento! En definitiva, lo imprescindible es que me entienda yo, y para tal menester me suelto retahílas de palabras más o menos coonestadas; y me las escucho, a ver si así me las entiendo mejor. La verdad es que entre esta mujer y yo estamos atentando contra la fundamentación de nada menos que tres lenguas: Las dos nuestras y la inglesa, de paso, por servir de intermediaria. Las palabras, los signos, las irisaciones de una vibración expresiva no llegan a formar el módulo misterioso que se hace fuerte en la cabeza atómica de toda virtualidad comunicativa. A veces con Tuula me sucede que concurren por azaroso ensalmo estas porcíunculas inconexas de una misma voluntad; y todas a la vez se declaran insuficientes, y dejan paso a un proyecto de intuición e irrealidad que tiene, sobre todo lo anterior, la ventaja del posibilismo a estrenar; de la novedad inédita. Está visto que, a fin de cuentas, uno debe comprar su propia salvación a cambio de la ofrenda de la también propia voluntad de individualismo intransferible. Y todo

como compensación supuesta de que otra criatura se salga con la suya, que a la postre no es ‘suya’ ni de nadie...

El caso curioso es que la previsión íntima, convivencial, cosmovisiva de algunas de estas gentes es mucho más tradicional de lo que a primera vista pudiera parecer: Tanto Tuula como Karina quieren a toda costa acceder a la categoría de matrimoniadas, de ‘empapeladas’, aunque hayan estado conviviendo desde hace muchísimos años con sus respectivos compañeros, y ambas dicen que no han tenido hijos porque en situación de no ‘ritualizadas’ ¡¡no es correcto!! Me acabo de fijar en que el saludo de despedida transitorio, nuestro ‘hasta ahora’, ‘hasta luego’, lo expresan los finlandeses mediante un “hey, hey”; mientras que el *adiós* más duradero, o el ‘hasta la vista’ es “näkeemin”...

Puedo disponer de un modelo distinto de atuendo deportivo prácticamente cada día porque el compañero de Tuula, Timo [que, claro está, ahora no se encuentra en casa, sino que anda ‘por ahí’, de vacaciones] posee un ajuar verdaderamente notable. En este caso, ni que decir tiene, cualquier vulneración por parte mía respecto de la voluntad de Tuula en cuestiones de intimidad, sería una deslealtad imperdonable. Y el caso es que Tuula se dedica ahora, en exclusividad desbordante, a su función de ama de casa: A su lado el tiempo se afinca, retrocede, se impulsa a trancos hacia adelante. Tuula padece un bloque mental y cordial tocante a su relación con su todavía [y siempre] señor de la casa, que en todo supuesto la impide entregarse a mí en la modalidad convencional del lecho. Ya digo que parece ser mujer de rabiosa monoandria en concentración tan sólo asumible (y como contrapartida) por la evidencia que derraman sus menesteres de ama de casa en una mansión rural sin más comunicación que el teléfono –que, por cierto, no para de sonar–, verdadero cordón umbilical de conexión a los mundos externos que Tuula quiera o necesite imaginar. De vez en cuando, eso sí, Tuula me deja sus labios y en tal sentido conecto y hermano estas secuencias con las de nuestro primer encuentro en 1962, cuando ella tenía quince años y [siempre lo recordaré] ejercí dentro del coche, y a fondo perdido, el ineluctable

menester de los besos...

Por el instrumento común del español, Karina seguía siendo mi confidente, y le comentaba yo que al encontrarme con Tuula en el aeropuerto me di perfecta cuenta de que su aspecto me había aliado la memoria tanto con aquella primera Tuula de 1962 como con cualquiera otra de las demás, conforme en este prolongado decurso me lo habían ido patentizando sus numerosas fotografías. Confieso que fue una agradable y súbita revelación, de sorpresivo y regalado efecto. Por un instante había pasado por alto que mi primer viaje a Finlandia se había producido en la Navidad de 1959; luego, 1962; después, 1963 (con la fallida re-visitación de Tuula); por último, 1965, como final de mi subida con la sueca Berita al Cabo Norte, sin discurrir más que por la parte norteña del país: Recuerdo que los vigilantes fronterizos de Karigasniemi *sólo* hablaban finlandés [idioma del que Berita no sabía ni una palabra, como correspondía a una buena ciudadana de Suecia, potencia que hasta tan recientes tiempos había sojuzgado completamente a Finlandia, hasta el punto de imponerle sus nombres a las ciudades: Así Turku también se conoce como Åbo; Helsinki, Helsingfords, como todavía decíamos los chicos en el colegio, etc.]... y nos tuvieron retenidos un rato hasta comprobar que éramos criaturas pacíficas. Acaso sea ésta, la de 1985, la última vez que visite Finlandia. La batalla desde ahora y exclusivamente hay que darla en casa y *con la pluma*. Cualquier tripero indocumentado [es un decir de semiótica expresiva y sin afán de ofender a nadie] puede trasladar su bulto mortal hoy día a donde le plazca del planeta. Lo que ya es cometido y capacidad de tan sólo unos pocos es recrear, duplicar y galvanizar la realidad por medio de la palabra. Las mujeres ya sé que difícilmente nos perdonan eso: Que los hombres, mediante nuestro agarrarnos a la tabla de salvación de la literatura, nos resistamos a la aniquilación que ellas propician; que generemos una vida paralela y hasta más interesante que la que ellas pretendieron monopolizar en el protagonismo de su impúdico: “¡O yo, o la condenación para tí!” ¡Bah, bobas engreídas! En el mejor de los casos muchas de vosotras albergáis el único resorte de que, aun siendo como sois aburridos

paquetes de carne mejor o peor organizada, podáis ser ocasión de que nos inspiremos los hombres. Algo parecido a la cita de no sé quién que oía yo en boca de uno de mis maestros de segunda enseñanza: “La Providencia saca el bien de la prevaricación humana y aun hasta de la angélica”. Bueno, pues salvadas las diferencias, de eso precisamente se trata. Con esta quinta visita [*mina olen ollut viisi kerta Suomesa*, en transcripción aproximada y sin compromisos] cierro definitivamente mi acopio de recogida de imagen de este país. Las amistades cruzadas de Tuula se encargarán de difundir mi realidad; y a partir de ahora los finlandeses de Madrid, amigos de mis amigos finlandeses de Finlandia, contarán conmigo para cualesquiera avatares que pueda deparar el futuro...

Con Tuula asisto a la iluminadora reconsideración de cuestiones tan insoslayables como las de *amor*, *convivencia* y necesidad referencial: Qué absurdo tan empecatado es pretender identificar *amor* y convención matrimonial; yo diría que ambas cosas se identifican en su antagónica necesidad de consorcio. Yo puedo encontrar hasta atractivo enamorarme de Tuula; puedo calificar de carismático el querer, el desear estar enamorado de Tuula, porque así lo prefiere el despliegue de virtualidad de la conciencia mía. Pero de ahí a matrimoniarme (quiero decir, *a empapelarme*) con ella va el mismo absurdo de querer uno encarnarse en una máquina con alas (avión) por el hecho de que a uno le gusten los pájaros. Y creo que el símil no me ha salido todo lo absurdo que mi intención precisaba. Los estados ‘matrimoniales’ necesitan del impulso externo de ese alguien volandero, no fijo; y este alguien móvil precisa del acicate de la fijación institucional para disponer del necesario mínimo acopio de entidad identificativa. Reparo en que el ‘machismo’ de estos finlandeses es de un cuño muy particular: Ejercen el control a distancia; es decir, su permisividad puede no colisionar con el hecho de que su compañera sostenga amistades epistolares y emocionales con alguien. Pero ello no permite más salvedades: Para eso es el hombre el que paga y sostiene a la mujer...

Lo que sigo percibiendo es que para estas gentes alguien como

yo (español, con estela de misterioso pasado; con ejecutoria romántica y de difícil manejo para sus mentes con márgenes de maniobrabilidad más bien reducidos), alguien como yo, decía, todavía les supone concernimiento y consideración. Enseguida, soy el centro novedoso de un ramillete de familias. Medio por inevitabilidad, medio por propia complacencia, Tuula me anuncia a varias de sus amistades, con alguna de las cuales (por ejemplo, Mirka), sin habernos visto nunca, llego a hablar por teléfono. Este país, contenido del sándwich formado por la severa y siempre recordada vecindad de la U.R.S.S., [en la actualidad C.E.I., o Confederación de Estados Independientes] y la atractiva convocatoria de Occidente [Finlandia tiene fronteras hasta con Noruega, miembro de la NATO - OTAN = Organización del Tratado del Atlántico Norte o North Atlantic Treaty Organization, etc.] aún despliega actitudes y muestras de acicalamiento y sumisión afectiva ante quien, como yo, se desplaza a verles desde las márgenes del Mare Nostrum...

La avalancha creciente de palabras que el amante, preso de ansiedad, derrama bajo el palio de aéreas banalidades que le cubre a él y a su compañera, las más de las veces se revuelve en perjuicio suyo. Beodo de posibilismos y pretendiendo avanzar mucho más aceleradamente de lo que la insustituible naturaleza de las cosas permite, el amante se desboca y se vuelca en el derroche de las grandes y vacuas palabras, el amor a la cabeza de ellas. Tuula y yo jugamos a pelotearnos con palabras: Ella, por la necesidad de seguirme la corriente de la convivencia; yo, porque en ello encuentro una actividad cuasi-profesional, y así, me digo, mi vacación es lo más parecido a una “comisión de servicios”. Hay palabras que despliegan una bandada de connotaciones a través de los inesperados pasadizos de la misma fonética. Con motivo de ver a Tuula tomarse su aperitivo de mañana, descubro que “crápula” se dice igual en finlandés, con idéntico sentido al español: Exceso de bebida y auto-maltrato corporal; aunque el adjetivo “crapuloso”, según el Glosario *Suomi Espanja Suomi*, de Eero K. Neuvonen (Werner Söderström Osakeyhtiö, 1960), en la serie de Diccionarios de color rojo “Punaiset

Sanakirjat”, se dice *humalainen*; de ahí, mediante gestos disuasorios relativos a la costumbre de beber de más, paso a aprender que “vomitar” se dice “oksentaa” y así se lo comunico a Tuula; “siempre” corresponde a “aina” y “koskaan” a “nunca”. Intento (y consigo) referenciar estos términos a otros focos connotativos tanto en eufonía como en semántica, y en mi pretensión de hacerme entender por Tuula me veía ineluctablemente envuelto en las insalvables aporías que mis retruécanos circunstanciales habían generado [Al parecer había recogido incorrectamente la frase *dame un besito* que tan ufanamente me había aprestado a dedicarle a Tuula, frase que, por fin, creo que pude articular bajo una doble modalidad debidamente: “Anna minulli suukko / suudelma”].

Tuula se esta portando exquisitamente. Me da fatiga verla ocupándose de mí. Es una gran mujer. Ahora bien, no es libre; y lo peor es que yo tampoco me siento libre: Es como si la figura de algo o de alguien, cerniéndose, interponiéndose, nos impidiera la convivencia, nos recortara la maniobrabilidad. Creo que el secreto puede estar en que no es ni su casa ni mucho menos la mía, y ello afecta frontalmente a nuestras conductas. El día 31 de julio lo pasamos prácticamente entero en casa de unos vecinos: Raino, profesor de Patología en la Universidad de Turku, y su mujer Catherina; a ellos se unen, venidos de Helsinki, Pertti (hermano de Catherina), su mujer Uula, y el niño de ambos, Olli, un verdadero monito rubio, con la cabecita algo mongoloide, preciosísimo, tierno, rico y juguetón, que en un momento dado se permite hacernos burla a todos remedando la palabra inglesa “good” que se andaba pronunciando repetidamente. El chaval de Raino y Catherina, Peter, algo mayor que su primo, también muy majo. Los dos jugando en cueros, en la tradición de soltura y desinhibición naturista que caracteriza a esta gente. Cada vez que pasaba Olli por mi lado aprovechaba yo para tocarle los lomos. Peter, en un momento dado en que su tía le acercó un plato de pastel de frambuesas, le dijo: “Kiitös, rakanni” que viene a significar, *Thank you, my love; gracias, cariño*, dicho con mucha gracia y con una gran carga de espontaneidad. La invitación es a una especie de comida-

merienda-cena que comienza a las 17: 00 p.m., y se prolonga hasta la media noche, sin dejar de picar, beber, postrear y golosinear todo el tiempo. Gente hospitalaria desde su propia perspectiva de aislamiento rural; expansiva desde la cortedad y limitación que su propia lengua (vehículo comunicativo para sólo algo más de cinco millones de personas) comporta respecto de su alteridad expresiva. Signo de protocolo sencillo y deferencia a mi estar con ellos fue que Catherina colocó sobre el plato de cada cual una servilleta rosa de papel, bonitamente doblada, y encima de todo una ramita de celindas que ellos llamaron jazmines y a mí me recordaron la “pequeñez” de los de García Lorca.

El sistema de recogida de basuras es bastante efectivo: En el cubo de plástico de debajo del mostrador o panel de la cocina se pone una bolsa, también de plástico, gorda y fuerte, con asas, aunque de tamaño medio. Conforme se van llenando se trasladan a su vez a otra bolsa grande, de plástico negro más grueso, que es la que se lleva a tirar al servicio de basuras. Las patatas se ponen a cocer y luego con un cepillo se las despelleja y se las deja listas.

Tuula, en mi caracterización particular, es tal vez una de las criaturas que más protección personal e institucional requieren y exigen de parte del hombre al que, por turno, le toque ser su compañero. Percibo que dentro de la dinámica imperante nos aburrimos los dos y yo no sé cómo decirle que me quiero marchar, profundamente agradecido por su hospitalidad; que en estas circunstancias no puede ser, y es necesario que me marche. Mi plan es dirigirme hacia Helsinki en autobús y de camino hacer una escalita en Riihimäki, en casa de los Oittinen. Con estas y otras reflexiones culminamos el día en casa de los vecinos de Tuula. Por cierto que los finlandeses cuando se refieren a alguien que es algo excéntrico, que está chalado, dicen de él que está “ö”. Esta voz por sí sola significa “isla” en sueco, y por lo tanto el apellido Öman (como el de Pertti) viene a querer decir ‘Islander’, ‘hombre de la isla’.

Hoy día 31 de julio se ha llegado al punto de estancamiento: En enjambre atropellado se han dado cita todos los factores en contra para

hacer de mi estancia con Tuula una realidad inviable. Hay una especie como de sombra, como de garra en penumbra que permanece cernida sobre nosotros y que nos impide, a mí por lo menos, exteriorizarme, verterme en actos y actitudes mías. Y el caso es que estos nórdicos se aferran a ese flotador improbableísimo de la romántica quimera: ¡Pasmoso! Más de una vez me pregunta Karina si yo estaba enamorado de Tuula. Jamás he presenciado tamaña inversión de contenidos y de metodología. Esta gente pretende tomar la noción abstracta de amor como punto de partida para todo lo demás, y no parecen entender (¡tan mayores!) que eso del amor existe sólo en las palabras; que en las situaciones de los humanos, éste (el amor) viene sustentado o imposibilitado por las cosas que se hacen, que suceden y que resultan. Lo demás es literatura, cosa de la que yo debería entender algo siquiera. Además, nada más lejos de mi intención que la de jugar a caballero desfacedor de melancolías o frustraciones sentimentales. Según Karina, Tuula sigue fuertemente afectada por su *marido* Timo; quiero decir, interesada en vivir con él, y ‘bajo’ él, bajo su protección. No chocaría a nadie. La casa que tiene el tío y en general, la propiedad con todo lo que en ella se contiene, es de gran entidad: 20.000 (VEINTE MIL) metros cuadrados según la valoración de Raino, y lo que ya hemos explicado en otro lugar (o explicaremos oportunamente): Sauna, barcas, surfing –y por lo tanto un trozo de estuario o costa– y el propio chalet con el más exhaustivo de los comforts, creo que sería atractivo para cualquiera. Pero Timo no parece estar interesado ya más por Tuula; al contrario, parece haberse cansado definitivamente de ella y debe de tener muchas y muy poderosas razones para dicho estado de ánimo. Y el caso es que yo me encontraba erotizado el primer día y a partir de ahí se ha venido produciendo una desertización vaciadora, secante, inhibicionista. Según Karina, Timo no ha puesto pega alguna en que yo viva en su casa todos estos días que yo quiera; y que me ponga sus cosas deportivas; y que use sus utensilios; y que me coma sus vituallas, pero (y creo que muy cuerdamente) no está interesado en conocerme. Estamos a la recíproca. ¿Para qué?

¿Tengo yo mala suerte? No lo sé, pero el caso es que en este viaje, como en casi todos, se ha cumplido la ley imparable del agotamiento de vivencias. Y el caso es que Tuula podría gustarme definitivamente; podría entretener los ocios y los menesteres del alma mía de ahora en adelante; acuciar mis estímulos, a pesar de la carencia de elemento comunicativo: Porque en España, y teniendo que estar entre la gente, no le costaría trabajo alguno captar lo imprescindible para el trajín de cada día. Pero se ha destapado como una mujer de portentosa y especial indolencia, acaso en aras de una funcionalidad notabilísima y constatable como ama de casa. Es una gran mujer, que se ha cerrado ella misma, quizá confiada en que su status afectivo con Timo fuese a continuar sin mutación alguna por los siglos de los siglos. Así, el momento de la partida está llegando con toda la violencia acostumbrada, tiranizando a mi alma, desgajándola de cualquier otra opción posible. Y además, con el encono dolorosísimo de tener que dar explicaciones, aun a mí mismo, sobre si estoy o no estoy enamorado de Tuula. Tremendo trance éste de las explicaciones sobre algo que no conduce a nada sino, acaso, sólo a la destrucción completa de lo que, por lo menos, ahora se sostiene y puede dar paso a más genuinas y prometedoras situaciones...

El día 1 de agosto se vislumbra como el de la eclosión esperada. Los motivos más genuinamente finlandeses están dejando que me acerque a ellos, después de un purgatorio de merodeo en los dos días anteriores. Hoy vienen a cenar con nosotros Karina y Yuuka. Yuuka, el compañero permanente de Karina, es un tío simpático, brutote, amigo de los signos y de los ademanes francos y ligeramente obscenos, pero graciosos y bien intencionados. Cuando se propone beber unas copas de más, como es hoy el caso, coge el autobús en vez de conducir su coche. He aquí una de las muchas manifestaciones del espíritu cívico de esta gente. A eso de las 17:45 p.m. nos trasladamos los cuatro, con las cosas de la comida, al sitio de la sauna, junto al mar. Estuarios, rías o lengüetas como ésta hay teóricamente millares y millares. Tuula hace una demostración de 'wind-surfing' para que Yuuka lo vea. Él prueba una y otra vez y otras tantas veces se cae,

pero lo sigue intentando. Se habló de la sauna y alguien, entre maliciosa y aliadamente, dejó caer la sugerencia de que Tuula y yo alcanzásemos allí dentro una cota de intimidad... Yuuka y yo pasamos a la sauna con el bañador puesto, y Tuula con una toalla cubriéndose desde los sobacos hasta los muslos. Por primera vez la ví las piernas: Preciosas, esbeltísimas. En cierto momento, yo que me hallaba tumbado como los demás, pero en el rincón más alejado de la puerta, pensé que una de las muertes más desagradables bien pudiera ser la de asfixiarse por calor en la lobretez en vaho de una sauna. Yuuka era el encargado de echar agua para incrementar el vapor y la temperatura. En un día normal de verano salir de la sauna, tomar contacto con el mar y adentrarse a brazadas, no es penitencial sino vigorizante y alentador: Luego, otro poco de sauna. A continuación se puede uno lavar y jabonar con champú y, por último, tener la precaución de abrigarse convenientemente...

Pero hay mostraciones que bien valen por todo un programa de menesteres; y una de ellas fue que Tuula –que se hallaba tumbada en el centro del entarimado de rejilla de madera ligeramente en cuesta, justo entre Yuuka y yo– se acercó a mí, a lo cual, un par de minutos más tarde, Yuuka, prudentemente, percibiendo el ambiente cargado con una nueva valencia, se salió de la sauna. Yo no podía discernir si el hábitat era adecuado o no; hasta me cruzó un relámpago en el sentido de pensar que en esa tesitura un acto de intimidad final podría desencadenar fatalmente una secuencia de adversidades, un fallo definitivo en el funcionamiento de los órganos del cuerpo. Tuula aceptó mis caricias periféricas sin gran convicción, acaso con mejor y mayor conocimiento de las posibilidades. Permitted, eso sí, que mi mano (obligada penosamente a trabajar a contrapelo) alcanzase cotas recoletas de su piel, y de intencionalidad absolutamente nuevas por mi parte. Pero nada más. Luego ya, al aire libre y mientras cenábamos, la broma siguió: Las expresiones iban aderezadas con gestos, con kinesis de corroboración. Por primera vez yo hice entender a las claras que dentro de la sauna había estado en disposición perfectamente erecta. Luego, un poco de literatura no exenta de verdad: Les dije que cada

vez que tocaba a Tuula en los tres días que allí llevaba, me enardecía inmisericordemente. Conforme estaba acariciando la espalda de Tuula en ese momento percibo que mi tigre erótico comienza a erizar su marchamo, cosa en la que debió de reparar Karina quien, sin más, se viene a mí súbitamente y me levanta el faldoncillo de la camisa para comprobar las credenciales de lo que estaba diciendo, con el resultado de regalarse una exhibición genuina...

La velada se va escurriendo así, alegre y enérgica, hasta bien pasado el crepúsculo: Buena comida y bebida, conversación irresponsable y volandera y el ejercicio de la sauna y del baño en el entrante del mar. Fuimos hasta la carretera a despedir a Yuuka y Karina. La noche había entrado también y sus demonios parecían como haber declarado el armisticio con ellos mismos. Al quedarnos solos Tuula y yo y recorrer el trecho de camino desde la parada del autobús que habían tomado nuestros amigos hasta la casa, la cercanía de Tuula me supo a inédita. Al participarle mi deseo de retirarme, resueltamente me acompañó; y entendí que *lo* quería, abierta, más o menos consciente o intuita, pero siempre voluntariamente. Mientras que en el exterior de la cabaña ella moneaba con las toallas y con las cosas que esa misma tarde nos habían permitido solazarnos, yo me desnudé por completo y me guarecí bajo el edredón envolvente. Llegó Tuula algo levitante e inconexa por efecto del alcohol ingerido y se sentó al borde de mi mullido catre, haciendo unos ademanes muy suyos, como de negación, de desaliento, y acompañándolo todo de peroratas en tono que a mí me parecía entre plañidero y esperanzado. La oblicuidad, el sesgo pendulante de su cuerpo fue haciéndose cada vez más acusado y más permisivo hasta alcanzar la horizontalidad; su acercamiento, su contigüidad respecto de mí fue, asimismo, gradual: Primero, haciendo que el edredón nos separara por completo, pero explorando ella más y más parcelas de mi piel, allí mismo, al alcance toda ella de sus manos. El edredón fue cubriéndonos a ambos en un escrupuloso proceso de dejación: Tuula lo iba haciendo todo. Acerté de lleno por no sugerir yo los pasos a dar ni la carga de intimidad intencionada de los mismos. Yo, que llevaba un montón de días sin

liberar porción alguna de semen, sabía que con la simple frotada contra el cuerpo de Tuula, todavía vestida, me sería suficiente. Pero igual que con los otros anteriores puntos difíciles, Tuula se encargó de todo: En el silencio central de ese suavísimo torbellino que producen los acercamientos y los retrocesos, las caricias y las cesaciones, Tuula, que estaba honradamente excitada, no tuvo nada mejor que decirse a sí misma que un dirimente ‘Okey’, al tiempo que algo, que inmediatamente supe que se trataba del broche de su cinturón, me sonaba a autorizada apertura, a dulcísimo asalto final. Y así fue. Entre estirajón y estirajón fuimos librándonos de la cobertura de cintura hacia abajo. Ensayaba yo la maniobra de la cabalgada y entre gruñido y gruñido se iban ganando porciones de piel, cada vez más gloriosamente íntimas, más clamorosamente inequívocas. La invité entonces a que se despojara de la ropa de arriba. Encuerada enteramente, ocurrió lo de costumbre: A los primeros restregones buceadores de un contacto total, percibí mi esperma en movimiento, desbocado, sordo a cualquier consejo. Y sin llegar ni mucho menos a la grapa nupcial me salen los bichejos pringosos a presión de todos esos días. Una parte, la más incisiva, de mi viaje, se había consumado...

Un par de días antes, desde la casa de Tuula había yo contactado con Tytti Oittinen [véase viñeta “Liisa y Siru” de mi Volumen I] que desde hacía algunos años contaba con teléfono en su casa de campo. Le pregunté que si podía quedarme a verles un par de días. ¡Pues claro que sí! La propia Tytti se ofreció a esperarme en la estación de autobuses. ¡Qué suerte! Contactos así, como los de Tytti, confirman una vez más lo magnífico de las amistades estables y desinteresadas. A todo esto, estamos a dos de agosto y mi billete de avión de regreso es para el cuatro. Perfecto: Un par de días en el campo me van a terminar de tonificar. Tuula me acompaña a Turku a coger el autobús. Me despido de ella con un beso suave, cubridor de la comisura de la boca y la mejilla. Hay 163 kilómetros desde Turku a Riihimäki, unas tres horas de duración total. Al pasar por Forssa, más o menos a mitad de camino, viene a la memoria mía en un enjambre de interrogantes,

bien de frívola, bien de ascética curiosidad, la persona de Leila Haakana [véase la viñeta “Leila”, volumen I]. En Forssa el autobús efectúa una parada de diez minutos que la gente aprovecha para lo que haya menester: El mío es echar una buena meada y lavarme un poco. El servicio de toilette público cuesta 2,50 marcos, unas 70 pesetas. [Dos días más tarde al llegar a Helsinki y tener que utilizar de nuevo los lavabos en la estación de F.C., volví a verme obligado a pagar otras 70 pesetas por idéntico concepto, lo que en un raptó de humorística rabia me instó a considerar escribir un artículo titulado “Finlandia: Un país no para meones y mucho menos para prostáticos” como el más codiciado botín que, por vía de reflexión mágica y poderosa me hubiera traído de la Finlandia de 1985]...

El marido de Virpi, hermana de Tytti, también se llama Timoteo (etimológicamente algo así como ‘regalo/don de los dioses’) y es un hombre estupendo que lo primero que hace es invitarme a recoger las redes de pesca en el lago. Echamos la barca, prefiero remar yo dejando que Timoteo vaya levantando la red. Es una ocupación emocionante: Tramo a tramo, estirón a estirón, izada a izada, las cuadrículas de hilo de nylon de la red van saliendo peladas, desnudas, como si el lanzarlas al agua hubiera sido una pura tontería, una pérdida de tiempo...mas de pronto..., observo que Timoteo pondera, tantea, afloja e impulsa hacia arriba decididamente: Lo que aparece es un lucio [*pike* en inglés; *kuha* en finlandés], un excepcional ejemplar (de 3'600 kilogramos, comprobaríamos luego) que lo entiendo como un golpe de buena suerte por mi llegada a Rehakka, Janakkala, distrito lacustre de Tapionranta. La familia Oittinen me confirman que es el lucio más grande que han sacado del lago en su vida. En esta casa de campo en 1963 tomé mi primera sauna, y aquí mismo también tomo la tercera: Sauna, lago; sauna, lago..., lavado con champú y... a vestirse. Me mareo ligeramente por efectos del vapor, y vuelvo a repetirme (pues sabido lo tenía) que las saunas han de tomarse con precaución...

Al día siguiente, tres de agosto, los Oittinen me participan que están invitados a una boda y que se han tomado la libertad de anunciar a las familias de los novios mi estancia allí. ¡Ni que decir tienen que

me han encarecido que asista yo también! La verdad es que quedarme descansando en la casa de campo me seduce más que nada, pero transijo conmigo mismo y me digo que es una inmejorable ocasión para ensanchar mis curiosidades socio-antropológicas. No me equivoco. La extensa velada se transforma en un documento costumbrista de primera mano. Pero vamos por partes. Para empezar, a la entrada de la iglesia se saluda a los padres de los novios, pasando todo el mundo en fila. Mucha gente lleva los regalos en el mismo momento de la asistencia con el fin de evitar dos gestiones o ahorrarse simplemente un viaje. Todo se hace con orden y, como digo, en fila rigurosa: La salida de la iglesia se va llevando a cabo desde las posiciones de delante hacia atrás, abandonando cada banco de uno y otro lado al mismo tiempo, confluyendo en el centro del pasillo. Después se vuelve a saludar a los padres y a los novios a la entrada del salón donde tiene lugar la celebración propiamente dicha (comida y baile). A continuación, pero antes de la cena, el padre de la novia se enrolla en un discurso extenso, como por entregas. El mismo orden y concierto rige asimismo el autoservicio de las viandas: Todo el mundo en fila alrededor de la mesa en el centro del salón, con esmerada disciplina [¡Igualito que en España, pensaba yo!]. Durante la cena brindamos varias veces. El baile, algo paletico... Algunas poses de mano, como timones en la retaguardia, quiero decir en el culo, de la compañera me recordaban los bailongos de pueblo todavía típicos de España. En un momento dado y por pura coincidencia caigo junto a los músicos y es inevitable hablar de música, de melodías de moda, etc. En parte como compensación al hecho de haber sido invitado gratis, y en parte porque me iba ese tipo de marcha, el caso es que me permiten que me auto-invite para hacer mi inevitable numerito de cante. Conocen, cómo no, la música de “Bésame mucho”, pero no parecen disponer, así, de memoria, de ninguna otra melodía hispánica internacional. Echan mano de su fajo de repertorio de canciones y... ¡qué imaginarán los lectores que aparece!: Nada menos que “Muñequita linda”, cuya melodía conozco hasta con las melosas palabras tan propias de los argumentos de comedia musical americana

de los años cuarenta. Dado que casi todo el resto de la velada la orquestina había estado interpretando motivos más bien estrictamente finlandeses, mis numeritos caen como uno puede sospechar: Como algo que los bailarines no acaban de digerir, porque no saben si bailarlo suelto o agarrado, si a ritmo de ‘fox’ o de otra cosa. El caso es que interpreto las dos melodías, remato como puedo y me propinan una traca espesa, pero algo congelada, de aplausos, supongo que por urbanidad y por perplejidad inédita...

El cuatro de agosto tomo el tren de Riihimäki para Helsinki, y allí el avión a casa. Todavía contaba con mes y medio antes de tener que regresar obligadamente a mis menesteres universitarios de Granada. Así que no tuve nada más coherente que volver a invitar a Tuula a venirse conmigo unos días. Dicha invitación, además de recalcada por teléfono a Karina (mi única interlocutora intermediaria) para que se la pasara a Tuula, la cursé en forma emocional mediante epístola fechada a los pocos días de regresar yo de Finlandia. Conservo la copia mecanografiada pero prescindiendo de la fecha que parece haber volado al quedar fuera del papel carbón:

“Querida Tuula: Sólo con haberte visto un momento, un solo momento, mi viaje a Finlandia se hubiera justificado plenamente. La vida funciona así: Una ausencia de 22 años me empujó a verte; y ahora que después de tan sólo cuatro días de estar acompañándonos vuelvo a separarme de tí, siento nostalgia. Creo que soy un hombre de literatura y de realidades. A veces, cuando quiero que me entiendan por mis realidades, la gente me entiende por mi faceta literaria. Y al revés. Yo te puedo mirar a tí, querida Tuula, como algo literario o como algo real. Acaso ambas cosas sean inseparables. Creo que me encantas como idea literaria. Ya ves, he venido a Finlandia sólo para comprobar un sueño de 23 años. La realidad puede ser aún más rica o más dolorosa. Los cuatro días que me has regalado de compañía y cuidado no los olvidaré nunca. Me has estado atendiendo solícita, atenta, generosa. Eres una mujer muy competente en las cosas de la casa, lo cual es de una excepcional importancia. Y sin embargo, tú sabes que la convivencia necesita cosas simples y al mismo tiempo

difíciles de lograr. Como idea mítica, romántica y atractiva has sido y puedes seguir siendo uno de mis más bellos incentivos para seguir viviendo, para creer que la vida tiene siquiera algún sentido. Como compañera de mayor duración que los cuatro días que hemos pasado juntos en Finlandia, tú sabes que hay cosas que influyen. Sabes que yo no fumo y que soy alérgico al tabaco. Sabes que yo bebo muy poco, prácticamente nada. Sabes que tengo alergia también a los animales demasiado cerca de mí.

Como comencé diciéndote, el caso es que acabo de separarme de tí y ya te estoy añorando. Tienes algo que no sé explicar, que me atrae: Una extraña ternura, una capacidad de espera y de esperanza, una calidez humana que me ha estado inspirando durante 23 años, y que ni yo mismo sé explicarlo. Pero no sería honrado confundir literatura y realidad.

Por todo ello una vez más te invito a que vengas a España, a mi casa. Creo que voy a estar libre de Universidad hasta el 15 de septiembre. No quiero ofenderte, pero te vuelvo a repetir que te invito el tiempo que quieras, incluido el viaje. Así te darías cuenta de si te gusta el ambiente en el que vivimos aquí.

Los dos días de Janakkala han sido muy agradables. Las señoras Oittinen (50-60 años) y su familia son estupendos. He tomado la sauna una vez más (sin tenerte a tí al lado); he remado y he sacado del lago un pez de más de tres kilos y medio. Me llevaron el sábado a la boda de unos amigos suyos y estuve cantando con la orquesta “Bésame mucho” y “Muñequita linda”. El viaje de regreso, bien.

Recuerdos a Karina y Yukka; a Cristina y Henrik; a Catherina y Raino.

Recuerdos y abrazos míos.”

Con el distanciamiento que proporcionan seis años puedo decir que la carta contiene fuertes dosis de retórica. ¡Qué le vamos a hacer! Por lo menos creo ser honesto en reconocerlo. Pues claro que soy un “hombre de literatura y de realidades”. Igualmente la perspectiva de todos estos años me permite conceder una carga de ironía a cierta intencionalidad entrevista en diversas expresiones que cobran su cabal

ajuste en estos momentos: “Los cuatro días que me has regalado de compañía no los olvidaré nunca”. Lo que no digo es el propósito o finalidad de mantener viva la memoria de dichos cuatro días. No me extraño tampoco de haber dicho a continuación: “Como compañera de mayor duración que los cuatro días que hemos pasado juntos en Finlandia, tú sabes que hay cosas que influyen. Sabes que yo no fumo...”. Bueno, no sigo. Para algo he transcrito la carta en su totalidad.. Ahora reconstruyo en toda su riqueza mi estado de ánimo y la cosmovisión que yo deseaba transmitirle a Tuula con la mayor energía posible. Tuula venía rebotada de una circunstancia prolongada de frustración y de acabamiento de su anterior (y único) tramo convivencial. Tuula se había cobijado bajo el frágil y quebradizo toldo del tabaco y del alcohol. Debo decir que respecto del tabaco ejercía una exquisitez ejemplar: Jamás en Finlandia (ni tampoco luego, en Alcalá de Henares) fumó *dentro de* la vivienda [En Finlandia se salía al porche, a la calle; y en mi casa se salía a la terraza]. Respecto de la bebida, le gustaba ponerse alegrita, hasta un punto de estropajosidad errática de sus monólogos en finlandés. Lo que me intento decir es eso: Que desde el principio tuve claro los campos autónomos de la literatura y de... lo otro; de todo lo demás. Por eso me refiero a que “no sería honrado confundir literatura y realidad”. *Honrado*, dije entonces. Hoy diría que nadie que estuviera en sus cabales, en su sano juicio, pasaría por alto dicha distinción. Mi carta es un documento, semi-cínico, semi-estético, semi sincero, con la prescripción más o menos velada de curarme en salud...

Tuula se lo debió de pensar. Pero acaso menos de lo que en un principio imaginé. Acaso el pequeño trabajo de pensar se lo dio ya hecho su amiga Karina. Sea lo que fuere, es el caso que unos pocos días después de mi regreso a España recibo un telefonazo de Tuula participándome su disposición a venir a España; a aceptar plenamente mi invitación, en una palabra. Y así fue. Le gestioné para que retirara, allí en Turku, el billete de ida y vuelta, pagado por mí previamente. Y el día fijado llegó a Barajas. Su estancia se concretó en la “típica” quincena de catorce días o “fortnight” inglesa. Hicimos de todo:

Cuando Tuula estaba en casa y quería fumar se salía a una de las terrazas del piso acompañada de un copazo de cognac [se había traído como regalo para todos nosotros una botella de litro de ‘Monnet Tradition’, francés, cuatro estrellas; y que a mí, para no variar, me sabía como con un punto de colonia]. En eso, la educación de estas latitudes aparecía en toda su medida. Otras veces salíamos a la Plaza de Cervantes, aprovechando los días de agosto que Alcalá de Henares dedica a Ferias de San Bartolomé: Allí, y sentados en los veladores de junto al templete o quiosco, escuchábamos los compases marchosos de las bandas de música contratadas al efecto. Era allí, también, donde más ensayábamos los pocos conatos conversacionales entre nosotros. Tuula, como todo el mundo en estos países nórdicos, había aprendido inglés en el colegio, pero por la desidia generada por creerse en un status inamovible, lo había perdido todo, casi absolutamente todo. No era que no lo hablara: Era que reflejaba la imparable evidencia de no haber sentido nunca necesidad de hablar nada que no fuera finlandés, de tan segura como se había hallado siempre de no tener que enfrentarse a situaciones distintas. En tales circunstancias la comunicación se daba por resuelta en las cuestiones fundamentales, y sólo me atrevía yo a enredarme en la expresión de alguna sutileza con el propósito, supongo, de probar mis recursos de intuición lingüística connotativa. En tales ocasiones Tuula solía usar ciertas palabras que por natural repetición iban prendiéndose de mi retentiva. Y así, como en un juego, apuntaba yo, repetía ella, algunas de las expresiones que más se sucedían en el discurso de Tuula. Me gustaba decir: *Minnulla on ikävää* = I miss you; *ei mittään* = nada, nada, no importa; *en minä tiedä* = no sé; *koko elämä* = toda la vida. Esta última expresión se me enganchó a la memoria por el haz de correspondencias fónicas en clave de humor que generaba. Por ejemplo, pensaba que ‘toda la vida’ con una mujer no enteramente propicia era como tener ‘al coco por ama’, y cosas así que no repugnaban el obligado cariz eutrapélico de nuestras veladas. También aprendí definitivamente las palabras: *Suudelma* = beso; *myöhemmin* = después; *kylmä* = frío; *maito* = leche; *nyt* = ahora; *lisää* = más. Pero la palabra que más entresijos de

recompensa me traía en su significado era *ihana* [= adorable, estupendo, hermoso, maravilloso] y que Tuula me regalaba con largueza cuando nuestras intimidades ritualizaban sus coincidencias...

Una noche llevé a Tuula a una caseta de Ferias de ambiente andaluz, en donde –¡a ver!– se bailaban sevillanas. Con mi andadura de (¡ya entonces!) trece cursos en tierras del Sur me sentía yo autorizado a exteriorizar ademanes y decires de “conocimiento” sobre el tema de lo andaluz. Qué maña no me daría en poner cara de entendido, acompañándome de un ‘jele!’, o de un ‘jasuquiquiii!’, que los concurrentes que estaban junto a nosotros hacían como amagos de gesto de aseveración ante la competencia de mis mostraciones.

También nos relacionamos con Jouko Saari (hermano de Timo, ‘marido’ de Tuula) y con su mujer. Jouko estaba trabajando como agregado comercial de la Embajada finlandesa en España desde hacía dos años, y aunque su español era fluido y suficiente para todos los órdenes, adolecía sin embargo del tremendo borrón de casi todo aquel que no ha estudiado gramática y ha “aprendido” de oído una lengua: El desconocimiento de los aspectos temporales verbales. En cuanto el discurso exigía el empleo de una forma verbal que no fuera, digamos, el presente, el pasado o el futuro planos y absolutos, Jouko se quedaba trabucado sin entender las franjas de matiz implicadas en la expresión. El subjuntivo o los tiempos perfectos le eran alienígenos. Típico, absolutamente típico... Había adquirido un chalet en San Pedro de Pinatar, en el litoral murciano, y allí nos encaminamos los cuatro, a pasar un fin de semana, que resultó exuberantemente distendido, desinhibido y playero. Jouko, muy joven aún, dio la medida de un hombre cordial, generoso, atlético, y su condición de nórdico había injertado a las mil maravillas con el espíritu de bullanga del iberismo racial. Tanto él como su mujer Catherina eran divorciados de un anterior matrimonio y al consorciarse ahora ellos parecían haber cuadrado el círculo. Todo ello a mí, especialmente, me complacía, porque reinando entre nuestros anfitriones tal espíritu de largueza y ‘bonhomie’ es fácil imaginar el cariz de fluido desenfado y armonía que acompañaba a todos mis actos. A nuestro regreso, y en su piso de

Madrid, me regaló Jouko un ejemplar de *El Kalevala*, en compilación creadora de Elias Lönnrot. Edición preparada por Joaquín Fernández y Ursula Ojanen (Madrid, Editora Nacional, 1984).

Tuula regresó a Finlandia a primeros de septiembre de ese 1985 y fue a partir de entonces cuando el efecto de las dosis de literatura y vivencialidad ingeridas entre ella y yo durante ese verano, comenzó a dibujar sus trazos exactos. La muestra más madurada de lo que estoy diciendo acaso lo constituya mi carta de 13 de septiembre, que transcribo en su totalidad :

“Querida Tuula:

Fue muy hermoso que vinieras a España, después de todas mis invitaciones. Con ello por lo menos se completaba la coherencia de un círculo que comenzó en 1962. Tú tienes que conocerme algo mejor ahora, y sabes que el motivo más fundamental de invitarte a España es que pudieras ver de cerca la forma de vida, las exigencias de vida de nosotros. Yo creo que tú has estado encerrada en una maravillosa burbuja en Finlandia hasta el momento presente, y dentro de ella no has sentido hasta ahora ninguna necesidad: Salir de Finlandia y venir a España estos días me parece que, de momento y entre otras muchas cosas, te habrá ayudado a calcular la posible conveniencia o las posibles ventajas de poder comunicarte con las demás gentes en cualquier idioma que, por desgracia, no sea finlandés.

Pero hay un aspecto aún más interesante que espero que este pequeño viaje a España te habrá ayudado a aclarar. Y es que tú sabes que ningún país, ningún ambiente podrá hacerte feliz si no estás libre previamente de las frustraciones de tu vida privada y anterior. Mientras no estabilices el estado emocional de tu vida y experiencia privada en Finlandia, no podrás apreciar (para bien o para mal) ninguna experiencia que te pueda ofrecer cualquier otro país. Y refugiarte en el alcohol y en el tabaco como drogas blandas, no sólo es peligroso sino absurdo. Por eso, la convivencia es muy distinta de la literatura. No te diría nada de esto si no fuera por el leal afecto que te profeso. Decirte otra cosa sería traicionar mi honradez y mi deseo de claridad. Yo, como bien sabes, lo único que deseo es que seas feliz,

que disfrutes de buena salud y de paz espiritual. Y tú debes saber mejor que nadie lo que puedes hacer para conseguirlo.

Mi familia y amigos te recuerdan todos con mucho cariño. Sin entrar en detalles, les pareciste a todos una mujer extraordinaria. Recuerdos a Karina y a Yukka; Cristina, Henrik y Micaela; Raino y Catherina, etc., etc. Un abrazo.”

Es el caso que la relectura de esta carta me vuelve a poner de manifiesto mi determinación a marcar diferencias (no sé si de manera sutil o brusca) entre las posibles o presuntas expectativas, teóricas o fácticas, de Tuula, y unos mínimos condicionamientos sin los que mi existencia no encontraría sentido para su desenvolvimiento. La versión llana y comprimida de todo ello es que alguien como Tuula, sin hablar más que finlandés, de momento no tendría nada que hacer en un sitio como por ejemplo España. Lo demás era personal y se refería a mi incapacidad de asumir ningún tipo de relación responsable con alguien emocionalmente insegura y que, por si fuera poco, parecía buscar en el tabaco y en el traguito el punto de apoyo perdido. La carta, releída ahora, al cabo de seis años, está completa: Mantiene un tono de sermón blando, adobado con la etiqueta de garantía de saber Tuula quién era yo, y el alcance de mis exhortaciones y de mis votos. Esta carta es toda una declaración de principios y lo que, de forma solemne, pone broche de hierro al asunto. Otra cosa es que los chispazos, los esporádicos destellos no dejaran de sucederse como los últimos coletazos de un otrora dragón de fuego. Cruzándose con mi antedicha carta, Tuula me escribió una postal con vista de su ciudad de Turku-Åbo, con el siguiente texto:

“Saludos de Finlandia donde hace tanto frío por las mañanas. El viaje a Finlandia fue bien. Timo estaba esperando en el aeropuerto de Turku. Gracias por tí de todo. I miss you. Recuerdos a la familia de tu hermana (sic). Un fuerte abrazo y beso. Tuula.”

En efecto, el texto está lastrado de emotividad fresca y estrenada, y muestra el encanto perenne de lo espontáneo; todo, claro, dentro de las posibilidades cosmovisivas. No recuerdo si medió alguna llamada telefónica de cortesía por mi parte, en aquellos días

inmediatos de después del regreso de Tuula a Finlandia; quiero decir, para preguntar si todo estaba en orden, etc., etc. Ni que decir tiene que hablar por teléfono era el aspecto más restrictivo, con mucho, de nuestra comunicación, ya que entre Tuula y yo no cabían expansiones expresivas por falta de instrumento lingüístico común; y cuando hablaba con Karina, ya que no verter en ella lo personal e íntimo destinado para Tuula, aprovechaba, eso sí, para comentarle aquellos aspectos que a ella le faltaría el tiempo para traspasárselos a Tuula. El caso es también que muy a últimos de septiembre recibo un abultado envío de Tuula, conteniendo una carta y un montón de fotos. La carta, junto con reiteraciones de carácter sentimental, introduce notas de realismo. Voy a transcribirla en su casi totalidad:

“Querido Tomasito: Muchos, muchos saludos nostálgicos. Yo te echo de menos pero todo es muy difícil con nosotros.

No sé qué piensas de mí. El tiempo contigo allá en España fue demasiado rápido. Aquí en Finlandia hace frío y el aire es muy otoñal.

Timo está ahora en Oeste... Antes que él marchó, él tenía tiempo para pegarme my (sic) fuerte... Motivo era - que yo hablé mal de los amigos de él... Yo deseo que él me adquierir (sic) el apartamento y yo voy a muudar (sic) de aquí...

Yo no he escrito antes porque esperé por las fotos para mandarte en mismo tiempo. No sé cuando recibes esta carta pero te deseo feliz cumpleaños... Tampoco no sé como te agradecer de todo. El tiempo contigo era maravilloso. Encontré las cartas viejas de tí el año 62 por ejemplo cuando tenías la ocasión de Tesis la literatura (sic) española en Canadá. Un parte del periódico del año 69 cuando tú eras ganador del ajedrez. Todos los libros que tú has mandado...

Saludos cariñosos”

[A continuación Karina remataba con un estrambote sentido]

“La amistad no siente edad, tiempo o distancia.

La amistad ayuda tener pena (dolor)

La amistad multiplica la alegría.

Nuestra amistad está yena (sic) de recuerdos felices...

Tu amistad es mi suerte.

Saludos
de Karina y Juukka.”

Menos mal que hay tintes, que suenan tonos, consoladores y positivos en el panorama de otoño. De momento, doy definitivamente por sabido el deletreo del nombre del novio de Karina, que me parece que he venido escribiendo incorrectamente hasta ahora. Y en cuanto al texto incumbencia de Tuula, caben varias lecturas y puntualizaciones: Lo más llamativo de todo es que Tuula me llama Tomasito por primera vez, como lo hacen mi familia y conocidos, y como ella lo debió de oír. “No sé qué piensas de mí”, dice a continuación. Bueno. Creo que se lo he dicho. “Timo... tenía tiempo para pegarme”. ¡Ah!, ahora recuerdo que Tuula me telefoneó un par de veces, llorosa, para participarme la inmediatez de sus trifulcas, su tener lugar, con su marido. ¿Y qué pensaría que podría (y que hubiera *querido*, en caso de poder) hacer yo, no ya a tres mil kilómetros de distancia, sino aun en el caso de compartir la escena? No, no, me decía yo, esto no puede ir así por buen camino. Los asuntos matrimoniales están, por definición, vedados a todos los demás, a menos de mediar intereses concretos. ¿Había intereses por mi parte como para jugar a desfacedor de entuertos? Claro que no. Y así, una de las veces que Tuula marca mi teléfono, sabiendo que yo me encontraba en casa, para participarme entre sollozos emotivos y concreciones expresivas en inglés [¡He hit me... hhhppp... he hit me... hhhpp!] que el otro la estaba calentando, ví con toda la grandeza de la claridad que el tema me venía largo y que empezaba a hacerme sentir molesto.

Pero hemos quedado en que la más tonta de las mujeres hace relojes. Y no es otra la interpretación valorativa que doy al deseo de Tuula de que Timo “le adquirir” un apartamento. En todo caso, lógico. Es enternecedor, sí, que Tuula se refiera a mi correspondencia pretérita, como lo fue (ya lo dije) el que conservara religiosamente todas mis cartas y envíos. Claro que mezcla merinas y churras: Clases de Literatura española en Canadá; libros de poemas; recortes de prensa dando noticia de mi éxito como campeón de Kingston 1969, Trofeo ‘Whig Standard’ de ajedrez, etc., etc. Lo más objetivo de todo,

el mazo de fotos en color con que acompañó la carta. Las fotos, a su vez, venían fajadas en una nota que reza: “Aquí tienes las fotos que así puedes soñar del tiempo pasado. Te deseo que estás bien. Un beso de Tuula.” Las hay de todo tipo. En algunas, yo con mis sobrinos; o yo solo; o con la propia Tuula; o hasta con el matrimonio Saari, en mi casa de Alcalá de Henares. Otras, con motivos ornamentales referidos al chalet de Timo y Tuula en Turku, como la gavilla abigarrada de flores que, como despedida mía, les regalé a Tuula y a su hermana Christina; otras más, de Tuula con su sobrinita Micaela, bien junto a la orilla del agua en verano, o con la campiña nevada; las hay de mis cuatro días en Turku, con todos y cada uno de ellos: Con Christina y sus niñas; con Karina y Juukka; con Pertti, Catharina (su hermana) y Uula (mujer de Pertti); y por último, el apartado más numeroso, ya pertenecientes a España: Las del fin de semana en San Pedro de Pinatar: En la verbena con los numerosísimos lugareños amigos de Jouko y de Catharina; en el chalet playero de éstos, etc.

Pero el idilio entre literatura y realidad estaba cubriendo sus tramos postreros. Tuula comprendió cuáles eran mis cotas operativas, y que de un pozo que ya ha dado todo lo que tenía que dar, es inútil esperar nada nuevo. Y, en efecto, una carta de últimos de octubre trajo a mi conciencia una generosa dosis de paz que buena falta me estaba haciendo. Decía así la carta:

“Amigo mío: Recuerdos de Turku. Aquí las cosas son iguales, un apartamento. No tengo trabajo pero espero las contestaciones de dos tiendas. Ahora un importante información –yo tengo un novio– tiene cuarenta y dos años, no está casado, ingeniero. Estoy muy encantada y muy feliz. Tú ya estás trabajando en Granada. ¿Sabes algo de Katarina y Jouko? Muchos saludos a la familia de tu hermana. Espero que estás bien. [Algo en finlandés que no entiendo, como despedida de carta].

Tuula.”

¡Hhhhuufff... qué gusto – pensé–! Esto es lo mejor que nos podía haber pasado a los dos. Por lo visto, consiguió de Timo la compensación razonable prevista en estos casos: Un apartamento para

que cada cual pudiera ser dueño de su independencia.

Aproximadamente un mes más tarde recibo en Granada una invitación del Sr. Embajador de Finlandia en España, y de su esposa (Sres. de Lassila) para asistir el viernes seis de diciembre a una recepción en Madrid con motivo del Día de la Independencia finlandesa; invitación que declino en los siguientes términos:

“Muy estimado Señor Embajador: Me consterna tener que declinar su amabilísima invitación para el viernes seis de diciembre, por incompatibilidad *insalvable* con mi trabajo aquí en Granada. Tal vez conozca, a través del Sr. Saari, mis estrechos lazos de amistad, desde antiguo, con Finlandia. Por ello su invitación la he sentido doblemente. Espero en ocasión más propicia disfrutar del señalado placer de conocerles.

Con mis recuerdos para los Sres. Saari, y el ruego de ponerme a los pies de la esposa de Vd., le saluda muy cordialmente y le queda agradecido,

Tomás Ramos”

Era obvio que en esto mediaba la voluntad de Jouko Saari, de ahí el haberme tomado la libertad de mencionar su nombre. Asimismo le llamé, le informé de la invitación y de mi imposibilidad de asistir, y tuvimos por ello ocasión de charlar un rato [Por cierto que tres o cuatro años más tarde este Lassila (¿también su mujer?) murió ahogado en un accidente fluvial en Marruecos según la prensa. ¡Tremendo!].

Con Tuula no he dejado de intercambiar las consabidas notificaciones de fe de vida por Navidad; y por parte suya no ha transcurrido ni un solo 29 de septiembre, fecha de mi cumpleaños, que no me haya enviado su recuerdo y sus amables votos. Respecto de su trabajo, recibo un postalón, fechado el 27-5-86:

“Recuerdos de Tuula y saludos a todo. Estoy trabajando en el barco de Helsinki a Estocolmo solamente este verano. ¿Cómo estás tú? ¿Qué vas a hacer en tus vacaciones?

Tuula.

Un abrazo de Karina y Jukka”

¡Ah, pues claro! No había reparado en que el motivo del tarjetón en color es un hermoso ferry de la Silja Line, fondeado en el puerto de Helsinki. De junio 1987 conservo otra postal:

“Hola. Saludos de Finlandia. No tenemos todavía verano, hace mucho frío. ¿Cómo estás tú, Tomás? Un abrazo de... Tuula”. Y en fin, de agosto de 1988 también conservo una preciosa postal, con paisaje lacustre y que, aunque por estar escrita en finlandés no entiendo, sí leo señalada en sus líneas la fecha de mi cumpleaños 29-9. Otros tarjetones de motivo navideño asimismo conservo en apartado distinto de mi acervo documental. Van desde la fórmula clásica y escueta de “Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo. Tuula”, con o sin equivalente en finlandés, al recordatorio con la fecha 29-9-90 palmariamente alojado en la frase de felicitación en finlandés, y a otros textos de felicitación cortitos, en finlandés, por Navidad. El más informativo es uno en el que me hace saber que está “trabajando continuamente en el barco. Trabajo diez días y estoy libre diez días, etc...”. Como Tuula ha mantenido la costumbre de no fechar sus comunicaciones, ello les presta una ucronía acomodaticia y aprovechable en cualquier circunstancia. Por supuesto, yo la escribo con idéntica regularidad; es decir, contesto sus comunicaciones, sabedor de que jamás encontraré razón alguna para dejar de cultivar aquel conato de concernimiento exótico que nos creció a los dos, a Tuula y a mí, tan por azar en el verano de 1962.

**Isabel: The U.W.O. [The University of Western Ontario.
Universidad de Ontario Occidental] Julia; Mary Ann:
London, Ontario (Canadá): 1964 - 1965**

Cuando me aseguré de que, en efecto, mi residencia en los U.S.A se limitaba a los dos años improrrogables previstos para el Exchange Visitor's Programme Visa... es cierto que me quedé aplanado, como si la planta de un impensado proboscidio me hubiera echado por tierra la ilusionada y decidida techumbre que mi trabajo y mi entusiasmo se había encargado de levantar. Por supuesto, que la averiguación que llevé a cabo sobre las posibilidades de mi permanencia fue exhaustiva. Tuve noticia de ello, primero, a través de las oportunas instancias administrativas de Michigan State University. En algún momento de mi segundo curso académico 1962-1963 se me comunicó la restricción de mi 'status'. Luego fue el propio profesor Townsend, Director de Departamento de Lenguas Extranjeras quien me lo comentó, y quien tuvo la deferencia de indicarme que, para una seguridad total sobre el asunto, podría acercarme al oportuno negociado oficial de Detroit... No recuerdo si en la viñeta correspondiente a mis dos cursos en los U.S.A he tocado el tema. En cualquier caso, mencionar ahora que los funcionarios de dicho negociado me trataron correctamente, no sin exteriorizar la omnipotente reflexión de que todo el mundo que llegaba a los U.S.A para un menester concreto y limitado en el tiempo (como era el caso de mis dos años) querían quedarse. Lo que no me dijeron, supongo que por defecto e/o insuficiencia de imaginación, es que, pasado otro cierto tiempo, todo el que podía largarse se largaba.

¿Por qué no te vas a Canadá?, le oí decir a alguien. Confieso que una de las carencias más clamorosas de la personalidad del españolito que yo encarnaba entonces se me puso a lo vivo de manifiesto. Nuestra historia, nuestra memoria o tiempo estadístico se ha caracterizado por un espectro más bien reducido, casi hieratizado, amojamado, del muestrario de menesteres y ocupaciones en los que nuestra sociedad, nuestros paisanos, nosotros mismos, hemos tenido que ganarnos la vida. Descontando las épocas heroicas de nuestra

pomposamente llamada ‘Edad de Oro’, en las que el lema parecía ser ‘aut Caesar, aut nihil’, y los medios para conseguir tal quimera, la cruz (llegar a santo), la espada (convertirse en un conquistador de fortuna), o la pluma (alcanzar los honores literarios), la verdad es que nuestro temperamento y los condicionamientos por él generados a su vez propiciaban un listado harto exiguo de profesiones a las que dedicarse: Descontando la de cura y la de militar, que siempre han tenido entre nosotros un arraigo sostenido, dígaseme qué otras carreras existían fuera de las de abogado, maestro y boticario, precisamente las fuerzas vivas y bastiones institucionales de las comunidades rurales. Cuando a principios de siglo, Ortega y Gasset estudiaba en Marburgo, se maravillaba –según nos cuenta– de que algún compañero suyo desde tan anticipadas instancias proyectase dedicarse a la investigación de tal o cual cultura asiática. Sin duda que el factor económico, de desarrollo técnico, aquí desempeña un primordial cometido. Pero ya se ha demostrado hasta la más fastidiosa de las evidencias que hay resortes en la humana condición que no se rigen por lo económico exclusivamente. Una característica de lo hispánico ha sido la de *desdeñar* lo que a nivel telúrico sus intereses, su curiosidad, o lo que fuere, no le permitió comprobar. Los países que componen la vanguardia del progreso (y de todo aquello que los demás ansían y emulan) son precisamente los que se han preocupado de inventariar las reacciones de la condición humana ante el mayor número posible de supuestos y de circunstancias también ‘humanas’. Su experiencia está, pues, mejor dotada de datos, de referentes previos, que la de aquellos otros pueblos que por pereza narcisista han “religado” [y aquí sí que la etimología es elocuente] a las instancias irresponsables del ‘más allá’, de la religión, la cuenta que de las cosas de la tierra hay que dar aquí en la tierra. En su lado negativo y perverso, no otro es el efecto de la religión. Muchas de las facetas o características que, con marchamo privativo, se predicaban de lo hispánico [como la sobriedad, el desprendimiento altruista en lo tocante a relaciones humanas, etc...] resultaron ser quimeras e inventos acomodaticios debidos a la “pobreza” de España y a su imposibilidad de haber

ensayado las formas de vida y convivencia que la dinámica de la Historia iba imponiendo. Cuando en España se han propiciado las condiciones para un desarrollo económico de cierta consideración, se ha destacado el... ‘personal’ como un país de tahúres, y agresivos negociantes donde la asignatura de hacerse rico en el menor tiempo posible ha monopolizado los “curricula vitarum” de muchos. La poquedad de los recursos españoles nos privó de contar con el caldo de cultivo oportuno para demostrar nuestras habilidades en los correspondientes campos; mientras que otros pueblos, otras concepciones de vida han optado por someter a prueba e inventariar todas las opciones posibles con que cuenta el hombre, la persona, para librar su batalla de estar vivo. El terráqueo, provisto tan sólo de experiencia e intuición, y que no se haya tomado en serio recabar referentes de ensayo, habrá llegado a una altura de su acontecer histórico en que una nutrida serie de manifestaciones telúricas le parezcan atípicas y, consiguientemente, una de dos: O no reaccionará ante ellas; o reaccionará mal...

Por eso, cuando me dedicaron la espontánea sugerencia de “¿Y por qué no te vas a Canadá?”, confieso que me cogió desprevenido, con la proyectiva bajada de guardia por falta de rodaje. ¡Canadá! ¿Qué era aquello? En esos momentos en que se convocan tropeles de ocurrencias, una de las que más vigorosamente impuso su vertiente lúdica fue la de que, según cuentan, una parte de los primeros en llegar al continente norteamericano y que, separados del grupo principal se habían reintegrado a él después de merodear por el Norte, al preguntarles lo que habían visto por allí arriba, contestaron: “¿Acá? ¡Nada!”, de donde por simplificación devino el Canadá: ‘Acá-nada = Canadá’...

“¿Por qué no te vas a Canadá?” Y a Canadá me fui. En la viñeta correspondiente a mis dos años en U.S.A ya quedó relatada la visita que hice a Waterloo y a London (The University of Western Ontario, objeto ahora de protagonismo geográfico), y sobre ello no hay que insistir. Pero no estarán de más otras consideraciones, sean nuevas o complementarias. Uno de los aspectos más estimulantes,

quiero decir, que a alguien como yo le hacían sentirse ciudadano, si no de primera, al menos de preferente, era la de no ser inquirido, mucho menos, molestado, cuando de trasladarse entre los países U.S.A y Canadá se trataba. Estas comunidades de vecinos, flexibles, confiadas, de buena voluntad, tuvo en estos dos gigantes de Norteamérica su más ejemplar y definitiva demostración. La ausencia de requisitos para viajar de uno a otro estaba simplemente basada en una estructura de condicionamientos previos que hacía innecesaria, claramente disuasoria, la intención torcida, la conducta fraudulenta, al menos en los niveles que correspondían a mi incumbencia y a los cometidos a desarrollar por mi parte. En el tren, al cruzar desde Michigan por Port Huron hasta Ontario, por Sarnia, se sentía una como mayor confianza en las realizaciones humanas. Esta confianza aséptica, esta impresión libérrima la percibiría por esos mismos años al cruzar las fronteras entre Suecia y Noruega...

Los trabajos, quiero decir, los puestos de trabajo buscaban con cierta avidez a las personas. En mi campo, sin proponérmelo, recibí –ya dije– invitación para Waterloo y para London. Me quedé con London... por nada rigurosamente objetivo, o analíticamente mensurable que a mí se me pudiera alcanzar, sino más bien por sugestión intuitiva. Acaso también porque London era entonces ya una ciudad con aeropuerto, de unos 100.000 habitantes... Acaso porque el entonces Director del Department of Romance Languages, Robert Sherville, me supo engatusar para la U.W.O. mejor que Jim Mc Kinley para la University of Waterloo. Sí, los puestos de trabajo, las ‘jobs’, iban a las personas, aun a las candidas y poco fogueadas como yo, que no supo arrancarle 700 ú 800 dólares más a la oferta de 7.300 dólares canadienses que me hizo Sherville para el curso 1963-1964. En lo académico –duele confesarlo– fue quedarse quieto. Mi rango de Assistant Professor no hacía sino continuar el que ya traía de M.S.U. ejercitado durante todo el año 1962-1963. Ahora bien, mi preparación profesional y libresca me permitía mirar a los cursos que iba a impartir en la U.W.O. como un reto menor, muy, muy menor. Todo lo cual –como se verá en su momento– tuvo su cumplida compensación con

la intensa dinámica discente en la que me integré respecto de materias propias de mi Filología Inglesa. El sílabo de las asignaturas que me anunciaron que tendría que impartir en mi primer año, recuerdo que me hizo sonreír a mí y a algún otro colega de M.S.U., de tan poco entitativo y de tan elemental como nos parecía: “The Spanish Novel and Non-Fictional Prose of the Golden Age” (senior level, es decir, para cuarto curso); “Spanish Poetry of the XIX and XX Centuries” (junior level, tercer curso). En mi segundo año de estancia en la U.W.O. impartí “Spanish Prose of the XIX and XX Centuries” (junior level, tercer año), además de otros cursos instrumentales de lengua española propiamente dichos. Como señalé, vistos así los enunciados de mi programa docente, todo permitía pensar que no había color si contrastado con la frondosidad de cursos graduados para los que, con toda intencionalidad, se me contrató en M.S.U. Sin embargo, el curso “The Spanish Novel and Non-Fictional Prose of the Golden Age” me permitió adentrarme con paso crítico en la lectura y exégesis del *Quijote*, y el librito de texto que para la ‘non-fictional prose’ se usaba a la sazón en la U.W.O., *Lecturas clásicas españolas*, ordenadas y anotadas por Esteban Salazar Chapela [Secretario General del Instituto Español de Londres], London: Harrap 1949, resultó ser un interesantísimo y manejable utensilio de apertura hacia la indagación de ulteriores descubrimientos dentro del mundo de nuestros clásicos. Pero de todo ello tendremos ocasión de hablar más adelante.

La primera sorpresa que no supe apreciar [como correspondía a quien se encuentra con algo que, de momento, no siente necesitar] fue la de recibir ‘status’ inmediato de *landed immigrant* por parte del Gobierno canadiense. Ante la presentación de mis credenciales como Doctor por Universidad española y profesor en otra canadiense, el Gobierno de Canadá me había soltado, así, por las buenas, las prerrogativas máximas que me permitían llegar y quedarme permanentemente con todos los derechos de un nativo, por tiempo indefinido, perpetuo. Lo de mi trabajo en Canadá se prestó a que algún cazurro de entre mis compatriotas mencionara lo tan manido de la ‘casita en Canadá’ o lo de la Policía Montada, conceptos éstos con los

que el personal intentaba ahora captar el maridaje de mis vivencias, lo mismo que respecto de Michigan un supuestamente famoso regimiento de fusileros garantizaba la entidad honorable de la parte del mundo en que me había tocado desarrollar mis labores y habilidades. De momento, mi traslado había significado que mi referente de megápolis ultramarina por antonomasia había dejado de ser New York y pasaba a Montreal, ciudad conectada con Madrid sobre todo por la línea aérea Canadian Pacific, a veces con escala en Lisboa, y a veces no. Desde Montreal, claro es que las opciones eran todas aceptables: Avión, acaso con escala en Toronto, la segunda gran urbe de todo el país; autobús para los menos pudientes en dinero y más abundantes en entereza y aguante; o tren, que podía salvar los 700 kilómetros entre Montreal y London en bastante menos tiempo que un tren español ordinario de Madrid a Valladolid, por ejemplo. La verdad es que no guardo recuerdos rigurosos sobre las opciones de las que me serví, aunque creo que por lo menos en una ocasión llegué en avión a London, porque guardo como un foco testimonial, siquiera desleído en mi conciencia, de lo que era una ciudad, ya lo dije, de unos 100.000 habitantes, servida por un aeropuerto limpio, de tipo medio, para hacerse cargo de vuelos instrumentados por aviones medianos, tipo bi-motor Fokker; bi-motores Viscount; o cuatrimotores Vanguard, estos dos últimos con el marchamo de garantía Rolls-Royce. London, Ontario, se refería a London, Inglaterra, como la ‘mother city’; y por si fuera poco, además de contar con un río Thames en pequeño, a mitad de camino entre London y Kitchener, a tres cuartos de hora de coche, se encuentra Stratford, notoria por sus ‘Shakespeare's Festivals’. También recuerdo haber volado hasta Toronto, desde España, y haber salvado los 180 kilómetros hasta London en cualquier medio de transporte, supongo que predominantemente en tren...

Con todo, fue una serie de conocimientos y encuentros personales, venidos por ineluctable azar, los que hicieron de mi tiempo en London algo mucho más precisado y servible de lo que yo hubiera podido sospechar. El primero de ellos fue Luis Lozano. Me lo presentó Sherville nada más incorporarme en septiembre. Luis estaba

casado con Vera, una mujer de extracción rusa, temperamento afable, buena cocinera, y cuyo punto flaco radicaba en el mimo ciego que dispensaba al único hijo de ambos, Raymond. Este, no hay ni que decirlo, era un típico chaval, entonces de 17 años, ni bueno ni malo, sino sencillamente ejerciendo cumplidamente los márgenes amplísimos de permisividad concedidos por su madre, para disgusto y consternación de su padre. Vivía Luis junto al Campus, en una bonita casa, bien orientada, bien organizada, y con una suficiente extensión de césped y jardín. Luis, unos 15 años mayor que yo, era oriundo de Málaga, había residido por algún tiempo en Ottawa, desempeñando cargos administrativos hasta que, ante lo que para entonces podría entenderse como comienzo del ‘boom’ de las Universidades canadienses, y advertido de la escasez de profesores de Filología Hispánica, él, con sólida formación en Humanidades, en general, y con un buen conocimiento de francés, se ofreció en su momento, y allí fue a dar, a U.W.O. como Lecturer del mismo Departamento, en el que yo me hallaba un rango funcional más por encima, en el de Assistant Professor. Luis era un tipo de buen corazón, de honradez acrisolada, de generosidad espontánea y habitual y con voluntad de superación. Había injertado a la perfección dentro de la estructura anglosajona en lo que a escalar niveles de excelencia mediante el propio esfuerzo se refiere. El falso pudor del españolito con el que justificar su abulia barata o su hedonismo inmovilista no iban con él. Luis –en el que con toda propiedad consideraba último tramo de su actividad laboral– estaba decidido a acometer el grado de Doctor y escalar posiciones en el sistema de rangos de la Universidad norteamericana. Fue mi primer amigo y aliado y se echó sobre sí las inevitables molestias de gestión que implicó buscarme un alojamiento estable para todo el curso académico. Mi experiencia en M.S.U. con aquel pisito compacto y completo de alquiler me ilustraba casi con exclusividad el panorama de mis preferencias...

Cuando la gobernanta de los Apartamentos de 939 Western Road nos dijo que... el único problema, acaso, fuera el hecho de que se alquilaban en régimen de amueblados... y el B-16, único libre

entonces, también lo estaba... tanto Luis como yo nos echamos a reír. ¡Si eso era precisamente lo que buscaba! Western Road, que conectaba la Windermere Road, al Norte, con la Oxford, al Sur, se adentraba en los terrenos propios del Campus universitario, dejando al Este el grueso de edificios [entre los que se encontraba Middlesex College, sede de nuestro Departamento de Lenguas románicas], y al Oeste el Huron College y el Brescia Hall, residencias para estudiantes, entre otros...

Mi apartamento se componía de lo típico y suficiente: Un dormitorio con cama grande; un 'living' y cocina continuados, y un cuarto de baño completo: Unos 60 metros cuadrados, todos aprovechables y funcionales. Quedamos en que la Señora Gobernanta [imposible rescatar su nombre] me daría un limpiazo una vez por semana a los cacharros de cocina que hubiera utilizado, y un cambio a la ropa de cama en general...

Middlesex College era de nueva construcción, como casi todo en esta Universidad. El estilo arquitectónico, neo-gótico, hubiera hecho las delicias de John Ruskin, probablemente el origen y causa remotos de toda esta manera de entender el arte aplicado a edificios de cariz público, en nuestro caso Facultades de Universidad de una ciudad que confesaba con orgullo y buen grado su prosapia británica. Mi despacho, individual, estaba convenientemente pertrechado de muebles más bien pequeños pero nuevos, en madera de roble (o imitación) oscura. Sólo a comienzos de mi segundo año fue cuando instalaron teléfono en los despachos de aquellos profesores con el rango mínimo de Assistant Professor. En cosas así la organización imparcial y técnicamente clasista producía los mejores resultados y nadie se quejaba, sólo con tomarse la deportiva y pequeña molestia de comprobar que cualquier otra opción hubiera sido menos conveniente. En el trabajo, acaso ya lo dije, Robert Sherville, como Jefe del Departamento y como Full Professor, estaba por encima de mí en todos los sentidos...

En mi conciencia se iba asentando, al menos, una cosa fija; y es que Canadá podía ser mi lugar de trabajo para todos los... años que me

quedasen de vida, si tal fuese mi intención. Otra realidad no menos palmaria es que Ontario era la provincia más pujante, con mucho, de todo el país y que en Toronto se encontraba el mejor centro de estudios Hispánicos de Canadá, donde los nombres de Buchanan, von Richthofen y otros sostenían dicha notoriedad. Los canadienses, como paletillos arrimados al gran coloso que tienen por vecino, hacían una asignatura obligatoria la de justificar su supuesta diferencia, y la autonomía que fuere, respecto de las cuestiones que ellos tuvieran a gala defender a ultranza. En mi criterio, recién llegado de M.S.U., Canadá en general, y la U.W.O en particular eran unos apéndices decorosos del gran amo que allí estaba al lado, de vecino, imponiendo tanto los contenidos como las formas de vida...

En cuanto me sostuve por mí mismo, cosa que viene casi siempre marcada por la percepción de la primera mensualidad, me alquilé un coche grande, un Chevrolet en buenas condiciones, con cambio de marchas convencional, y me acerqué a M.S.U. a recoger de mi antiguo apartamento algunas cajas con ropa, libros y otros pequeños enseres que había concertado dejarme allí. Fue una dimensión nueva conducir un cacharro inequívocamente americano. El caso es que hice el viaje sin complicaciones, con infinita precaución en el manejo de un trasto tan grande. La conducción en América es agradecida, “it pays”. Todo lo que no se permite está profusamente indicado. Las calles no pueden tener más que o bien un ‘yield’ (ceda el paso) o un ‘stop’; de otra manera, el tráfico es ‘through’, es decir, seguido. Respetar las señales garantiza las mejores prestaciones. Todo lo que no está expresamente prohibido o desaconsejado, queda protegido y amparado por el uso y la aquiescencia de los demás. Aunque mi apartamento se hallaba en una muy buena zona de la ciudad, y hasta dentro del radio peatonal del Campus de U.W.O. [pues no se hubiera tardado más de media hora en hacer el camino desde la casa al despacho], sin embargo comprobé que un Campus como el de M.S.U. que constituía la ciudad de East Lansing propiamente dicha, no era probable volver a encontrar. Me decidí, pues, a dar el paso y a usar coche. Constaté, eché cuentas y

decidí alquilar uno por todo el curso académico. Tanteé en varios establecimientos y en uno de ellos, el menos ostentoso, llegué a un acuerdo respecto de un Chevrolet Corvair, de aquellos bajitos y planitos cuatro plazas que causaron tan buen impacto y tuvieron tan buena aceptación por parte del consumidor norteamericano; algo así como los primeros Renault 4x4 del comienzo de los cincuenta. Lo recuerdo bien: Era encarnado y aunque no era nuevo, lo estaban terminando de tapizar y de poner a punto en cuanto a mecánica, para venderlo como cosa a estrenar. Jamás disfruté de algo tan maniobrero y tan sufrido: En todo ese primer año que lo tuve no me causó la menor molestia. ¿Que cuánto me costaba? Es curioso, pero no me acuerdo ahora. Tan sólo que si mi sueldo suponía ya, después de impuestos, unos 500 dólares canadienses limpios cada mes, el apartamento me saldría por unos 75 dólares y el coche por otro tanto, quizá algo menos. La empresa me proporcionaba revisiones en caso necesario y reparaciones de averías que no fueran imputables exclusivamente a responsabilidad mía. Por ello, corría yo únicamente con los gastos de consumo de gasolina. Me gustó el sistema y lo disfruté, tanto, que el resto de mi estancia en Canadá seguí siendo un devoto partidario del mismo, como se verá a su tiempo.

Mi segunda amistad, de perfil pintoresco, problemático, disparatado, aunque siempre cordial, fue Lorenzo Gironés. Oriundo de Nicaragua, se había trasladado a Canadá con su madre y con dos hermanas. La madre residía en Toronto y hasta años más tarde, por un acontecer fortuito, no llegué a conocerla. Los tres hermanos –Lorenzo, Isabel y Margarita, pues tal era el nombre de las chicas– estudiaban en U.W.O. En algún estadio de nuestros sucesos algo le oí comentar a Lorenzo sobre la figura de su padre, un médico aventajado y competente que murió asesinado a manos de... También, al parecer, la imagen del padre macheteado por el agresor que fuere se le había quedado bien prendida a Lorenzo en la conciencia, aunque el episodio databa de su primera infancia. Lorenzo, como digo, era disparatado en la dinámica de sus 23 ó 24 años, y si puede parecer a algún espontáneo lector que le dedico demasiado discurso recreativo,

téngase en cuenta que, además, y a pesar de su propia personalidad bifocal, iconoclasta y enardecientemente activa, téngase en cuenta que a él le tocó ser el hermano de la heroína que encarna la substancia rememorativa de esta viñeta. A Lorenzo Gironés le conocí por hallarse matriculado precisamente en mi curso sobre la novela y la prosa ‘no de ficción’ de nuestro Siglo de Oro. A los primeros compases identificativos me comentó que aquél era su tercer año preparatorio de Universidad, antes de comenzar sus estudios de Derecho en la Osgoode School, allí mismo, en la U.W.O. Me ilustró mucho la información sobre dicha realidad de que un estudiante de Derecho, además de los cuatro años específicos de carrera, estaba en la obligación de hacerse con un B.A. [Bachelor of Arts] general, a modo de bagaje humanístico previo. La traducción de todo no podía ser más simple: La carrera de Derecho era suficientemente seria como para comenzar donde otras acababan...

A Lorenzo le encantaba el *Quijote*, quiero decir, mi curso sobre el *Quijote*; era como si su hispanidad, hasta entonces ni exteriorizada ni mucho menos ejercida, hubiera encontrado en mí la justificación holgada para mostrarse en su irrenunciable dimensión. Porque no se olvide que uno de los supuestos más tipificados de tensión entre dos concepciones vitales la hemos venido protagonizando los hispánicos dentro del sistema calvinista de valores por el que, más o menos, se rigen las sociedades anglo-parlantes de la América del Norte. Y he aquí que para encono de tal premisa, el continente de las Américas queda repartido, muy prioritariamente, entre dicha concepción valorativa de lo telúrico y cercano, y todo lo demás hispánico desde Méjico hacia abajo, permitiéndome encerrar también a Brasil, por ibérico, y a obviar a otras comunidades de ascendencia francesa en lo lingüístico (Quebec, Haití y demás Antillas) respecto de las cuales, a pesar de su relativa menor entidad, el chauvinismo francés, suponemos, nos ha intentado endilgar de por vida el impertinente y torcido término de ‘Latino-América’, significando el disparate de que, o bien tales comunidades se expresan en Latín; o que no son las lenguas madres, sino las lenguas tatarabuelas las que conforman la

identificación lingüística de los pueblos...

Sea como fuere, decimos, en Lorenzo se conjuntaba muy a lo vivo ese juego de tensiones, y la versión de su hispanismo pintoresco y montaraz era lo que mi inclinación a lo exótico y colorista mejor saboreaba. Su relación con las cosas y con las realidades era muy... yo diría que barojiana, muy de héroe de ‘acción’. Se embarcaba en cuestiones de remotísima viabilidad, y cuando ésta, en efecto, devenía absolutamente imposible, Lorenzo se desenganchaba del asunto como si nunca hubiera tenido nada que ver con él, y sin que –por lo menos, al parecer– le dejase huella negativa. No parecía ser hombre con tiempo para volver atrás y calibrar el volumen de los fracasos. Lorenzo salía ‘steady’ (es decir, con regularidad pública) con una chica que, según él, no le importaba mucho. También era amigo, por lo menos compañero asiduo, de una pandilla de jóvenes *típicos* canadienses. Lo de subrayar *típicos* tiene motivos. Al ser Canadá un apéndice del vecino todopoderoso U.S.A, un pariente aventajado del, por antonomasia, cabeza de familia U.S.A, en los ciudadanos era muy corriente esas mostraciones del “quiero y no/sí puedo”, siempre teniendo como referencia y modelo al gran hermano de abajo. Un coche de segunda en los U.S.A, digamos, era un coche de primera en Canadá; una Universidad de tercera en los U.S.A podía conceder suficiente prestancia a cualquier canadiense que allí hubiera obtenido su título. Cuando alguno de estos jovenzuelos de papá pudiente estrenaba uso de coche de segunda clase U.S.A solía cumplir con el ritual de pasearlo por el Campus, despacito, y permitir que lo viesan las amistades. Lorenzo se daba maña para brujulear a través de las borrascas de su propia personalidad y de las botarateces *progres* de sus amigos.

El tercer personaje que significó y marcó bastantes de mis referencias en London, Ontario, fue Pepe Azcárate, más o menos de mi edad, de Huelva, que había caído allí en Canadá para acometer su especialidad en cirugía. Tipo alto, de cordialidad desordenada pero abundosa, ilustraba el lado, por así decirlo, *serio* de las actividades de todas mis otras referencias. Su reto era doble: Superar el examen de

ingreso pleno en la especialidad médica que fuere (cirugía, en su caso), algo parecido al MIR español; y además superarlo en inglés. Pepe lo superó con holgada brillantez al segundo intento, y comenzó a trabajar, de residente interno, a las órdenes del Professor Barr, creo que en el Victoria Hospital, en la calle South, entre la Waterloo y la Colborne. Basten, de momento, estos datos para poner en marcha al personaje.

En la Universidad, junto con el elemento hispánico del que más adelante nos ocuparemos, había una buena representación de oriundos de las West Indies, es decir, de los territorios caribeños y antillanos que, *grosso modo*, pertenecieran al ámbito de influencia de la cultura inglesa y de la francesa, sobre todo de la primera en lo relativo al Canadá anglo-parlante. Mediante un análisis impresionista, en la época de explosión de nuevas nacionalidades por todas partes, y ante la imposibilidad por parte del Reino Unido de absorber tantos millones de súbditos provenientes del pasado Imperio Británico, que como portadores de dicho pasaporte desearan legítimamente trasladarse a la metrópolis, o simplemente engancharse en algún aspecto institucional [como el de cursar estudios universitarios durante cierto número de años, por ejemplo], podríamos decir que la “Madre Patria” de todas estas gentes, o sea, Gran Bretaña, echaba mano de la Commonwealth para dispensar estos servicios de soberanía. Jamaica, Trinidad, Barbados, Tobago, etc. eran los territorios de donde provenía la mayor parte del estudiantado de color de U.W.O. ... Jamaica era, entonces también, la isla caribeña que mayor incumbencia me trasladaba...

Uno de aquellos veranos, creo que el de 1964, mi buena amiga y compañera española Ana María Salomón, “musa fiel” de mi Tesis Doctoral de Filología, y dentro del capítulo de bondadosas dispensas con que me distinguía, me anunció que se hallaba en Madrid una amiga suya, jamaicana por más señas, y que al saber ella de mí por Ana María, había mostrado conformidad e interés por conocerme. Se llamaba Elma Shelley y era una preciosidad de criatura. Elegimos para la velada una terraza al aire libre en la que hacía una de sus primeras

interpretaciones cara al público el inefable Raphael, sin haber cumplido aún los veinte años. Pero la estrategia de aquella estupenda amenidad encerraba, por si fuera poco, una oportunidad de asomarme al brocal cercanísimo de la carne hecha expresión, y del efluvio de espíritu corporeizado de una encantadora indiecita oscura y bella del Caribe. Se me preguntará (y hasta yo mismo me lo pregunto al tiempo de escribir esto), si en mis dos años anteriores en M.S.U. no propicié una amplia exposición ante este tipo de ciudadanía. Lo relatado ya para 1961-1963 está ahí en versión llevada a término. Pero sí creo propio añadir ahora que el contingente autóctono estadounidense en una Universidad de veinte mil estudiantes era tan numeroso y tan predominante como para casi hacer innecesaria toda otra incursión fuera del territorio de piel blanca que tan a raudales se me ofrecía. Elma me ilustró a la perfección el arraigo y el alcance de la impronta cosmovisiva de ciertas civilizaciones. Elma, además de hablar inglés *colonial* tenía educación británica, y si sus antepasados pudieron ser trabajadores pioneros en el cultivo de la caña de azúcar, ahí estaba ella, en Madrid, conmigo, en una terraza sala de fiestas el verano de 1964, dijimos. Como no parecía poder ser de otra manera, yo, en puridad, dediqué mi actuación caballerosa disponible a Ana María, fuente y origen de aquel encuentro mío con Elma, y entre nosotros sólo fluyeron copiosos cursos de galantería, de poética conversación. ¿Qué habrá sido de aquella mujer? Acaso, arañando un poco más con el rastrillo de la voluntad en lo pasado, Jamaica, Ana María y yo habíamos quedado conectados por una opción que se nos presentó a nosotros dos y a algún otro compañero de carrera, a partir de la consecución de nuestra Licenciatura universitaria, de ir a enseñar español a Chapelton, ciudad del interior de Jamaica, donde, al parecer, se había montado un buen Instituto y estaban reclutando gente, nativos animosos, para impartir las materias correspondientes de tema español. Ana María y otra amiga nuestra, Milagros, llegaron a ir allí, creo, que un par de años cada una. Así que en Elma se convocaban estas realidades pretéritas y otras instancias más o menos futurizas. A Elma Shelley le dediqué el poema “Trópico” [publicado en *Aldonza*

10, agosto 1965 y escrito, casi con toda probabilidad bastante antes].
Lo volvería a firmar. Es éste:

Trópico

A las seis menos algo eras espera,
puridad de dolor aclimatándose
en don de geografía tan querido.
Canela en la cintura, voz sacada
de la dulce caída de los trópicos;
o mejor, de la larga
soñolencia pensando en mares altos.
A las seis eras cierta
en tanto las palabras no saliesen.
Después los dos cruzamos tierras vírgenes
como tú me las ibas disponiendo,
al nivel de los labios,
mecidas al calor de otra palabra
que una vez en su cielo de azul inigualable
se creyó fecundada por un aire en península.
A las seis de la tarde de pura coincidencia,
de inútil coincidencia hasta otra –nunca– tarde

Una de las primeras colegas que me invitaron a una recepción en su casa [descontando a Luis Lozano y a Sherville] fue Jean Cross Newman que a la sazón era Auxiliar de español en el Departamento, o sea, part-time con el rango de Instructor que aquí en Canadá, justo lo contrario que en U.S.A, iba por detrás del rango de Lecturer, y por consiguiente, dos por detrás del de Assistant Professor. Jean Newman en varias ocasiones demostraría encarnar al tipo de mujer anglosajona más recomendable y fiable: Culta, activa y honesta, simultaneaba su quehacer doméstico [tenía marido y creo que un par de hijos] con el oportuno apoyo económico de sus clases en la Universidad. Fue en su casa donde conocí a la primera negrita jamaicana. [Descarto la atipicidad de mi encuentro platónico con Elma en Madrid, que, por tratarse del verano de 1964 técnicamente seguiría a éste de Canadá.

Precisamente por la irrelevancia de su acomodo en la secuencia cronológica de estos años, otorgo a Linda (pues así se llamaba la amiga a quien Jean invitó para que yo conociese) la denominación de ‘primera’ jamaicana]. Nada más presentarnos Jean a Linda y a mí nos advino esa innominada sutura de empatía que es siempre el principio de todo, aunque pueda ser también, siempre, el final de nada. En casa de Jean había un piano y alguien lo percutía con la consiguiente convocatoria que ese instrumento abierto y vivo ejerce sobre los circundantes. Linda hacía con justeza honor a su nombre, y mi cosmovisión estética se apresuraba a establecer categorías, a dirimir diferencias, a sentar postulados con los cuales orientarme en la eterna procelosidad femenina. Con un vaso de ‘punch’ en la mano, una canción en la boca y 27 años ni deudores ni temerosos, no había más que dejar que las cosas jugasen sus propias bazas. Linda, 21 años, me miraba absorta: Mi forma de hablar, mi rango profesional, mi propensión al canturreo lírico..., parecieron serle la primera de las epifanías que recibió fuera de su Jamaica y de un español para más señas. Estuvo una sola vez en mi apartamento y los dos fuimos conscientes de que nuestro cuerpo a cuerpo de intimidad transcendida tenía mucho de inevitable agradecimiento al azar de que Jean nos hubiera presentado...

Pero la maquinación organizativa de Lorenzo Gironés se había puesto en marcha. Lo que más me instaba a aceptar su amistad y su asistencia sin remilgos ni reservas era la constatación de que lo hacía pura y directamente “ex abundantia cordis”. Lorenzo veía en mí la verdadera encarnación, en joven, de los valores menos discutibles y más palmarios del temperamento español, “de España”, de la Península Ibérica, para entendernos. Probablemente el otro racial español en London de más quilates fuese Luis Lozano, pero su larguísima estancia fuera de España apenas encontraba un remedo compensatorio en la proclividad que le urgía a todas horas de acabar hablando de nuestra Guerra Civil, que él –aunque no más que yo– había perdido también. Así, para Lorenzo yo representaba una fraternidad mayor y una buena atalaya desde la que él se asomaba a la

idiosincrasia hispánica castellana y que, faltando su padre, acaso era su gran asignatura desconocida y pendiente. Un día me vino y me dijo que su chica y él habían invitado a una amiga, Betty, para conocerme. Huelga puntualizar que London, a pesar de ser (en magnitud acaso emparejable con Hamilton-Burlington) la tercera ciudad de Ontario, después de Toronto y de la capital federal, Ottawa, también *en* Ontario, no despegaba de los condicionamientos provincianos típicos que los usos y costumbres de sus habitantes se encargaban de santificar todavía más concienzudamente. En cuanto a maneras o formas de comportamiento propiamente dichas... pues, un remedo de las británicas y de las de U.S.A. Desde el viernes por la tarde hasta el momento de levantarse para regresar al trabajo el lunes por la mañana, el súbdito administrado encontraba todas las bendiciones del mundo para zambullirse en la consabida rutina del alcohol y del gedeonismo dentro del encofrado de los inevitables “parties”. Una fórmula menos obvia y más refinada de complimentar una cita era la de ir a un “pub” a tomar unas cervezas, seguido del restaurante socialmente acreditado. En todo ello había escollos preconcebidos y se le ofrecía a uno un buen campo donde esmerarse y mejorar la autoridad preestablecida. Había, sobre todo, un restaurante, “L'Iroquois” en el mismo “downtown” [imposible precisar la localización exacta de calles por falta de algo tan socorrido y gratificante como alguna factura de las muchas que pagué] que era para la gente de London, quiero decir, de la sociedad medio-alta pudiente, el non plus de lo “chic”, y para mí, por el contrario, la meca “horteril”, el símbolo del “quiero y no puedo” del provincianismo..., de quien ni es británico de pro de Gran Bretaña, ni es tampoco ciudadano del todopoderoso vecino. Uno de los factores más irritantes de este sitio era lo menguado y canijo de las mesas, sobre todo cuando eran para dos: Mueblecitos de medio metro cuadrado escaso, llenos, esos sí, de cacharritos impertinentes que hacían destacar todavía más aún la carencia de espacio. Había que ponerse serio con la zalamería mercenaria y en serie de los “maîtres” cuando le recomendaban a uno sentarse en una mesita bi-plaza liliputiense, codo con codo, espalda con espalda, a uno y otro lado,

con otras parejas; había que ponerse serio y reclamar otra mesa, acompañado todo de alguna expresión en castellano que no entendieran, y un como galano y “nonchalant” además de marcharse. Con el tiempo, fui descubriendo algún restaurante por las carreteras fuera ya del casco urbano. Descubrir que las botellas menos caras de vino tinto Chianti, Beaujolais, y Macon las servían a 4.00\$ en tal y tal sitio constituía una satisfacción señalada. Por la ruta hacia Lambeth recuerdo que había uno que llegó a ser normalmente el punto obligado de mis peregrinaciones. En cuanto a la comida, lo más emblemático y establecido era pedir un “T-bone steak”, o sea, un pedazo de carne con el hueso en forma de T, y para el tipo de ocasión y de amistades que ahora nos ocupan, cerveza de bebida podía servir perfectamente.

En esta primera invitación Betty, por exigencias del protocolo, no quiso venirse a mi piso, alegando no sé qué excusa de tipo femenino, aunque, para no desanimarme, me dijo que ella, encontrándose en su forma normal, hacía *eso* “just like that”, y ejecutaba una pirueta con la mano y un conato de chasquido con los dedos. Dos veces más salí con ella, ya solos, y efectivamente accedió a recorrer conmigo los tramos obligados en el camino de la intimidad. La recuerdo algo violenta, algo programada, como alguien incapaz de llegar al punto que fuere sin haber pasado antes por los inevitables puntos que también fueren. En estas sociedades la premisa ineludible para dejar sueltas las amarras del sexo suele ser el alcohol. Respecto de una mujer, no tengo nada que objetar, allá ella. Respecto de mí, tengo muy presente desde mi mocedad el brocardo shakespeariano de que el vino “provokes the desire, but takes away the performance”; y así, he sentido como mucho más enardeciente y provocador el hallazgo de temas en que las palabras fueran armas cargadas de cósmica intencionalidad, en las que el juego sexo/amor - amor/sexo (que tanto monta) fueran esperadas y deseadas consecuencias tan sólo. Claro que Betty no era un dechado de sutileza ni de filigrana: Era una chica morena, joven, entera, enérgica y guapa que, muy de acuerdo con las premisas de su formación, necesitaba del rodaje previo de los traguitos. Había estado en Mallorca, según me dijo, pero lo que no me

dijo nunca fue el puesto que me otorgaba en su clasificación del hombre español...

Al contarle a Lorenzo el resultado de mis citas con Betty, me dijo que estaba bien... pero que me olvidara, porque tenía para mí chicas mejores que presentarme... que Betty era una loca, y que no me convenía... Muchas veces en tiempos posteriores he traído a la conciencia mía aquel aspecto tan portentosamente operativo de Lorenzo, de no mirar hacia atrás nunca, de no conocer resentimiento alguno, sino de proyectarse desde cada una de las peripecias pasadas hacia la de delante, sin rencor ni mortificación: Siempre le recordaré con su inglés impecable de sintaxis y formación de palabras, pero con el corte especioso y cortante de aquello que se ha acomodado sobre el bastidor de un discurso previo, de una concepción lingüística anterior. Aquello, lo de Lorenzo, sí que podía considerarse como, 'inglés con acento', de los más atractivos y reveladores que yo haya conocido jamás. Bien: Si Betty era una loca y no me convenía, preguntarle a Lorenzo por qué a un buen amigo como yo (y en cierto modo, hermano 'senior' y protector) le presentaba y propiciaba amistades... no cuerdas e inconvenientes, está claro que además de superfluo hubiera sido impertinente.

Otro día me anuncia que su amiga... [acabo de acordarme que se llamaba Amanda] Mandy, Mandita, y él han concertado una cita para mí con una chica preciosa..., que me pasarán a recoger, etc., etc. [Otro inciso: Lorenzo, como estudiante, vivía como se esperaba de él: Con una beca o ayuda, o simplemente préstamo del Gobierno canadiense, del tipo que fuere, probablemente de esos a muchísimos años, sin intereses, una vez calibrados y sopesados los riesgos de tal o cual inversión del país en tal o cual persona. Lorenzo cubría con creces las garantías que en aquel momento dado el Gobierno de la Provincia de Ontario, supongo (Canadá era y sigue siendo una Federación de diez Provincias y dos Territorios), exigiese a los beneficiarios de sus préstamos. Además, a salto de mata, hacía algún trabajo 'part-time', cuya naturaleza no puedo precisar. Alguna vez hasta le pudimos ver con algún coche de esos que se compraban por 100\$ y se vendían por

75\$ considerando el escalón de los 25\$ como compensación de uso y disfrute]. Como antes esbocé, Lorenzo era listo, vivo, con un sentido ‘alocado’ de la proporción; una intuición guardiana de sus menesteres. Con estos pertrechos de su personalidad se daba maña a sostener conmigo esa amistad en que ninguno pudiéramos sentirnos ni aprovechante ni aprovechado. Es obvio que por el hecho de disponer yo de un sueldo decentillo a mis 27 años, se esperaba con toda deportividad que fuese yo el que hiciera frente al detalle de los gastos de diversión. A mí me agradaba y entre nosotros imperaba el ‘fair play’...

Nos habíamos quedado en que... ¡ah, sí!.. mi nueva cita se trataba de una clarita, tirando a rubia, alta, espigada, proporcionada y, como aquí se diría, muy, muy, o al menos, bastante “good looking”, de nombre Patricia Mac Nelly. El programa que me habían preparado fue ir al cine (?), sí, así como lo digo, ir al cine en razón del interés que supuestamente había manifestado Patricia por ver... ¡una película! Según Lorenzo, “se” habían confundido (desvaneciendo a propósito el sujeto o titularidad de la autoría) y nos habíamos metido en la “wrong film”, una sandez mayúscula de consumo U.S.A. ¿Se imagina el lector mi papel? Durante la proyección, y por puro divertimento de medios y fines, por puro juego diletante de psicólogo adivino en agraz, anduve tomándole la mano a Patricia, la cual ora se liberaba de mi no solicitada aprehensión, ora se uncía nuevamente a mi captura, al tiempo que yo sentía exacerbarse mi frustración por reírse ella ante esas secuencias para descerebrados orates, memos de profesión, que la película propiciaba. Y tal fue la reacción final de Lorenzo, en una de sus típicas manifestaciones que aunaba felizmente la inculpación por el disparate perpetrado, y la exculpación por obra y gracia de esa cosmovisión suya que no le permitía recriminaciones a pitón pasado, ni bobadas introspectivas. ¡Tremendo Lorenzo, más cuanto más lo recuerdo y lo pienso! “Hemos venido a ver..., ‘the wrong film’...” ¡y tan contentos todos! Yo no quería irme de vacío; cada cual, ya se sabe, hace lo que puede, y ante tan singular torpeza, ante tan abultado absurdo... me esforcé por acrecentar mis recursos sublimadores..., y

ante aquel diamante en bruto de Patricia, lejana, como una galaxia de otra, para cualquier hipotético asalto mío a su intimidad..., me esmeré por poner en marcha mis artilugios líricos compensadores... El resultado, qué remedio, fue el “Poema imposible” aparecido en *Aldonza* 4 (febrero 1965):

Poema Imposible

De lo que pudo ser y se nos ha quedado
entre rechinamientos de seda atesorada
y entre un exorbitante repuesto de perfume
para ahuyentar, digamos, los gérmenes del beso;
y también de una extraña tristeza alegre y hasta casi
alegría tristísima de haber perdido el rumbo
en el mejor velero de nuestra alma, etcétera,
voy a escribirte un poema y pienso
en tí –no faltaría más– y hasta en una como
inacabable historia del absurdo.
Verás, los hombres cantan al árbol florecido,
a una amarga sonrisa, a una penumbra
inútil pero entera. Cantamos porque sí,
con tal que haya un hervor de ser que nos soporte.
Pero cantar de lo que pudo brotar y se nos ha negado
en tu huida y mi esfuerzo por asirlo,
me suena a cosa muerta en mi catálogo,
me lleva a tí por el camino indesandable,
me duele como nunca me dolieron
ni el alba ni los hoyos de los dientes postizos.
Si bien, no importa, no. Hemos podido
saber que nuestros labios no se hundan
hasta la misma grieta para decir ‘adiós’ o ‘estoy cansada’;
que al repasar tu mano
ahormándola a mi amor insobornable
tú soñabas con lilas estrenadas y mis dedos
soñaban con un puente levadizo.
No importa que me digas ‘me voy, quizás mañana

me encontraré mejor y desde entonces
quiero pensar en tí al acostarme'.
La siembra por tu tacto donde estaban
mis rosas esperándote;
tu adiós imperativo –¡oh, Kant!– donde mi alma
florecía sin fin hacia adelante.
No importa nada, no, pues yo te busco
más allá de las cosas, en la amorosa frente,
en la guía oficial del estudiante
donde marco con lápiz encarnado
el nombre con que ahora te recuerdo
en tu ternura última;
te busco y te atesoro con la línea
que me habla de tí en doce palabras,
incluido el teléfono y la calle
que te ve amanecer cuando la dejas.
Aunque repitas ya que inútilmente
intentara encontrar entre tus voces
la que sonara a mía en tu silencio,
no es posible que duela, no, porque me queda
tu polvo de vilano entre los dedos
cuando te marchas tú y me pesa tu alma.
Te he querido –quizá, también– cuando el regusto
del vaso me recuerda que te has ido;
que tu pura presencia ha sido eso:
Como un aroma falso de estériles palabras.

Es curioso: A veces los detalles personales y simplones de los poetas ilustran el quehacer correspondiente, y al comprobar ahora el poema, reparo en que tiene al final la fecha de 28 de marzo 1964; así que infiero con fundada certeza que nuestra cita debió de celebrarse inmediatamente (quiero decir, sólo algunos días...) antes. Le informé a Lorenzo del único botín que me había deparado mi encuentro con miss Mac Nelly, dejándole ver en mi despacho el número de nuestra revista con el poema en cuestión. Yo sabía que tales cosas para

alguien privado de todo lo que no sea uso instrumental de la lengua madre..., yo había constatado que Lorenzo veía en mí al más cualificado representante de su lengua materna, de la cultura que a él la dinámica de su propio sino le impidió conocer más de cerca... Pero lo que no sabía, lo que no podía sospechar es que un día, pasado cierto tiempo, se dejó caer con Patricia por Middlesex College y, llegados a mi despacho, sin más preámbulo echó mano de la revista que reposaba en un sitio concreto del estante, y conforme la desdoblaba por la página donde estaba mi poema, daba de mandobles al papel y señalaba acuciantemente al poema, le decía a Patricia en inglés el equivalente de: “¿Ves, qué tipo de amigos tengo? ¿Te enteras, de lo que son capaces de hacer mis amigos por tí...?”, con gestos y ademanes en los que se confundían reproches a la supuesta ‘indignidad’ de Patricia y, *sensu contrario*, alabanzas a mi hombría de bien, a la exaltación munificente de mi conducta por haber dedicado a Patricia el poema de marras. Ésta, la más telúrica de todos, con esa cara rebosante de bobería aséptica, paseando con la boca una semiapertura de un lado a otro como en busca de alguna señal que sancionase la razón de su gesto y de su estado de ánimo..., dijo por todo comentario: “What does it [the poem] say?”... “¡Hhhuuuyyyy... –torcí yo con una mueca– eso sí que es difícil de explicar!”. No volví a saber nunca más de aquella tan sin substancia y preciosa criatura.

Inasequible al desaliento, Lorenzo me había colocado en la vanguardia de todas sus escaramuzas: Yo le apreciaba y le temía pero no encontraba mejor medicina que la de dejarme llevar..., era lo menos malo, tener confianza en el azar generoso. Un día, en pleno Campus, y mientras merodeábamos por el césped de la cancha de fútbol, una chica joven, enarcada, de porte acicalado y compensado, atractivamente buido... se acercó a nosotros dos...

– Sandy –le dijo Lorenzo– éste es Tomás del que te he hablado. A pocos metros de allí correteaban dos niños, mejor, niño y niña, dos, tres años cada uno, que al ver a Sandra (nombre entero de nuestra amiga) hablar con nosotros se arrimaron también. Eran los dos hijos, “s (/c/) ipotillos” [chaveas] de Sandra, en terminología tan

expresivamente criolla de Lorenzo.

Sandra correspondía a la típica chica joven, matrimoniada joven, madre joven... y que todavía siendo joven había visto hundirse el maderazo de su propuesta aventura de pareja. Los hijos eran de su ‘ex’ o aún ‘papelísticamente’ marido (¿qué demonios se me daba a mí?), “loco perdido” según la documentación de apoyo y de urgencia que me prestaba Lorenzo, y que sin embargo parecía seguir dispensando a Sandra su apellido Sachs, de extracción checo-alemana o engendro parecido. Yo supongo que a Sandra no le gusté ni menos ni más de lo que gusté y podría haber gustado a tanta periquita como se ha cruzado en mi estela. Pero al percatarse de que ella sí me había calado, supongo que por un puro resorte femenino valoró al alza mis acciones. Ella tenía 24 años, recuerdo muy bien habérselo preguntado, y yo 27 ya. Ella no tenía ahora mucho que perder y conmigo algo tendría que ganar... Suposiciones arriba o abajo, lo que Sandra no sospechaba es que somos muchos los hombres a los que defiende y protege la propia dinámica inherente en las cosas. Nos dejamos la piel y la visceración más delicada en las batallas emotivas, pero nuestro yo, como un todo, sale triunfante. Somos de *todas* porque no podemos ser de ninguna en particular, excepto en esa particularidad sucesiva, monocorde, intensa y pura... que es precisamente lo que no suele encajar con las mujeres. Sandra desconocía que yo estaba protegido por el orden natural de las cosas y, como cada uno de nosotros, quería ella jugar sus bazas... Sandra estudiaba en la U.W.O. y estaba acabando alguna sandez glorificada de esas, como Sociología, etc. Los niños solían estar con los padres de ella, que vivían en Waterloo, y Sandra disponía de un piso en London, mitad compartido con, mitad cedido por, el ‘fully crazy’ de su marido, piso al que yo nunca, ni siquiera, hice intención de acceder...

Lorenzo mostraba su satisfacción al ver mi creciente grado de incumbencia y despliegue de atenciones hacia Sandra. Creo que fue en la Commissioners Road, en dirección Oeste, donde descubrí una granja floristería, o sea, un sitio donde tenían invernadero y vendían sus propios productos, y cuyos responsables [si aún viven y aunque

hayan transcurrido hasta este momento en que esto escribo, más de treinta años] espero que no me hayan olvidado. Esta buena gente se encargaban de enviar los ramos, cuya confección yo previamente instruía, y los mensajes que los acompañaban. Toda la fraseología amorosa, con ese toque distorsionante del que pone en otro idioma construcciones acuñadas del suyo, se lo hacía llegar a Sandra. La escribí cosas como ésta: “With love there is no room for oblivion = Con amor no hay espacio para el olvido”. Supongo que a Sandra, que tenía que velar por la providencia de sus dos hijos, y por el rumbo que tomara su relación o des-relación con su exmarido, esas monsergas de supurante emocionalidad le debían sonar... ¡a yo qué sé! Pero sí sé que quedaba aturdidamente complacida. Cualquier concomitancia *estrecha* con ella hubiera sido signo inequívoco de que se interpretaban como acciones tendentes hacia el casorio, y sólo de pensarlo, a mí me daba vueltas incontroladas la cosmovisión y se me arrugaba el espíritu.

“Lo mío” con Sandra venía ocurriendo a partir del tercer trimestre de mi primer curso en U.W.O., concretamente un mes o dos antes de venirme a Europa [por cierto que aquel verano de 1964, entre otras cosas, lo enaltecí con mi viaje a Islandia], y para instruir una valoración siquiera aproximada de la consideración que los dueños de las flores me dispensaban, baste decir que fue el señor quien me sugirió que podía yo escribirles un aerograma –quiero decir, uno o tantos como juzgare pertinentes– desde España con las especificaciones florales para Sandra; y que al regresar yo a London en septiembre ya arreglaríamos cuentas. Es verdad que en aquellos tiempos se podía contar con la alianza segura del correo: Una carta desde Alcalá de Henares o desde Madrid tardaba cuatro días de inexorable regularidad en llegar a London, Western Ontario, ¡y viceversa! De todas formas el detalle de estos floricultores no dejó de halagarme sobremanera. No recuerdo si llegué a aprovecharme del tan estupendo y tan poco ordinario crédito que ponían a mi disposición. En cualquier caso, el gasto que les hacía ya en London con los envíos de flores cada vez más ambiciosos y compendiadores a Sandra, les

marcaba las líneas paradigmáticas del cliente ideal.

Para entonces ya había yo asumido los primeros envites, las primeras vibraciones poéticas que Sandra me emitía, y puesto que el poema, soneto, “Amor venidero”, para S. S., apareció en *Rocamador*, en su nº 35, de noviembre 1964, quiere decirse que muy probablemente lo escribiera en aquella fase de estrenada efervescencia anterior al verano de 1964. El soneto, pleno de motivos reconocibles y patentísimos, decía así:

Amor venidero

Para S. S.

Un bullicio de rosas me ha nacido
enamoradoamente por el pecho.
Me están creciendo rosas en el trecho
que va de mi memoria hasta tu olvido.

Por el haz y el envés de mi sentido,
por la apacible sombra de tu lecho
me llena ahora de alma por el pecho
un rosal milagroso y florecido.

En la espina, en mi herida, en tu mirada,
en el beso que da una madrugada
me van brotando desde siempre cosas.

Pedazos de tu nombre, levedades
que son como el dolor de las verdades
con que me dueles tú desde las rosas.

Un día concertamos una cena en “L'Iroquois” Lorenzo, su novia Mandy ‘Mandita’, y un par de amigos de Lorenzo, algo impertinentes e inevitablemente predecibles. Se trataba de que yo acudiese con Sandra, y así fue. No olvidaré que el más guaperas de los dos amigos de Lorenzo, al tiempo que Sandra se sentaba y dejaba asomar el borde de una pieza de ropa interior que aquí entenderíamos por ‘combinación’ o ‘enagua’, y allí por ‘petticoat’ o simplemente ‘slip’,

no olvidaré, digo, que con una mezcla de espontánea irreverencia y gusto dudoso, le señaló a Sandra dicho borde que en aquel momento sobresalía unos milímetros por debajo del vestido, simultaneándolo con la acción de dar unos tironcitos de él para enfatizar aún más el impacto positivo que su indumentaria femenina había hecho en los varones. Un europeo pronto se acostumbra al atuendo “casual”, desinhibido y deportivo de la universitaria norteamericana, y más pronto o más tarde descubre que cuando una mujer se pone alguna prenda de lencería, por poco presuntuosa, por simple que sea, está lanzando sus ondas en cierta dirección y quiere que alguien las reciba. Con o sin ropa interior intencionada, Sandra la verdad es que estaba atractiva en extremo: El deterioro de sus dos partos quedaba contraprestado por la articulación compensada y eurítmica de su chasis. Ya nos habíamos besado, y yo percibí a las claras que mi botín no podría fundamentarse en ningún avance más allá de los besos... Lo sabía y lo acepté. A fin de cuentas, ‘the market’ no escaseaba y cada cual debía estar en posesión de las reglas del juego.

Pasó algún tiempo. Hacía frío, había caído ya cantidad abrumadora de nieve... y por mecanismos cuyas interioridades no acierto ahora a componer, supe que Sandra se había ido a Waterloo, a unos 100 kilómetros ligeramente al NE, como creo haber dicho. Me constaba que ella sabía que yo estaba en disposición de ir a verla y, así, me dí maña en combinar la sorpresa que acarrearía mi presentarme allí con el pequeño riesgo calculado de que pudiese no estar en el momento de mi llegada. Por Sandra sabía la dirección de la casa de sus padres, donde ella se alojaba. Me abrió la puerta su madre que ya debía de estar en antecedentes, porque casi ni tuve que identificarme. Con una sonrisa cómplice, como de asentimiento fatalista y dulce, pasó a llamar a su hija. Sandra apareció, bien lo recuerdo, con falda y arrebujaada en un jersey de lana, color gris ceniza claro, moteado de negro, muy íntima, muy recatada, muy turbadora. Me preguntó allí, delante de su madre, “Do you wish to talk to me in private?” [¿Quieres hablarme a solas?] y mi alma lo entendió como la mejor transacción de entendimiento y reciprocidad que en aquellos

momentos pudiera Sandra dispensarme. Me condujo a *su* cuarto y nada más entrar y cerrar la puerta, sin mediar palabra, comenzamos a besarnos, nos estuvimos besando todo el tiempo que duró mi visita. Por mi parte fue un beso continuado, larguísimo, agónico, último. Antes de irme, le pedí que me pusiera a los pies de su madre. A los pocos días llegaba el periodo de vacación navideña, con la consiguiente dispersión de gente y de quehaceres. No creo que volviera a encontrarme nunca más con Sandra. Sólo puedo certificar ahora, aquí, con los documentos al lado, que en *Aldonza 9*, julio 1965, apareció otro poema, esta vez “Amor, acaso” para S. S.:

Amor, acaso

Entonces, ¿es verdad que tú soportas
la luz que a veces muerde, de pronto, mi colmena;
y la huida también, la mínima pasada,
esa voz y ese voto de la mujer que amamos
adonde nada llega, ni el amor ni la frente?
La hiel y el arrebato, la caricia
de tus dedos con huella enamorada...
– a ver si ella es el alba, el fruto pleno,
por lo menos raíz para el presente,
ternura y soledad de mi pretérito,
futuro amamantado en su esperanza.
Pero nadie te espera ante el milagro
ni a la orilla temprana de palabras:
rodillas, senos y hombros, transparencia
de dedos y de labios, de enramadas,
aves asustadizas, temor puro.
¿Te amenaza la sombra del recuerdo
o lo que bate tu alma son palomas,
plumón insinuante, tempestades
calmadas al azul de nueva aurora,
el ya templado vaho de algún perdido beso?
Y el carmín de los días, ¿te acompaña?

La vida seguía, y entre los asuntos de orden doméstico (o social, según se mire) que había que cumplimentar estaba el de renovar o, quizá mejor, convalidar mi permiso de conducir español por el definitivo canadiense, para lo cual había que superar las correspondientes pruebas, tanto teóricas como prácticas. Mi rodaje venía avalado por la experiencia anterior de mis Biscúter y Seat 600 en España; Opel Kapitán, Volkswagen y Saab en diversos países de Europa, con el valor añadido a mi *curriculum* de haber conducido por la izquierda en Suecia y en Islandia. El examen de aptitud física y el teórico los superé a la primera: Eran entretenidos y bonitos: El primero se componía de un conjunto de pruebas ópticas, gráficos que había que interpretar, etc. El teórico consistía en señalar, de entre cuatro, la respuesta correcta en cada una de las varias preguntas. El examen práctico, sin embargo, lo repetí dos veces, y lo pasé a la tercera. Se lo tomaban muy en serio los de Tráfico, y en el primer intento se metieron conmigo en el coche dos oficiales: Uno de ellos iba dándome las instrucciones de lo que debía hacer: Siga hacia adelante, tuerza a la izquierda, estacione aquí, allá, “try again”, “pull ahead...”, “make a left turn at the next crossing”... La primera vez me tumbaron porque, según ellos, al doblar a la izquierda y entrar en una carretera de dos carriles me había ido demasiado bruscamente al carril de la derecha, y no, como dice el Código, primero al carril pegado a la mediana, y una vez que se ha comprobado que el tráfico lo permite, proceder con cuidado al carril de la derecha... La segunda vez, ya con un solo policía dentro del coche, porque vacilé en la luz ámbar de un semáforo, y decidí continuar, cuando lo correcto hubiera sido frenar... Por supuesto que a los reproches técnicos que le espetaban a uno los examinadores, uno se intentaba justificar con respuestas tan inoperantes y simples como... ¡“pues yo llevo conduciendo tantos y cuantos años y no he tenido nunca un accidente... bla, bla, bla...”! que podía ser verdad, a lo que ellos respondían (¡mayor verdad aún!)... que acaso la ausencia de accidentes se debiera más a la pericia de los

demás en evitarlos que a mi maestría en la ejecución de la maniobra que fuere. “Drive the defensive way” era una de las máximas con que, con más profusión y regularidad, bombardeaban los medios de comunicación. Creo que no les faltaba razón a mis examinadores, los cuales, en honor a la verdad, en todo momento reconocieron mi solvencia general y mi buen rodaje en materias de conducir un vehículo mecánico.

Lo formativo, empero, de estas experiencias era comprobar la autonomía que cada estamento social desplegaba en el desarrollo y buena marcha de la comunidad. Los policías en el ejercicio de su cometido los sentía yo como seres investidos de libérrimo criterio para discernir sobre el asunto de su competencia: O sea, sobre quién podía y quién no podía recibir un permiso para conducir vehículos de tal o cual característica en Ontario, Canadá. Eso es algo que al meridional europeo le ha chocado; hablo de él, quien sea; de él, de nosotros, tan acomodados a la corruptela de los vasos comunicantes en cuestiones en que no hay nada que comunicar; algo así como la facultad de que alguien pudiera transvasar parte de su excelencia, digamos, como coronel de artillería o como Cardenal Primado, a su incompetencia en el campo de conducir automóviles, también por ejemplo, y con la holgura de la una pretendiera suplir la estrechez de la otra. En cosas así no hay módulo de civilización que, como el anglosajón, mejor redondee el acervo formativo de un meridional. Aquél, el anglosajón, quiere contar con límites y dimensiones, aristas y referencias claras y distintas; y cuando no dispone de ellas se abstiene en su ejecución; éste, el meridional, concibe y articula su obrar en razón de una maraña de factores superpuestos, imbricados, inconcretos, con los cuales y en función de los cuales actúa de la forma embrollada que hemos intentado ilustrar con el símil de la pretensión de transvases de competencias desde el arma de artillería o desde el Principado de la Iglesia a la habilidad de conducir automóviles, etc., etc. Sin los cuales factores el meridional no puede dar un paso, no ve claro, no se sostiene, no es capaz de crear su propia fundamentación operativa y previa. Esta reflexión volandera y un tanto adventicia, propiciada en

cada caso por una suerte variada de manifestaciones, se me patentizó desde mi primera toma de contacto, allá en el año de 1953, con “lo inglés” del Reino Unido.

Conseguí mi carnet de conducir canadiense y he de señalar aquí que en Norteamérica este documento es, excluido el valor internacional del pasaporte, el que más validez y fehacencia comporta como testimonio identificativo nacional. Es asimismo oportuno recordar que entre U.S.A y Canadá la tarjeta o “certificado de ciudadanía” [como un D.N.I. nuestro] bastaba para ir de un país a otro, y los controles fronterizos eran de puro trámite.

Por aquellos años, y exactamente a partir de mi independencia económica, comenzó a espolearme el deseo de materializar mi proyectado viaje a través de la ruta Tanezrouft que hiende el Sahara argelino por su parte más retadora y penitencial. En esto de los viajes, el juego de motivaciones y compulsiones, así como de desalientos y abandonos, pasa por muy distintas fraguas de cocción y posteriores procesos de enfriamiento. Contando como podía contar yo con los veranos completos para sostener y ampliar mis actividades investigadoras en el campo humanístico que fuere, podía distraer mi sueldo completo de dichos meses de verano [administración y ahorro forzoso ya que en M.S.U. me dieron opción a que mi salario anual lo cobrara en nueve mensualidades] puesto que aún *mi casa* de España era propiamente la casa de mis padres. Con tiempo, con dinero, con ganas, y con menos de treinta años conozco pocas empresas que hayan echado para atrás a alguien saludable. El detalle de que no podía darse mayor contraindicación entre la única época de que yo disponía para viajar con holgura, el verano, y la zona del globo programada, no constituía suficiente disuasión. [Me adelanto a decir que aquel viaje tardaría cinco años más en llevarse a término]. La plataforma aséptica de Canadá se prestaba ahora para el comienzo de ebullición de algunos factores del viaje. La fascinación que yo tributaba al desierto venía muy de antiguo, desde la época en que, aún chaval, leí *L'Atlantide*, la célebre novela de aventuras de Pierre Benoit. La probabilidad de encontrarme con Antinea y de departir con los

literaturizados y aguerridos tuaregs, aunque inexistente en la realidad, era lo más vivo y acuciante que podía espolear la conciencia mía. El mito, ya se sabe, es el afrodisíaco de la voluntad. En la viñeta correspondiente a este viaje y a sus encuentros profundos, se insistirá sobre el tema [así como algo hemos hablado de todo esto en el capítulo “Rakel” del primer volumen]. Basten ahora unos trazos orientadores...

Contaba yo con un buen amigo de andanzas, Luis Gallo, “Gallito” en adelante, paisano mío que, a la sazón, seguía trabajando en Alemania, y con quien el verano de 1962 había hecho una excursión a los países nórdicos, conduciendo un espacioso y bravo Opel Kapitán, modelo de los cincuenta. Había conseguido yo ganar para mi causa “africana” a Gallito, y nuestra comunicación sobre el particular continuaba fluida, versando siempre sobre el posible tipo de vehículo que pudiera llevarnos a través del Tanezrouft. En una de sus cartas me informaba, entre otros aspectos más vivenciales e irrepetibles, de dos cuestiones: Una que había dado un repaso general al coche Citroen ‘Tiburón’ que tenía entonces; y que había descubierto, después de la factura de 1.000 DM [20.000 pts.], que aquella gente lo único que hacía era cambiar las piezas gastadas o defectuosas por las correspondientes nuevas, sin pensar ni de lejos en meterse en rectificaciones, arreglos o reparaciones; y otra, que los mismos mecánicos que le habían dejado nuevo el ‘Tiburón’ le desaconsejaban pensar ni siquiera en acometer un viaje a Africa con un coche así. Lo significativo de todo esto es que el espíritu de viaje estaba en movimiento, y lo que menos importaba era la sucesión de valoraciones y factores inevitablemente inútiles e inoperantes las más de las veces. El pretendido viaje proyectaba atravesar toda la parte occidental de Africa, desde Ceuta hasta donde diese de sí nuestra ‘bravura’. El hecho de que mis amigos Rakel Wähl, la finlandesa, y su marido Albert Szabó se hallasen trabajando en Ghana [véase, vuelvo a rogar, el capítulo/viñeta “Rakel” del primer volumen] nos prestó el cierre ideal a nuestras motivaciones. Se trataba, por encima de todo, de mantener operativo y con vida ese ‘afrodisíaco de la voluntad’, a

costa de lo que fuere, ya que en este tipo de empresas lo que suele uno encontrar de los demás son causas de desánimos, consideraciones ramplonas, por envidia de que alguno de nosotros pueda dar cima a lo que ellos también han aspirado, pero que por falta de decisión, de cojones, sólo ha sido en sus existencias mostrencas una buena coartada para estar de continuo “bla, bla, bla...” ... Ya creo haber dicho que nuestro viaje se consumó en 1969, es decir, cinco años después de los sucesos que estoy relatando. Únicamente, sí creo oportuno consignar aquí que, con el fin de que no decayera mi autosugestión, en un viaje que hice a Toronto hasta tuve la peregrina ocurrencia, entre forzada y con un convencimiento metido con calzador, de acercarme al Consulado francés y solicitar visados de Malí, Níger, y no sé si también del Alto Volta, territorios por donde *necesariamente* tendríamos que pasar, vía superficie, para llegar a Ghana, y cuyos intereses [en medida que no puedo precisar] estaban representados por Francia, como potencia colonizadora que de ellos había sido. Con esa maniobra justifiqué dentro de mi conciencia la complicidad que el asunto del viaje me seguía exigiendo. Y para rematar este pequeño muestrario de visitas “de tema o razón de Estado” un día, con Luis Lozano, y una vez en Ottawa (donde Luis tenía a toda su familia) fuimos a saludar a don Francisco Javier Conde García, preclaro catedrático de Derecho Político que había tenido yo en los años 1953 - 1955 en la Universidad de Madrid, y a la sazón Embajador de España en Canadá. No defraudó tal visita a las expectativas que sobre dicha personalidad había yo anticipado. Le estoy viendo: De unos 55 años entonces, la mirada que nacía en su buido continente se le antojaba a uno empapada en doctrina sabia y terminativa. Serio, no adusto. Ajustado de verbo, no seco. Embajador, no funcionario. Pude perfectamente soldar los dos únicos cabos que, anclados en mi incumbencia, del *curriculum* de nuestro hombre me eran ciertos: El de las contadas clases que, en su calidad de catedrático de Derecho Político le presencié y escuché en las fechas ya señaladas; y nuestra visita estos diez años más tarde. De todo ello resultaba un personaje de primerísimo calibre, independientemente de modas o de ideologías.

Pero los asuntos diarios continuaban empujando y había que atenderlos con instrumentaciones no tan solemnes como la de hacer una visita a todo un Excelentísimo Señor Embajador de España en Canadá. Con el fin de organizarme la memoria respecto del mujerío que me acompañó en aquellos mis dos primeros años canadienses transcurridos en la Universidad de Ontario Occidental [traducción premiosa que acabo de producir para University of Western Ontario, o simplemente U.W.O.], se me ocurre proceder con arreglo a ciertas divisiones organizativas, aun a pesar de los grandes márgenes de flexibilidad que pudieran admitir: Caribeñas; elemento hispánico; enfermeras; chicas universitarias de mis clases; todo lo demás...

El capítulo de caribeñas, exceptuando mi temprano encuentro con Linda, la amiga de Jean Cross Newman, vino a estar protagonizado prácticamente en exclusiva por Grace, una casi negriza de Trinidad, vocinglera, simpática y exuberante. Nos conocimos en una fiesta “party”, de fin de semana, en casa de alguien cuya identidad se me ha escamoteado ahora. La mecánica de tales reuniones consistía en el consabido engendro de tías locas por allí, y de tíos cuyos ardores y cuya rijosidad iban en inexorable disminución a medida que el alcohol les empapaba. Nunca olvidaré a un sujeto gracioso y cordial en extremo, creo que anteriormente marino de profesión, y que lo único que sabía de español era el estribillo ése de “ay, piconero, como el picón / por tu *curpa*, *curpita* yo tengo / negro, negrito, mi corazón”. Nada más fácil para mí que propiciar su menguado patrimonio de cultura hispánica, entonándole tantas veces como hiciera falta (¡que fueron muchas!) el broche de tan racial tonadilla. Lo grande es que el hombre se sentía henchido de beneplácito, y recuerdo que era bajo el quicio de una puerta a donde me solía arrastrar, y, con voz cada vez más cascajosa por el efecto espirituoso, canturrearme beodamente el final de la susodicha coplilla. A Grace le hice ‘gracia’ (valga el inocente retruécano) nada más vernos. Tenía un busto generoso, era más bien grandona, y flexionaba ligerísimamente hacia dentro las rodillas al andar, imprimiendo dicha particularidad a su físico un factor de espontánea provocación. Era de Port of Spain, y apoyatura

tan endeble como ésa de que ella fuese oriunda de un “puerto de mi madre patria” era suficiente carnaza para echar a andar el asunto. Estuve con ella tres veces justas en mi apartamento B-16 de 939 Western Road. Nuestro cometido fue, como era de esperar, de normal..., a regular... a malo. La culpa fue toda mía. Una mujer de aquellas características [ya lo dijimos: de exuberancia muy agradable aunque algo voluminosa] encontraba en alguien como yo, representante exacerbado de la eyaculación precoz, una pobrísima o nula contrapartida para sus esperables exigencias de hembra caribeña. Yo sabía que la batalla estaba perdida, y lo único que ignoraba era cuánto más, cuántas citas fornicarias podía aguantar aquello. Con todo, la cosa no dejaba de tener su punto de gracejo, y es que criaturas como Grace envolvían todo lo que tocaban en bienintencionada humanidad. Reconozco que con ella no brillé por lo innovador ni por... nada. Llegábamos a mi piso; nos sentábamos en el sofá del cuarto de estar; una vez que nos había yo servido a los dos el copazo de rigor, comenzaba a magrearla la exuberancia tan palmaria de las tetas. Pretextando que había un sitio más cómodo en el piso, pasábamos al dormitorio, etc., etc. La tercera y última vez que estuvimos follando, iniciados los procedimientos de rigor, de preparar los tragos generosos que le apetecieran al cuerpo, y de instrumentar el concienzudo sobo de aquellos atributos tan inevitables, tan clamorosos y tan apetecibles de Grace..., al sugerirle yo que nos trasladáramos al dormitorio, que allí estaríamos más cómodos... etc., no olvidaré jamás el comentario de ligera frustración que me hizo: “¡Oh, Thomas, always the same approach!” [Oh, Tomás, siempre...lo mismo]. Lo sentí y lo sigo sintiendo, estupenda y cariñosa Grace. Mucho me hubiera gustado haberme podido poner a la altura de tus expectativas, pero ya viste que era absolutamente incapaz.

En el apartado de chicas hispánicas debo reseñar ciertas realidades que a mí me dejaron harto sorprendido. Comenzó todo al descubrir que en uno de mis cursos instrumentales de Lengua española (no sé si de composición; o de sintaxis; o de gramática... o de todo ello junto) se hallaban los apellidos hispánicos de... dos jóvenes

[panameñas], Teresa Hincapié y Olga Mata [Permítaseme decir, a fuer de que no se me centrifugue más tarde con este tráfago de memoria rescatada, que esta segunda se convirtió en musa de Pepe Azcárate, y de ello se procurará dar cuenta si hubiere más lugar]. Por ellas y a través de ellas me percaté yo bien de hasta dónde puede llegar la endeblez, la elementalidad del conocimiento de una lengua madre –como el español, en este caso– cuando de niñas de familia pudiente se trataba, por si fuera poco, oriundas de un país en que la presencia U.S.A ponía en tela de juicio muchas cuestiones sobre su autonomía soberana. El caso es que, tras las oportunas pruebas de aptitud, nuestro jefe de Departamento, Sherville, que no se casaba con nadie, y que entre sus cualidades le brillaba la de ser terminante y bruscamente claro, dictaminó que las dos hispánicas debían tomar un año de... ¡español!, en vista de la pobreza de su capacidad con la escritura. El propio Sherville les administraba una clase [fíjese bien el lector: ¡Un canadiense instruyendo en español a dos hispanohablantes, hispanas!] y yo otra, y lo curioso es que al comparar las calificaciones que él en su materia y yo en la mía les otorgáramos, llegamos a coincidencias escandalosas. Sherville revelaba la parte de asignatura de que se tratase –si parcial, si composición, si sintaxis, etc.– y yo le hacía saber mi calificación en el campo o tramo equivalente de mi instrucción; luego decía él la suya, y más de una vez, y más de dos, al coincidir en la misma cifra o guarismo, entre cero y cien, solía él decir, entre enfático y concededor del secreto: “¡Right on the nose!”

Fuese a través de Teresita y Olga, o fuese por resortes autónomos, es el caso que trabé conocimiento con Mélida Castillo, nicaragüense bellísima, amiga de las anteriores, pero que en vez de estudiar cuestiones de Letras estaba matriculada, creo, en Business Administration [Dirección Empresarial y/o Gerencia y Negociado Administrativo]. Mélida era bonita y se sabía bonita: Con ese espigamiento ondulado que producen los factores del trópico y un ordenamiento equilibrado y modélico de sus atributos femeninos. En una palabra: Me enamoré de ella, si es que decir esto puede trasladar cualquier sentido de conciencia unívoco a los lectores. A veces

condescendía y se pasaba por mi despacho de Middlesex College, a la salida de alguna de sus clases. Pero Mélida sabía o intuía que tales mostraciones de consentimiento operaban negativamente en el juego de inaccesibilidad que a ella, respecto de mí, le tocaba protagonizar. Y además, en casos así, por ser ella y yo hispano-parlantes, la expresión lingüística creía tener a su favor cotas inagotables de inteligibilidad, y frecuentemente desembocaba por mi parte en complejidades anímicas, en frondosidades emocionales que al querer realizarse por medio de la palabra, generaban fatalmente situaciones de discurso totalmente inoperativas. Mortificarme ahora al comprobar que las cosas son, inexorablemente, como son, y no de otra manera, sería desproporcionado y, acaso, cruel. Digo que a Mélida le halagaba que alguien como yo le dedicara en exclusiva sus inquietudes; que ella se supiera la receptora de los ofertorios de mis instancias desiderativas, pero de ahí a algo más concreto, más homologable, más mensurable... parecía haber un abismo. Yo entonces ensayaba instrumentaciones expresivas probablemente adquiridas en el siempre creciente cuerpo de lecturas que iba incorporando ávidamente a los cuévanos de mi patrimonio literario de estudioso profesoral. Algunas de tales expresiones cumplían honrada y plenamente su cometido por el hecho escueto de nacer. Yo le hablaba a Mélida de “aventuras del espíritu”, como si el término *aventura*, dedicado a una criatura como ella, pudiera parecer un tanto frívolo y requiriese, como compensación, la compañía ascética del espíritu...

Una vez la llevé a cenar y a bailar al Hotel London, en pleno ‘downtown’ de la calle York. Probablemente era entonces el sitio de más empaque que combinaba prestaciones de Hotel, y Restaurante con músicaailable. Mélida estaba acuciantemente guapa. Bailar con la peonía cálida de su mejilla en contigüidad a la mía, era algo que ponía a prueba la fortaleza de uno. Recuerdo que en un momento de la velada, mientras bailábamos, y por efecto de las calorías de la cena, yo me había despojado, acaso, de la chaqueta... y percibía asimismo que Mélida parecía llevar encima más ropa de la que allí y en aquel momento fuera necesaria. -“No puedo –me dijo, entre iniciática y

tantalizadora— Debajo de esto no llevo nada”. Yo sentí que me advenía un estremecimiento compulsivo hasta los regatones de toda mi fisiología.

Otra vez me preguntó si podíamos celebrar en mi apartamento un ‘party’, ya que su novio, aprendiz de diplomático en Washington, había planeado ir a verla. ¿Qué iba yo a decir? ¡Pues claro! Llegó el día y celebramos el *party*. Lorenzo, que había intervenido decididamente en la organización, se encargó de decirme que el novio de Mélida la estaba tocando las tetas en el rincón de la cocina... Sólo vi a Mélida una vez más. Me dijo que para tal o cual fecha pensaba casarse, y para tal otra tener un “bebito” [little baby]. Fue lo mejor que pudo ocurrir. Alguien que desestimaba mis ofertas de “aventura espiritual” no podía pensar sino en términos de ‘casarse’ y tener hijos. Mi botín, como era de presumir, no se hizo esperar. El número 137 de la revista malagueña *Caracola*, correspondiente a marzo 1964, recogió el siguiente poema mío:

Poema de la fe en ella

Para M.C.

Redoma inmaculada, cuerpo hondo,
inacabable cuerpo
que atesoras ternuras y agonías
como la sima inesperada de quererte.
Tu cuerpo amado, oh, tu cuerpo en esperanza,
oh, tu cuerpo aprendido en diez palabras
y el imposible mar de la palabra amor
sin una nube azul que lo corone.
Hermoso cataclismo el de asomarme
a tu cuerpo prendido en esperanza pura
donde muere el aroma
y la palabra amor flota otra vez perdida
en el mar que se aleja del cuenco de mi mano.
Oh, cuerpo amado, amor, maduro brote
de una sola palabra destapando

el hondísimo pozo de encontrarte
henchido de esperanza, conjugando
mil veces por la frente y por los labios
una tristeza herida
de la dulce presencia del pecado de amarte,
de la palabra amor
en débil letanía por tu nombre.
Oh, sí, y hasta me habían delatado
la hermosa conclusión de algún primer encuentro
cuando el cielo se toca de oriflama
y una boca pronuncia la azul convocatoria.
Todo el amor sabido en los vocabularios
no anunciaron el brote del prodigio
donde quemo al contacto de tu música
las yemas sonrojadas de mis dedos.
Has llegado a mi vida serenísimamente
como el poema a los labios
o el heraldo amarillo
anunciando una muerte con palabras.
Y así te habrás de ir,
como la corza herida de los cuentos
desangrada en aroma por la orilla del alma.
Cuando mi alma o mi mano apretaban el polen de la tuya
tú no pensaste en primaveras
o en la palabra amor que amenazaba.
Tal vez, como mi aliento, ibas cogiendo tallos
de los campos no vistos,
como mi alma en pura maravilla
a la luz de un crepúsculo hermosísimo.
Cuántas veces mi boca intentara dar nombre
a la extraña presencia de tu cuerpo,
mis labios cuántas veces
quisieron acoger en sus huecos
la inútil melodía de tu aliento,

la cercanía inevitable llevando hasta mis bordes el milagro
cada vez que te oía aproximarte,
cada vez que encendías
la dulcísima luz de una herida ignorada.
Pero al final de todo no me quedaba nada,
quizás un suave soplo de palabras, de roces,
de alegrías cantadas, escondidas o muertas
en la honrada certeza del calor de tu huida.
Te has ido puramente y en los sitios vacíos
ahora de los pozos de mi cuerpo
me van naciendo flores, acunadas, tristesísimas,
semillas de algún cuento de amor que nunca oyeron.
Me nacen a montones y desesperanzadas
de conocer la mano que prendió sus esencias
a la más tibia luz de la mañana,
al calor de una boca
transida de oración ante el milagro.
Ese mar escindido en un poema de amor, esa llegada
de estaciones azules sucediéndose,
alimentándose de espera hora tras día,
la alada permanencia
del pájaro de amor en nuestras venas.
Con un mensaje de alma por los labios
dame la clave mínima y se harán de silencio
las palabras heridas que salgan de mi boca.

Pero el elemento hispánico seguía arrojando de su cantera sorpresas y encuentros recordables. Ahora me refiero a una pareja de chicas españolas, una de ellas nada menos que madrileña, que se hallaban allí, en London, Ontario, Canadá... y que no me es posible recordar más detalles, si acaso, al azar, que se llamaban María Jesús y Pepita. Eran pizpiretas, más bien menudas, graciosas, amables y decidoras. Conservo una foto con cada una de ellas, y que la otra se encargó de sacar, en su vivienda. Aquí las tengo, delante de mí: Yo, vestido con un traje marrón oscuro de 'tweed' con camisa granate

como de cuadritos, y sin corbata, repantingado en un espacioso sofá. Cada una de ellas, sentada al lado mío, en el brazo izquierdo del sofá, y todos en un estado de despreocupación risueña. Poco más puedo decir de ellas: No soy capaz ahora de precisar qué hacían, en qué se ocupaban, etc. Pero sí debo constatar aquí que por ellas aprendí a cocinar probablemente el segundo único plato de mi menguado repertorio [siendo como era el primero el batiburrillo de arroz blanco hervido y sardinas de lata en aceite, especialidad de mi hermano mayor de fatigas en Market Harborough, Elwyn Thomas]. El plato en cuestión no consistía sino en la potenciación al máximo de un buen pedazo de carne, de primera, y tierna. Sabido es que algo que a los españoles de entonces nos llamaba la atención de estos super-países U.S.A, Canadá, etc. era su gigantesca capacidad de oferta de productos de consumo. En los enormes contenedores refrigerados de las así llamadas ‘grandes superficies’ o supermercados aparecían los pedazos de carne especificados, desglosados, cada uno en su bandeja de cartón y recubiertos con celofán, con indicación exhaustiva del peso, del animal que se tratara, parte del cuerpo de donde la carne en cuestión se había extraído y, naturalmente, el precio. Según las puntualizaciones de mis amigas, se cogía la carne, se la limpiaba de algunos residuos de sebo (provenientes del corte) si los tuviere, se le hacían unas hendiduras en uno y otro lado, se la regaba de aceite de oliva, echando por encima de ello un buen espolvoreo o desparramo de sal. Así preparado y colocado en una bandeja de papel de aluminio cerrada por las cuatro esquinas, al horno tipo ‘broil’ más que ‘grill’ con ello [es decir, haciendo que la lumbre le viniera de arriba, sobre todo], y a esperar, dándole la vuelta de vez en cuando para controlar el punto o grado de asación. El resultado, una vez en el plato, nadando en el jugo originado por la fundición del aceite y de la exudación propia de la carne, hecho todo una misma cosa..., el resultado, digo, era sencillamente espectacular. Para los que, como yo, echan limón a casi todo, el sabor terminaba de cuajarse. Una vez me di el gusto de preparar de esta guisa seis pedazos de carne de más de medio kilo cada uno [muy por encima de los 460 gramos de la libra, medida ya

absolutamente sería cuando de adquirir un pedazo de carne se tratara] e invitar a cinco comensales más. La comida-merienda-cena, precedida de una buena ensalada, regada con buenos Chianti y Beaujolais, y rematada con esmerados postres, arrojó como saldo más memorable la portentosa semiótica de varios de nosotros comiéndonos los dedos, a fuer de rebañar en la tan abundante exquisitez de preparar así la carne. Tal es mi deuda y mi reconocimiento respecto de las simpáticas españolitas Pepi y María Jesús, de las que no he vuelto a saber nunca más.

Otro foco de españolidad intensamente racial y castiza, “as Spanish as you can get” lo constituyó la familia Piñeiro. ¿Quiénes eran? Recuerdo que entramos en conocimiento por pura chiripa. El padre, de complexión mediana, desplazaba menos volumen que su mujer, una morena jamonuda y compacta. Ambos, de unos 45 años. Él, pintor de brocha gorda; ella, sus labores. Se habían traído a sus cinco de prole: Tres chicas, la mayor de unos 20 años y la menor de unos 12; y dos chavales, uno, de unos 15 años; y el benjamín absoluto de toda la familia, de unos cinco años. La chica mayor era bonita, con espontaneidad femenina y desparpajo elemental, que en países como Canadá, en el camino sin retorno del desarrollo, caían bien. No es maravilla que anduviera tras ella un húngaro naturalizado canadiense y, por más señas, el dueño o gerente de la peluquería en que trabajaba... ¿la llamaremos Carmencita? Los padres... ¿los llamaremos Pepe y Carmen?, como buenos ibéricos chapados de sentido común, más que ‘a la antigua’, con toda razón mantenían una consciente incumbencia sobre los pasos que su primogénita pudiera dar en tierra de herejes. Parecían, en todo caso, concienciarse de que si todo tiene un precio, el visto bueno a la cesión de su hija a un advenedizo o emigrante como ellos mismos, por muy bien que le fueran las cosas, tenía que ir acompañada de las correspondientes credenciales contraprestatorias. Mientras escribo esto tengo delante de mí una fotografía tomada en casa de los Piñeiro la Nochebuena de 1964, y en la que aparecemos nada menos que once personas: Los Piñeiro, sus cinco hijos, el húngaro, Pepita la española, Pepe Azcárate y yo. Junto

a mí, por el lado izquierdo de la foto, sentada en el brazo derecho del sofá-chesterfield y haciendo descansar su cuerpo casi núbil parcialmente en mí, la segunda hija Piñeiro, preciosa chavalilla de mirada vivaz, de personalidad prometedora. Por supuesto, fue la máquina sola la que, colocada estratégicamente, disparó la foto.

Pero no faltó el capítulo negro dentro de “lo hispánico”, y esta vez protagonizado por la hija de unos conocidos de mis padres en Alcalá de Henares. En los términos expresivos más económicos la cosa fue más o menos así: La citada jovencita [joven, tonta y pedorra, diría yo ahora, en vista de lo que ocurrió] les estuvo dando la paliza a mis padres para que le encontrara yo un trabajo u ocupación en Canadá, con el fin de pasarse uno... o dos años y aprender inglés. Se lo comenté a la Señora Newman, mi colega en la Universidad, y aunque no tenía necesidad, lo que se dice necesidad de nada ni de nadie, por tratarse de mi recomendación, accedió a organizarse su vida en función de tener a alguien en casa, etc., etc. Claro que *me* pareció y *nos* pareció a todos desproporcionado a priori el pedir que la interesada depositase una fianza, puesto que la Sra. Newman correría con los gastos del billete de avión, etc., etc. Si alguien califica de candidez no exigir fianza en circunstancias tales..., bueno... en ese caso más vale desterrar del diccionario una serie de términos normales y nobles. El caso es que con toda la diligencia y generosidad del mundo la Sra. Newman preparó el billete aéreo y, como dije, configuró su programa vital en razón de que alguien recomendada por mi familia, e indirectamente recomendada por mí, viviría en su casa por lo menos durante un año académico. ¿Y qué sucedió? Pues que desde la típica irresponsabilidad irracional de muchos españolitos, la tal prójima, la dicha jovencita, decidió a ultimísima hora no ir a Canadá. Creo que algunos fragmentos de la carta que con fecha 12-11-1965 escribí desde Canadá a mis padres ilustra más certeramente todo lo que estoy intentando relatar:

“Lo del asunto de Mary Sol me pareció lamentabilísimo. Os mando una carta del amigo mío de London que visteis este verano en Alcalá.

Cosas así son las que desacreditan para siempre a un pueblo, aunque en el caso de España hay que esforzarse mucho para batir la marca de descrédito. Por la carta de Luis y por sentido común se puede uno hacer idea de lo que la Sra. Newman –Jean– haya podido pensar. Evidentemente había planeado su vida familiar –tiene tres chavales– y profesional contando con Mary Sol, porque así se había quedado definitivamente, sobre todo contando con que Mary Sol había insistido –cosa que yo apruebo– y parecía todo decidido.

Lo menos que podéis hacer y que podemos hacer todos cuando veamos a los padres de Mary Sol es dejar bien sentado que las personas con sentido común y responsabilidad condenamos tales aberraciones de conducta. Y claro, que se despidan de contar con la ayuda, ni siquiera el consejo nuestro.

Bien claro quedó que mi participación en el asunto, una vez puestas en relación las personas interesadas, se había terminado. Así lo dije y lo vuelvo a decir, y bien a salvo estoy de consideraciones mentales. Pero ha sido tan grande la torpeza cometida, tan típicamente española por el lado malo la actitud de esta familia, que sin comerlo ni beberlo me siento yo azoradísimo y con una vergüenza tan cualificada que no me atrevo a volver a ver a mis buenos amigos los Newman. Así que nada de camelos o frases idiotas de falsa inhibición de ‘¡qué se va a hacer!’ . Hay que hacer eso: Decir a esta gente que han hecho todos muy rematadamente mal, y que ya podemos nosotros estar descornándonos aquí, para que con una payasada tan tamaña estropeen lo que a mí me cuesta levantar toneladas de saliva y tiempo. Y desvelos. En fin, qué pena de pan.”...

En efecto, el fragmento predominante de carta que dedico al tema no tiene desperdicio. Sin duda que he tenido yo siempre muy asumido que boberías y pedorreces así son algunas de las más señaladas causas del descrédito de ciertos pueblos.

En el espacio referido al eterno femenino que dedico al estamento concreto de las enfermeras, además de mi natural propensión intervinieron otros factores. Era a comienzos de octubre 1964, poco después de comenzado mi segundo curso académico en

U.W.O., cuando empiezo a observar que un grano o forúnculo [*boil*, en inglés] está tomando caracteres de justa alarma en la parte posterior de mi muslo derecho, justo en el centro. Con excepción de algún comentario a los amigos y/o compañeros de Facultad sufro solo y calladamente a ver si con ello descargo la cólera de la dolencia. Pero ni a la de tres. Así que decido consultar médicamente a mi compatriota Pepe Azcárate. Fomentos de agua caliente al canto –ya no recuerdo si con sal o sin ella–, lo cual no dejaba de constituir el consabido engorro, si bien lo hago y me sostengo en la disciplina con atención y esfuerzo, con esmero continuado. Pero ‘aquello’ no sólo no cede sino que sigue dilatando sus tentáculos de maldad, con una inflamación de evidente anormalidad. Me lo miro. Me lo toco sobre puntos cada vez más alejados del foco por donde entiendo yo que se debiera iniciar la crisis. Nada: Sigue duro e impenitente como una piedra. Decido ir al médico de la Universidad el jueves, día ocho de octubre 1964, y en la consulta que me concede para esa misma tarde, le veo poner una cara de asombro ante el panorama. Es curioso: Resulta que quienes, como yo, somos harto vulnerables, o impresionables o aprensivos con las cosas de la salud [y por extensión, con el hecho de ver sacar o que nos saquen sangre; o poner una inyección; o entrar en un quirófano; o ver alguna bata blanca en actitud profesional, etc., etc.], nosotros, o algunos de nosotros, entre ellos yo, que gocemos de cierta entereza física y hayamos estado libres de plagas o enfermedades serias, lacerantes, devastadoras o duraderas..., nosotros, digo, solemos ser muy confiados, enormemente permisivos con nuestras propias afecciones, y creemos que tal como han venido (es decir, sin ser invitadas) deberían largarse, por las buenas y sin más. Tal es mi caso: Aprensivo en extremo, pero permisivo de que alguna que otra dolencia haya despegado con fuerza sin que la hayamos cortado las alas y hecho abortar. Un enorme contrasentido, una desgarradora paradoja, pero ahí está...

Todo eso creí leer en la cara del médico cuando me vió el grano. Receta de antibióticos fuertes, vía oral, y el comentario esperanzador, repetido gratuitamente un par de veces por el galeno, de que con la

medicación prescrita *aquello* rompería en 12 - 14 horas. Bien: Pues a esperar. Ese mismo jueves, en lo que queda de tarde, me arrastro de recado en recado, de gestión en gestión. El viernes, 9 de octubre, por la mañana, liquidó la última clase de la semana en la Facultad y, casi incapaz de comer, me voy derecho a la cama. Ya el día anterior –imborrable jueves– Pepe me había colocado una gasa triple *ad hoc* para en caso de rompimiento de *aquello* que se me antojaba volcán iracundo e insatisfecho, repleto de sangre negruzca y pus. El sábado 10 de octubre no puedo más y me planto por mi cuenta en la sala de emergencia del Hospital de San José [Saint Joseph's Hospital] en la esquina de las calles Grosvenor y Richmond. Es ocioso repetir que este tipo de servicios en un país como Canadá funciona a la perfección. A veces, según el modelo de valores que para una mente española prevalecía entonces, era como matar un animalito pequeño de un inmenso cañonazo. En 1964 a un español, en España, se le llevaba al Hospital cuando estaba medio muerto o, acaso, muerto del todo. Las casas, lo privado, ejercían los servicios y las prestaciones que lo público no estaba en condiciones de ofrecer, a veces ni aun mediando costes extraordinarios y pagos de potentado. Sí, es ocioso insistir sobre el tema. En países de socialismo rico, como Canadá, a uno le llevaban al Hospital por... un resfriado, valga la hipérbole, porque se podían permitir tal lujo, y porque en las casas no quedaba prácticamente nadie para cuidar de nadie. Las casas estaban hechas para que sus moradores las abandonasen, con el fin de ocuparse cada cual en su específico menester: Los hijos pequeños, a la escuela; los mayores, o menos pequeños, a la Universidad; y cuando esto no procediese, a trabajar todos. Así de claro. [Por necesidad de guión, me anticipo a lo por venir y declaro en este punto de la narración que la dolencia que a mí me incumbía justificaba muy, pero que muy, holgadamente mi traslado al Hospital]

Así pues, el sábado 10 de octubre 1964 me veo en la sala de emergencias del Saint Joseph's Hospital, el que a mí me debió de corresponder como funcionario de la Universidad. Lo primero que percibí fue a mi cerebro trabajando en una multiplicidad de funciones,

como soltando amarras desde mi último y efímero cabotaje. ¡Adiós al puerto que parecía ofrecer cobijo duradero; adiós a los amaneceres inundantes mirados desde tal o cual sitio! Cuando el ancla se leva y se van cubriendo las primeras singladuras hay que darse prisa a desempaquetar el repuesto de equipaje del alma. ¡Atención a las puestas de sol contempladas ahora desde otra perspectiva! La sala de urgencias o de emergencias me dolió como duelen las disonancias imprevistas, como duelen los apretones flácidos de manos, el amargor bajo el celofán de lo dulce... Relleno una ficha inquisitiva completísima, de color amarillo: Edad, estado civil, religión, etc., etc. Mi tiempo transcurre zumbando en mil imágenes con que llenarlo, con que aprisionarlo en formas concretas, en nombres inteligibles y fáciles para las horas perezosas del alma, para las auroras tardías, y las palabras soñadas pero no dichas. Pienso secretamente en prados verdes, y miro a la secretaria y pongo la primera piedra de un poema por venir. Se llena el tiempo, se recibe el tiempo. Colmo el vacío de la espera con musicaciones condenadas a no durar, a morir dos metros más allá de donde fueron generadas. Entre tanto, mi muslo, ascética y ejemplarmente dolorido y victimado, calla, escucha atento. Espera y esperanza, lindo doblete para poder recorrer miriadas de distancias con el extracto de sus divagaciones...

Por fin me llaman, me llaman. Ya me han llamado. Ya me estoy llamando yo mismo desde todos los rincones posibles de mi bulto. La hora con filo de las realidades ya está entre nosotros. Ya estamos conversando con la realidad. Ampulosa y memorable su presencia en el recinto de los espíritus cándidos; de los hombres que no hacen guiños para mirar; de los hombres enhiestos en sus pasos, y que saben de memoria la tabla de los puntos cardinales. ¡Ah, sí!, me miran después de tres horrorosos y dolorosísimos [y absolutamente inevitables] estirajones de los flecos del esparadrapo. Yo, inútil voceador y proclamador de solvencia física y de capacidad, me veo lamentablemente encadenado a la desconsoladora perspectiva de considerarme como paciente nada menos que en un Hospital de Canadá, el primero [y quiera mi estrella que también el último] de mi

vida. Sueños de inmunidad, de inquebrantabilidad, por los suelos. Quimeras confiadas en la inmutabilidad del polvo de los siglos es lo que mayormente creamos y recreamos en el saco sin fondo de nuestra conciencia ingenua. Sí, un Hospital me ha cerrado el paso para que encuentre revueltas en una misma mueca de asombro; para que invente los más pintorescos e impensados materiales con que seguir, así, llenando mi vida de recortes, de ‘cosas que hacemos y que nos pasan’ en frase de filósofo. Ventana de dolor. Pesadilla que, por una estúpida razón natural, cuando salimos de su madriguera nos hace reconciliarnos más con la vida simple. La mano que distribuye inmisericordemente las atenciones y los desatinos deja caer, de pronto, una porción honrada de su invisible patrimonio en los contenedores donde mi vida se transportaba sobre raíles de tiempo, en un tren largo, larguísimo, de los que nunca acaban de pasar. Inútil la resistencia.

Por supuesto, por los galenos de turno se decreta mi hospitalización inmediata. Jamás he sentido como ahora tal penuria de medios lingüísticos para solazarme con el cómputo y catalogación de las cosas que me están transpasando en imparable ocurrencia. Un hospital es una de las grandes aventuras de la existencia en alteridad. Al entrar dejamos los pelillos de nuestro desvergonzado bozo y nuestra impertinente hombría. Dejamos también los rencorcillos pasajeros que sentimos hacia las cosas; las lisonjas y los desmayos en el camino hacia la verdad; las caperuzas y boberías de una comodidad viciada y complaciente. Al entrar, lo hacemos desnudos, pulcramente investidos de la primera inocencia, que ya no nos dejará de la mano y que aflorará siempre que la queramos engañar con tapujos. Aquí en el hospital todo danza ante mis ojos como una perpetua mascarada imposible ya de detener y de ajustar, una vez que el botón maléfico de la fealdad humana se atrevió a poner en marcha el tinglado entero.

Me sacan dos veces sangre de la vena y sólo la primera me desmayo. La segunda fue por sorpresa y de madrugada, turbiamente amenazado por los miasmas del sueño y sin fuerzas ni ganas de pensar en lo que me iban a hacer. Además, el vampiro fue ahora una bella muchacha rubia, técnica de laboratorio, que me habló con puntual

dulzura: Se acercó decididamente a la cama y con voz seductora transformó en invitación lo que claramente venía embalado en la vitola de una orden estricta. Mentalmente estoy librando una de las batallas más cruentas para mi espíritu. Esto resulta que es un vivero de vivencias, a cual más angustiosamente bella. Toda la realidad parece ungida de milagro. Me pasan estas criaturas, las enfermeras, como si nada. Me separa de ellas la dulce contaminación de un nombre, el salto fácil pero decisivo de mujer a institución. A cada paso se me ocurre decirles que las quiero, a la una por lo que sea, y a la otra por lo que no sea.

Por la mañana y por la noche me aplican un masaje en la espalda. ¡Qué apasionante y qué frágil la idea de sentir las manos de una joven por mi cuerpo desnudo, expuesto a las mil quemazones de la tentación y de la glotonería sensorial!; sentir de pronto que por un caprichoso viraje de la conciencia esa benemérita función de la caricia matinal y nocturnal, venida de manos tiernas de enfermera, a modo de maná gratuito, pueda contaminarse con el revoltijo genuino de una golosina hurtada. Y se sufre. Estas enfermeras, estas criaturas de contradicción son las más dulcemente temerarias para propiciar el camino sin retorno del espiritual trance. Cuando sus manos han ahormado parte de mi cuerpo, campo amargo de sal, depredado y devastado por la gula de la enfermedad, mi cuerpo, ave agorera y asfixiada a medias, inservible ahora para fines de estéticas recreaciones... mi cuerpo parece haber querido revolotear, palpar las esencias de las cosas que mi vida anterior conociera cuando ella podía degustarlas. Sobre todo, nombrar a las cosas, solamente, recientemente, de una vez definitiva. No me fatigo lo más mínimo inventando nombres, nociones, envolturas durables o no al peso de la palabra. Como todo está hecho de palabras; como todo está sujeto milagrosamente con las pinzas de la sola imaginación, se nos escapa, burlón y burlando, una vez y siempre el deseo de nuestros labios de apresar a las cosas con un término cariñoso y justo. ¡Qué dolor tan verdadero el ignorar el nombre de las cosas! Cuando las cosas lleguen o se aproximen quiero tener su nombre para saber el mal que me

aqueja, y empezar a buscar el específico en la tienda más cercana de baratijas que diga: “Para el alma en general: Artículos de segunda mano”.

(Monólogo) Si con bracear furiosamente en el remolino de cada momento sacáranme a relucir la parte más verdadera de cada cosa, sería todo como coser y cantar. Sentir y apresar realidades, provocar una y mil ondas, a su vez amplificadoras de otras tantas, y éstas de otras, y así todo seguido, hasta el total acabamiento. Estoy viendo tantas realidades bellas, mi frente se está bañando en tantos purísimos manantiales de verdad, a la vista de estas jóvenes decididas..., que no encuentro más honda palabra que la de “melancolía” para arrojar algo de lo que, onerosamente, me sobrecarga. Estas muchachitas han jugado con mi cuerpo, triste y maniatado, deshilvanada madeja; en otras circunstancias venero de sacudidas, de brío, de duraderos ardores. Ahora, como un campo de minas, sofocado por tanto pañal taimado que no deja salir el grito original del puro nombre de las cosas. En mi campo de minas, inservible ya al miedo, corretean los niños gozosamente. Pienso en acumular méritos de acá y allá, juntar una fortunita en moneda o en papel [o simplemente en palabras y gestos] y un buen día presente y recordable a todas las memorias, llegarme a una de las muchachitas atentas [lazarillos, samaritanas, amantes ya con voz pero sin voto de mi maltrecho templo] y decirle: Mira, yo te amo. Solamente así, sencillamente así, para que ella descubra o adivine el tesoro de las palabras hondas. Que lo demás se vaya por la borda, como hacen los barcos aun con las más valiosas mercancías cuando el mar se pone feo. Que se quede la espléndida desnudez ésa de que hablaba yo al principio, sola y atenta como la última onda de agua que nace mucho después de caer la piedra. Pero, mirad: Juegan todas a moldear mi cuerpo. Llegan, sabedoras de su remota accesibilidad. Tocan sin tacto, hieren blandamente, y en su pensamiento enfrascado en la rutina sanitaria, quizá no circule palabra alguna que conlleve la noción de hombre, que dé un aldabonazo a la conciencia. Juegan, juegan con mi cuerpo, montón ahora de impotencias, incapaz de contestaciones viriles. Sufro por poner el

nombre a cada cosa y por saber reconocerlas de una vez para siempre.

(La penumbra de mi estancia, la languidez decisiva de los sentidos es lo que ha generado este tramo de divagaciones en literatura semiautomática que acabo de dejar atrás). Me acabo de tomar la enésima cápsula de antibióticos, que ya se empieza a quedar en el vestíbulo de las tragaderas, como no queriendo obedecer la disciplina del tratamiento.

Miss. Garibaldi ya me ha obsequiado con el fervor directo de buscar las palabras que conlleven el triunfo y la resurrección sempiterna de la belleza. ¡Qué enamoradamente la veo repasarme desde su mundo de esplendor desinfectado! ¡Qué enamorado me contengo en los mezquinos límites de mis palabras y de mi volumen; y aun así, qué hondura tan renovada me acecha cada vez que siento el calor iniciado de la herida!

Pienso en Miss. Laughlen, apellido soñado y caro a mis oídos. También ella se ha acercado solícitamente al lecho de mi dolor y sin remilgos ni pamplinerías se ha puesto manos a la obra, a curarme un asqueroso boquete en el muslo derecho, resultado de un antrax infeccioso que se adueñó de mi pierna y de las fibras de mis interioridades con la voracidad de un ave de rapiña.

Aquellas manos ascéticamente tímidas de Miss. Winters, rebosantes de pudor decidido, me vapulearon gloriosamente; me llevaron desde el mundo de la posesión justificada al de la ilusión prohibida. Manos llenas de dulcedumbre, desparramándose con tino pero a rociadas por la espalda mía, golpeando triunfalmente cada una de mis vértebras. Instancia incendiaria que provocó en mi cuerpo los efectos inconfesables de una pasión robada, pero necesariamente, amantemente perdonable. Y es que el amor prevalece por encima de los nombres mal dados a las cosas. Pienso en las manos adorables de esa jovencita, Miss. Winters, como la más nutrida cosecha de caricias que mi piel y mi alma hayan podido coleccionar jamás. Buen año de resultados; buen año de toma y daca; de presentidas ternuras; de desgarros apasionados e imborrables. Gracias. La amo calladamente por su delicadeza y por su discreción de no vocear mundos

maravillosos. Me queda por saber si ella asumió el restallar único, el chispazo que se produce cuando dos almas chocan; si intimó –siquiera por una vírgula de instante– con mi balbuceo expresivo, suficiente, sin embargo, para desatar, para echar a volar mil mundos de promesas. Sus manos generosas descendieron más que las de ninguna por el largo camino de la intimidad; se ensañaron más pacientemente que las de ninguna en la extraña dulcedumbre de la caricia a un cuerpo inerme. ¡Oh, sí, cómo, cuánto la amé en el menguado hueco de tiempo en que mis ojos se extendieron por sus contornos, por la dócil y fluyente vega de su río, alma siempre. Ved el despunte de un poema, tan sólo:

Fugaz como el perfil de la azucena
que se apaga y renace con el día;
fugaz a mi palabra y, yo diría
que, hasta la misma orilla de la pena.

Tibia como el reguero de la vena, ...

Miss. Brown, la chiquitaja con el moño pimpante y frescachón en todo lo alto, está ganando más y más simpatía en mi conciencia, en mis horas de recogimiento y de soledad. A cada una de estas disciplinadas criaturas, ¿qué no daría yo por ahormarla en el recinto precioso de mis palabras, de mi encendimiento de pasión y verdad? Me pregunto afanosamente en qué época, o forma, o adivinación de mi vida futura sentiré yo que me ha crecido la planta espiritual que estos días han alimentado y desarrollado. Sí, días vendrán en que mi recuerdo campee señorial por todo el antiguo trayecto, recorrido en esta prodigiosa semana de descubrimientos atónitos, de la captación de un mundo tan ajeno hasta ahora a las vivencias que tan de cerca me han nutrido.

Detalles divertidos puedo contar varios, y de la mejor ley, avalados por el persuasivo testimonio de la realidad. Aquí va el primero: En una de las sesiones expansivas del espíritu mío, en que se olvida por un rato lo nublado del cielo y se busca el insistente azul, otra enfermera, graciosa y muy guapa, Miss. Mulcahy, procede a la

rutina de tomar la tensión y el pulso a mi compañero de cuarto. Naturalmente que anteriores comprobaciones habían constatado que mi tensión y mi pulso eran excelentes. La cosa es que le digo a la bella enfermera que..., ya que está allí, que me tome el pulso a mí también, y la muy incauta [ya dije que era bella, ¿no? -candor de pájaro, seriedad de cirio, color de manzana hermojeando], y la muy incauta, digo que accede, y después de asegurar su dictamen con diferentes tentativas acariciantes en mis muñecas, mis venas y mi cuello [para asegurarse de haber posado su mano sobre el venero de mi pulso, confín del alma pura], me dice muy formalita que tengo más latidos que los normales... Oh, Miss. Mulcahy, cuando tú te marchaste posé mi propia mano en la planicie de mi pecho y le sentí saltar gozosamente de irreprimible júbilo, cabrioleando irreverente pero lleno de savia por la superficie traspasada de mi piel. Aquí va el segundo de los detalles: El paciente con quien comparto habitación los primeros cinco días de hospital recuerdo que era un individuo más bien de corte rústico, pero buen decidor y de fácil trato, lo que se entendería en inglés como una “easy going person”. Era algo quisquilloso con cuestiones tan nimias como, por ejemplo, el descascarillamiento del niquelado de los soportes metálicos de las bandejas para la comida. Creo que sus dolencias eran de tipo artrítico, reumático, enconadas por alguna recaída o accidente posterior, lo que hacía suponer que su estancia en el Hospital podría prolongarse. Tal vez de ahí le proviniera la enfática afirmación de su derecho a que las varillas y bordes de las bandejas tuviesen la pintura y/o el niquelado impecable. Yo, sin ninguna violencia, le llevaba la corriente, sabedor de que mi ‘vacación’ en el Hospital no duraría más de una semana. Mi amigo comenzó por airear sus quejas ante la enfermera habitual; ésta lo trasladó a la jefa de planta, y ésta un día le dijo que su reclamación había llegado hasta el Inspector de Servicios. Mi amigo, satisfecho de que su voz iba recorriendo tramos, iba siendo escuchada en instancias cada vez más ascendentes..., me daba cuenta de su satisfacción mediante ese medio giro de cabeza y hacia abajo, como rebañando el aire, acompañado de su expresión favorita: “We're on the right track”

[vamos por buen camino]. Ocurría también –y sigo con el relato del detalle– que las ordenanzas sanitarias no preveían [ni aun en casos como el mío, probablemente en el nivel más bajo de la gravedad] que nadie abandonara la habitación bajo ningún concepto. De ahí que a uno, en la misma cama, le lavasen y le fregasen de las maneras tan atractivamente iniciáticas que ya he referido. Pero para alguien proclive al estreñimiento como yo, la cosa a partir del cuarto o del quinto día comenzaba a revestir caracteres de inquietud. Mi forúnculo empezaba a curarse; mi boquete mostraba los incipientes signos de cicatrización, y los primeros dos o tres días de absoluta inapetencia y postración dejaron paso a un estado de cuerpo y de mente más propicio a la degustación de algunas de las cosas que nos ponían de comer. Como digo, al final del cuarto día yo necesitaba... aligerar. Se lo comuniqué a la enfermera y ella, con la norma en la conciencia, me contestó que para cosas así se le facilitaba al paciente una “pan”, un bacín alargado... ¡Horrible, horrible!..., pensé, pero no se lo dije. Decliné el método y planeé la logística del plan en combinación con mi amigo. Descubrimos que entre las 12:00 y las 13:00 del día los servicios alcanzaban las cotas mínimas por ser la hora de la comida. Quedamos en que al día siguiente yo me escaparía al cuarto de baño, situado a unos quince metros pasillo adelante. Y así fue. Al día siguiente, escrutando que no iba ni venía nadie por el pasillo, con ese delantalillo abierto por detrás y los lomos al aire, eché a correr, y me senté, me instalé, en el tazón del inodoro, con un suspiro entre azaroso y satisfecho. Terminado el tan poco espiritual menester..., todavía repantingado y antes de proceder a mi retirada... se me aparece allí una enfermera tipo sargento con el ceño enfurruñado [parece que una ronda extraordinaria detectó mi ausencia de la habitación] y me pregunta con tono y ademán reconvinentes... “What are you *doing* here?” [¿Qué está Vd. haciendo aquí?] Es obvio que preferí callarme. La verdad en este caso hubiera sido una espesa grosería.

(Melancolía y aprensión) En vista de mi mejoría imparable, me auguran tan sólo un día más, o dos, como mucho, de permanencia. Pero no se olvide que estoy en el piso de los enfermos infecciosos

–feo, desagradable, sórdido– aunque yo esté casi ya hecho un primor. En un golpe repentino de desgracia resulta que pierdo a mi ya por entonces querido compañero de cuarto [que, al parecer, lo trasladan a una sección más moderna del Hospital] y “me” meten a cambio a un semi-moribundo asmático que de golpe y porrazo transforma el ambiente jocosos de la habitación en un remedo de escalofriante sudario [Pensarían que a mí ya no me hacían mella las vicisitudes, dados mi recuperación y mi aspecto]. Y también de pronto, para que el choque quebrante más verazmente las defensas del espíritu, pasa por el corredor la bella enfermera de marras, ¡bah!, quiero decir una de las tantas muchas que me están produciendo un tipo más terrible y duradero de enfermedad que todas las imaginables: *La melancolía*.

Entre mi compañero de cuarto y yo no hay biombo ni línea divisoria alguna. Me acabo de enterar que le tienen que tomar la tensión y otra serie de perrerías cada dos horas durante toda la noche, y ello acompañado del consabido trasiego de bombas de oxígeno, maquinaria y pertrechos consiguientes para permitir que el pobre hombre respire. Ya dije que es asmático terminal, dentro del típico fanal de plástico.

(Noche. Angustia. Obsesión) Hoy es jueves 15 de octubre, once de la noche. Los servicios de enfermería se apagan, se extinguen, se amortiguan lentamente, y sólo de vez en cuando el sigiloso y disciplinado paso de alguien de inmaculada blancura deshace la madeja de quietud que todos nos entretenemos en tejer. No sé cómo voy a dormir esta noche, con un semi-cadáver a mi lado. Ahora me lo tengo intentando, tras violentos carraspeos, desalojar un gargajo de quién sabe qué sórdidas cavidades. Me cuesta trabajo entenderle. Es inconcebible, en su horror, lo que estoy palpando. La realidad simple y sañuda me está asestando sucesivos golpes. Mi contemplación interior es una pesarosa masturbación recreada. Me es muy penitencial tener que conjugar así de pronto tanta brutalidad inarmónica; tener que jugar a la vida y a la muerte cuando la baraja que hemos comprado la sabemos marcada con las muescas de la fortuna. A dos metros de mi palabra hay un individuo agonizante, un artificio humano destruido,

que puede arrastrar en su hundimiento a muchas horas más de alegría acumulada. La esposa y el hijo que allí se encuentran parecen desempeñar cometidos muy secundarios en ese reparto general de traer al Hospital a un hombre hecho unos zorros, y esperar a que la rutina providente de las enfermeras le saquen sangre, y que la cohorte de monosabios sanitarios justifiquen sus saberes con una sarta de funciones que me están poniendo el estómago y el sistema nervioso a prueba. No hay duda: Esto es una pesadilla de la que, de todas formas, confío salir, agarrado al trozo de madera flotante del sentido común y del común destino humano. A todo esto, mi compañero [del que, a la fuerza, me he tenido que erigir en vigilante de urgencia] me está dedicando toda una salva de sonidos gaseosos –vía ano– y ahora ya hasta me mira complacido, como aliviado ante la ocurrencia. Sobre el mapa de mi imaginación no acierto a dejar de referirme a cosas únicamente concertadas con el más pesimista de los acompañamientos. Una aterradora congoja me está haciendo sudar. Huelo a la misma muerte [éste sigue tirando pedos de todos los estilos y diapasones con la mayor impunidad del mundo, ¡a ver! Lo bueno del caso es que después de hacer la gracia involuntaria me mira rendida, ternísimamente, como pregonando por los ojos su nulidad para querer o dejar de querer hacer lo que hace]. Lo que yo estoy atravesando es ni más ni menos que una ordalía de la peor ralea. Así es como yo lo entiendo. En el más pueril e ineficaz de los monólogos me pregunto a intermitencias: ¿Cuándo saldré de aquí?

(Viernes 16 de octubre 1964. Fuera del Hospital. Desquiciamiento. Libertad) La enfermera finita, con cara de muñeca y guiño como achinado es la que se encarga de acompañarme hasta el estacionamiento donde me espera mi coche. Me entrega las cosas que dejé depositadas en el momento del ingreso. Sigo desquiciado y mis maltrechos sentidos no dan abasto a organizar esta brutal sarta de atrocidades, a canalizar este derroche de impresiones. Así no puedo ir a ninguna parte, me digo. En perpetuo equilibrio entre el patinazo y la indecisión, la vida va a merced de la más caprichosa corriente, y lo único que hacemos es meter la mano en lugares fangosos,

¡uuuhhhffff...!

(Vida) Ya fuera del Hospital quiero hacer experimentos a montones, sobre “cómo respirar, cómo mirar al mundo más despacio que nunca”. Bellas formas reconocibles [faldas y promontorios de incertidumbre amorosa] han merodeado una a una junto al vallado de mis sentidos. Aquí una sonrisa presintiendo el momento retardado del amor. Allí un gesto inútilmente sublime con el que no logro desperezar la memoria de su obcecación de siglos. Paso a paso, poso a poso, mi densidad ha ido poseyendo el maremagnum de ficciones que besaron en vano la pulpa acibarada de mis labios. En total han sido seis noches... Pero yo debía mezclar las tendencias carnales, los amores de inmediatez sensorial, con otros encuentros, y así ver de generar poemas; y así, ver de preservar mi cosmo-bío-patología. En el *party* de ese mismo viernes por la noche que organizó Lorenzo repartí besos de hastío y me detuve muchos momentos, de codos y meditabundo, al borde de todos los huecos donde me pareció ver hervir un manantial de alma. Me quedaré eternamente apoyado ante el umbral de las cosas. ¿Y el mundo? No hice más que preguntarme cosas. Me digo que mientras dure mi hondo batallar entre la maraña de cosas, algo de resurrección me debo de estar ganando, ¿no?

Pero también ocurrió que en ese *party* conozco a Isabel, hermana de Lorenzo... Después de habernos presentado, una de las veces que pasaba ella por entre el barullo, y con un vaso en la mano, me acerqué, y ungido en osadía atípica e irreconocible, la sujeté bien el torso y la cabeza, y la estampé un cálido y amplio e intenso beso en el cogote. Me miró, me dijo: “atrevido”, y siguió su menester. Yo también continué desenredando la liana de mi cabeza. Sin tino y furiosamente voy de libación en libación mental: Aquí escupiendo; allí chupando; más allá con la palabra inventada, y en todas partes con la odiosa repetición de un molde amodorrado en la conciencia vieja. Cartas, citas al vuelo, presentimientos arriesgadamente confiados me han estado invadiendo, saliendo, entrando a saco. Ya estoy totalmente herido por la realidad; ya estoy desenamorado de muchas cosas que calaron hondo hace sólo unos cuantos días. Y por si fuera poco,

aunque..., aunque en rápido descenso hacia la desaparición, este dolor de mi pierna como una irritante e incansable conciencia de mi mezquindad, me recuerda todo: Los sueños y las luces que amaso cuando estoy despierto.

(Totalidad. Conclusiones. Sábado 17 de octubre 1964) Recuerdo a rachas. No más machetazos, dice mi alma. Siento el ahogo de poner a secar, de dar vida definitiva a las realidades que me han vulnerado con su amistad infecciosa últimamente. Agonía pura de querer amasar las huidas, las permanencias, el recuerdo ahora también con patas peludas, cosquilleantes. Extensión que se me aleja de la palabra. Monstruoso nacimiento de formas corriendo fugazmente el campo de mi mejor alcance. Soy incapaz de dar nombre a las cosas, de recrearlas para mí mismo. Tengo dolor en las ingles, como si un barrunto de dedos o de cilios me hubiera acariciado desde debajo de donde me sostengo. Yo también me he acercado al espejo para contemplar la mueca y el estrujamiento [ansia infinita de mutación negativa] que estos seis días de hospital han marcado con palidez en mi cuerpo. Así, me he palpado más cariñosamente que nunca, deseoso de mimar cada porción de materia sufrida y receptora. He devorado siglos de vida imaginativa, elevándome semi-asfijado por encima del oleaje temporal, sintiendo irremediamente cómo la espuma yuguladora del tiempo me daba el golpe de gracia con su vértice en la más radical horizontalidad. De todo esto que me estoy dando prisa en poner en claro ignoro lo que me vaya a quedar en el fichero del espíritu. No quiero pensar que en la obstinada criba de la fatalidad y del capricho se vaya a malograr la materia innominada, la sin substancia, y que hasta allí vuelen las criaturas que sintieron frialdad en el cobijo de mi palabra. De aquel enconado forúnculo conservo su huella en el trozo correspondiente de epidermis ligeramente ondulada, arrugada, de formato elíptico. Un par de años más tarde, y ante la continuada propensión a sufrir complicaciones tan pronto como se me infectaba un folículo del vello, mi padre me llevó al Instituto IBYS de Madrid donde, con pus extraído del grano que en aquel momento me laceraba, me prepararon un frasquito de autovacuna, cuyas dosis me fueron

inyectadas en los brazos por mi padre y por los entonces sanitarios y grandes amigos de mi casa, Garcés y Brígido. En medicina no conozco nada mejor que las autovacunas.

Pero el mito de las enfermeras tenía que procurarse una encarnadura, un encofrado. La niña finita, con cara de muñeca y guiño como achinado, fue la primera a quien invité a salir [to date] de entre las que se certificaron como disponibles en el Hospital. La llevé a cenar, y luego a mi piso con el deseo de proceder a una sesión de intimidad. No olvidaré nunca que la cogí en brazos, como si fuese un infante, para trasladarla al dormitorio. Me dejó andar así, como complacida, tres o cuatro pasos. Pero cuando apareció la cama ante nosotros, con toda su plasticidad semiótica, mi amiga dio un pequeño pataleo, me indicó que la pusiese de pie en el suelo, y componiéndose el leve desorden que mi pirueta le había causado en su ropa, me dijo muy seriecita: “You Know? I've gone through this before” [“¿Sabes? Ya he pasado por esto antes”]. Inútil hubiera sido cualquier explicación. En tales estadios de la realidad poco puede la dialéctica. ¿Qué tendría yo que ver –me atreví a musitar para mis adentros– con lo que ella hubiese hecho o dejado de hacer en su pasado? Me pidió que la llevara a su casa, y así lo hice. Me sigo y me seguiré preguntando: ¿Por qué serán así las mujeres?

De Joy no he hablado en lo que pudiese haber parecido “su momento” con el fin de rescatar su más justo valor mediante esta finta retrospectiva. En uno de mis días de hospital recuerdo que la ronda de rutina a las habitaciones, y la administración de las dosis medicamentosas corrieron a cargo de una enfermera nueva para mí, con un perfil de cara algo distinto del patrón que hasta entonces yo hubiera entendido como normal. Bajo la vestimenta de enfermera dejaba traslucir rasgos de cierta reciedumbre, de cierta rotundidad, sin llegar a la corpulencia. Me dijo que estaba en su primer año de prácticas; y al informarle yo que era español, profesor de la Universidad..., y esas cosas, me pareció advertir en su semblante ese vado de aquiescencia que invita a seguir... profundizando. También me dijo que era su única jornada de trabajo en aquella sección, y que

por lo tanto, probablemente, no me volvería a ver en el Hospital. Me dio su nombre, Joy, y su teléfono. Creo que fue a la semana siguiente de que me dieran el alta... La encontré en casa cuando telefoneé, y al acompañar mi pretensión de verla, de encontrarnos, con la consabida invitación a salir, a cenar..., me dijo que no podía, que tenía que estar en casa..., que sus padres estaban de viaje, y que les había prometido que cuando llamaran la encontrarían en casa para recibir instrucciones. Era todo normal, pero, ¿qué hacer? Pues me dijo que estaba encantada de verme, y que lo mejor es que me acercara yo hasta allí y que llevara algo de comer y así nos ahorraríamos tener que salir. Muy bien. Me pasé por un “take-out shop” y me planté en su casa con una estupenda pizza, bebidas enlatadas, y postres de golosina. La vivienda de Joy era decididamente modesta, creo que toda ella de madera, con un... punto de desorden en el un tanto raído mobiliario y demás cachivaches que la orquestaban. Hablamos de las cosas típicas sobre las que no pudimos hablar en el Hospital... y me dice con toda naturalidad que ella es... india. ¿Cómo india...? [¿Que tenía que ver la India indostánica con Joy? –me atrevo a intercalar–]. Cándidamente tropecé yo en la trampa de no distinguir en ese instante entre hindú, de la India propiamente dicha, y todo lo demás. Sí, hombre, india, india americana... piel roja, apache, sioux, navajo, lo que fuere. ¡Estúpido de mí por no darme cuenta! Y el caso es que conforme avanzaba la conversación yo iba percibiendo la autoafirmación de unos rasgos étnicos en Joy que me parecían más y más privativos... Se ofreció de buena gana. Sobre la algo destartada cama de su habitación lo hicimos...

Pepe Azcárate [huelga decir que me había visitado durante mi calidad de paciente] compartía piso con otro residente médico, hindú, éste sí, de la India, de Calcuta para más señas, y que se llamaba Mack. Era un tío parlanchín, simpático y ceremonioso que hablaba ese gustoso inglés colonial, tan asequible para los no angloparlantes. Mack era chancero, se preciaba de poner siempre un justo “dash” [toque, pizca o espolvoreo] de especia en los condimentos a su cargo, y tenía todo el tiempo que estaba en casa un tocadiscos enchufado con

canciones y música de los Beatles. A mí, por ser amigo de Pepe, o por lo que fuere, me dispensaba un cordialísimo trato. Resulta que habían programado un “party” en su piso para el viernes siguiente al momento de que se tratase. Y resulta que, además de algunos otros invitados, en lo que se refería a la gestión de Pepe y Mack habían éstos concertado con tres enfermeras que –según dijeron– formaban un grupo compacto en lo de acudir a las fiestas. Lo debieron de consultar con ellas, y acto seguido me lo comunicaron a mí: Que si no me importaba formar pareja con una amiga de las amigas, de las amigas... O sea, la típica e inquietante “blind date”, cita a ciegas, con la tercera de las chavalas en cuestión. “Bueno, les dije: De acuerdo. Probablemente sea un petardo la chica que me hayáis reservado... pero no importa. De acuerdo...” Mis experiencias anteriores [y las que posteriormente se sucederían] se conformaban a ese aspecto adusto e inmisericorde de las estadísticas: Cuando alguien te invitaba a una fiesta para acompañar a alguien que no tenía pareja... ¡petardo al canto! Cuando alguna amiga tuya, percatada de tu proclividad hacia sus encantos, te presentaba a alguna otra amiga suya... ¡petardo al canto! [¿No sería tonto y suicida presentarle a uno alguien que pudiera desbancar y/o canalizar hacia ella los privilegios monopolio de la presentadora, etc., etc.?]. Sí, todo ello era lógico y sabido pero el caso que nos ocupa no presentaba problemas porque en la peor de las situaciones yo iba a encontrarme en un buen ambiente, distendido y amistoso. Y he aquí que se materializa el principio de que aun la regla más monolítica y cumplida guarda en los entresijos de sus supuestos una fisurita de excepción. Y Cathy –que así se llamaba la enfermerita que me habían enchufado– era toda una excepción. Vaya si lo era, al menos en lo que a aspecto se refiere. Era de estatura media, bien proporcionada, facciones correctas, bonitas, pelo clarísimo, tirando a rubio, con [así me lo pareció] alguna mecha plateada. Llevaba un vestido de una pieza, colores blanco y negro combinados en un patrón como de espiguitas; “cleavage” [abertura de escote y canalillo de los senos] prometedor. Creo que se esperaba otra cosa, yo qué sé, cómo saberlo... acaso ni ella lo supiera, porque nuestra menguada

conversación discurrió por planos neutros, desentendidos. Hay que tener en cuenta que en esto de las citas o reuniones con elementos, con personas de trasfondo cultural anglosajón, el mantenimiento de formas es un factor capital. Quiero decir que Cathy era *mi* cita y que en caso de no conectar ni avenirse conmigo, podía hacer cualquier cosa excepto “enrollarse” con otro varón. Por suerte para todos, en el batiburrillo que se forma en tales “guateques” el alcohol es el compañero de los solitarios y el mejor salvoconducto de... casi todos. Cathy, de momento, comenzó a ingerir cerveza y whisky en plan fuerte y supongo que dentro de la banda de permisividad que le comportaba el alcohol, se dejó zarandear por mí y apretujar durante alguno de los ritmos lentos y restregones que salían del tocadiscos. A mí aquella chavala me gustaba, sin hacer entonces distingos de ningún tipo, sino compaginando y mezclando en una sola armonía todos los componentes posibles en el enunciado del “me gustaba”. Y, no es difícil suponer, yo me encontraba con el falo desplegado con toda rotundidad, desinhibido y empalmado, sintiendo las primeras avanzadillas de semen acercarse con urgencia... En una de aquellas progresiones del baile [si es que baile se puede llamar a aquel abrazo de pulpo sin casi desplazamiento], recuerdo que medio empujé, medio alcé a Cathy a través de un pequeño pasillo, y que la tumbé boca arriba en la cama de una habitación de enfrente, y me puse encima de ella... Mientras me empezaba a correr... la desabroché con presteza el vestido, se lo saqué por los hombros, me apresté a manipularla un precioso sujetador blanco, caladito, en busca del broche, por detrás... Pegó un respingo conforme yo me estaba corriendo, se medio incorporó de la cama y con acento algo encharcado, algo enronquecido por la bebida, me espetó un airado: “ ¡Hey... you're a fast handler!” [Eres un rápido maniobrero]. ¿De veras que yo era tal cosa? No lo creo, en absoluto. Lo que supongo es que en aquella ocasión yo debí percibir con inapelable intensidad el absurdo de esperar a que alguien perdiera buena parte de su conciencia hasta el punto de no haber podido asumir el sentido, el ofertorio de mis demostraciones. Con eso de “fast”, ¿quiso decir Cathy que me

adelanté, que me precipité en mi abordaje a su intimidad; y que de haber esperado más rato, ella se hubiera sentido cooperante? ¡Bah, no lo creo ni me importa! En primer lugar, por lo ya advertido de que acaso para entonces, para cuando Cathy se hubiese sentido “ready” pudiera no ser más que un trozo de carne soñolienta e incómoda. Y en segundo lugar porque mi eyaculación precocísima no entendía de dilaciones. Al final de la fiesta la llevé al Hospital e intenté besarla en la boca en el trecho desde el aparcamiento hasta la puerta principal. No me lo permitió: Me contuvo y creo que ahí afloró su profesionalidad. Se llevó la mano a la boca, miró furtivamente un segundo o dos, y echó a correr a medio esconderse tras los ramajes de un arbusto... Pude oír el ruido como de grifo de la vomitona. Con todo, le arranqué una cita para el día siguiente, sábado. Aceptó, noté, así como automáticamente. Y en efecto, como me temía, mediante un telefonazo de cortés antelación, rompió la cita.

Otro buen día me llama Pepe Azcárate y me participa que una enfermera de su Hospital le anda persiguiendo... Que han quedado en salir a cenar... y que, por tener ella una amiga íntima, también enfermera, sólo que de otro centro sanitario..., han pensado en mí. ¡No faltaba más! Imposible acordarme del nombre de ninguna de las dos, aunque conservo perfectamente la disposición del chasis y del recubrimiento cárnico de ambas a la perfección. Como hipótesis de trabajo llamaré Helen a la abundante en volumen y en desparpajo, más bien rubia –la amiga de Pepe–; y Julia –menos rellena, más esbelta, pelo castaño– a la mía. Nuestra primera cita consistió únicamente en llevarlas a cenar, y fue un éxito de desarrollo y de logística. Era absolutamente inusual ver a dos caballeros hispanos hacer de anfitriones al unísono en favor de dos chicas canadienses. Alguna vez, en años muy posteriores, Pepe se refería a un detalle nimio en su ejercicio pero enormemente revelador en todo lo demás: Fue que en aquella primera cita, nada más echar a andar desde el aparcamiento hacia el restaurante, nos dimos cuenta ambos de que marchábamos indebidamente, entre la pared y ellas; y que al advertir la natural incorrección de nuestro proceder en aquellos dos o tres primeros

pasos, y ni uno más, saltamos Pepe y yo como por un ensayado resorte, cediendo a nuestras invitadas la derecha protegida, y una mayor comodidad en nuestro caminar por la acera. Acercarles la silla al sentarse, tanto al comienzo absoluto de la cena, como cuandoquiera que alguna de ellas se ausentase al cuarto de baño..., anticiparse en la cesión y traslado de los cacharritos de la mesa..., etc., etc. tan sólo supuso reconocimiento añadido a la partida principal de crédito que Helen y Julia nos habían concedido desde un principio.

Este corte de tiempo que me estoy esmerando por rescatar, últimos de 1964 o comienzos de 1965, correspondía a mis 28 años plenos. La edad de mis reciprocidades femeninas solía frisar, año arriba o abajo, con los veinte. Julia tenía 26 y, según mis cálculos, era la mujer que en Norteamérica, hasta la fecha, más se había aproximado a mi propia edad. Un par de semanas más tarde recibo una llamada de Julia comunicándome que nos invita a Pepe y a mí a comer en casa de sus padres, que vivían en el campo..., y que si nos parece bien tal o cual día. Sí que nos pareció bien y allá fuimos Pepe y yo, con obsequios tan universales y tan del caso como un buen ramo de flores y una frondosa caja de bombones. La comida no tuvo nada de especial: En ocasiones así, la parte que invita suele ofrecer un buen pedazo de carne, con ensalada..., un postre casero y rico..., y ¡a correr! La familia de Julia cumplió holgadamente con las expectativas del caso, pero lo que nunca olvidaré, aquello que durante toda la comida pareció destapar y convocar más calorías que las propias viandas, eran las miradas continuadas, sostenidas, fijas e inquisitoriales que el hermano mayor de Julia no dejaba de dedicarme, de lanzarme. ¿Qué demonios le habría dicho de mí esta mujer como para inspirarle a este prójimo tan estrechísimo escrutinio? Llegué a sentirme incómodo, hasta medroso, aunque también es cierto que ante la posible y necia pregunta de: “¿Cuáles son tus intenciones?” que algún ascendiente, familiar, o simplemente metomentodo oficioso, me hubiera dirigido respecto de alguna hembra, lo único que cabe responder es: “Mis intenciones son las de intentar conocer *las suyas*” [*las intenciones de la chica*, se puede aclarar]. La verdad es que no recuerdo que él ni

nadie hasta entonces me hubiera hecho tan inoportuna y estéril pregunta, y de veras que se lo agradecí...

Julia y yo nos vimos varias veces, embarcados ya en un “affaire” con derecho propio. Al cabo del tiempo yo debo y quiero recordar que aquella mujer era interesante; se separaba del gran rebaño de hembras americanas que hasta entonces habían conformado mi otra orilla, mi otro yo. Julia era enormemente femenina, y la primera vez que tras no pocas peroratas suasorias accedió a acostarse conmigo lo pude comprobar por la forma en que me acariciaba, por el temor como de que se rompiera algo; con que se dejaba besar y me besaba. Su ropa interior se podía catalogar de clásica: Medias, ‘petticoat’ o combinación de tirantes; brassiere elegante pero sin fantasías..., todo muy lejano a cualquier estridencia [o, mucho menos, zarrapastrosidad] de otras congéneres. Julia me gustaba, pero por eso mismo, el tema cardinal de ¿qué hacer con ella?, ¿qué hacer conmigo?, ¿qué hacer con nosotros dos? se erguía más severamente admonitorio que nunca. Es curioso [y quien me lea alimentará justificadas sospechas de que intento ‘bacilarle’ y embromarle], pero no puedo asegurar si llegué a consumir una penetración con ella o no. Recuerdo que Julia me decía ser virgen, cosa a la que yo ni objetaba ni dejaba de objetar. Simplemente me daba por enterado. Pero lo que sí pude constatar lastimosa y desesperanzadamente las varias veces que estuvimos juntos es que su chasis, y por la zona venusina a la que necesariamente me estoy refiriendo... resultó ser algo impenetrable. Me consta que Julia, por complacerme, ponía todo su empeño. Sencillamente mi ‘linga’ no se daba maña a horadar su ‘yoni’. Lo intentamos una y otra vez en más de una jornada. Ni a tiros. Probamos a colocar una almohada debajo... para que el ángulo de exposición... ¡yo qué sé!.. Nada. Era como si su arco pubiano, a modo de viga, constituyese una barrera infranqueable. Unido lo cual a la incontinenencia de mi eyaculación precoz..., generó, como digo, el acertijo para la historia de si la penetré o no. Y la verdad es que creo que no. Jamás, jamás olvidaré la frase con la que Julia, entregada, amante y ternísimamente compendiaba todo el asunto: “¡Oh, Thomas,

we are a couple of hopeless lovers!” [¡Tomás, somos una pareja de amantes... sin redención; o acaso, sin futuro, sin remedio, sin esperanzas, imposibles..., etc!]

En un orden menos solemne o menos transcendental de cosas me cumple referir que mi rodaje como conductor en América sobre coche americano se había consumado. Dos únicos pequeños reveses sufrí. El primero, con el Chevrolet Corvair, de color encarnado, que me había alquilado para todo el curso 1963-1964. Resultó que una noche de invierno que salía yo del campus, la avenida que desembocaba en una de las frecuentes “roundabouts” [plaza circular o glorieta de regulación del tráfico] estaba más resbaladiza de lo acostumbrado, y tal vez yo fuera un pelín más fuertecito de lo que una conducción cien por cien a la defensiva, que espera lo peor, hubiera aconsejado. El caso es que percibí lo que se percibe en tales circunstancias: Que me faltaba espacio, que me faltaba... que me faltaba... ¡¡zzzoommh!!.. salté el bordillo del macizo de la rotonda y allí me quedé varado, surto, con una rueda cortada por la cubierta y abollada por la llanta. Curiosamente, aquel supuesto de accidente estaba previsto en los términos del contrato de alquiler, y no tuve que pagar nada.

El otro siniestro, curso 1964-1965, se lo infligí a mi segundo coche: Chevrolet, parecido al anterior, pero algo más moderno, en color hueso y tipo Chevette. La cosa vino a ser así: Al torcer yo hacia la izquierda desde la calle Hale a la calle Dundas, me dí un rasponazo con otro coche que venía desde dicha izquierda. Aplicando una mecanicidad simplista y cómoda no parecía haber duda de que yo era el responsable, ya que al final de la calle Hale había una señal de STOP, y además, la calle Dundas en aquella intersección estaba favorecida con preferencia total de tráfico o tráfico continuado. El texto de la notificación, una vez verificado el informe policial *in situ*, no dejaba lugar a dudas: “Did drive motor vehicle licensed as number 900.215 on Hale Street approaching a stop sign at the intersection of Dundas Street a through highway, enter Dundas Street and fail to yield the right of way to another vehicle approaching so closely on the

through highway as to constitute an immediate hazard, contrary to Section 64, Clause b of the Highway Traffic Act”, que equivale holgadamente a: “El coche de matrícula tal... y... tal, acercándose a una señal de STOP en la calle Hale con la de Dundas, de tráfico preferente, entró en esta última sin ceder el paso a otro coche que se aproximaba muy de cerca, provocando así un inmediato accidente..., recogido y sancionado en tal... y... tal sitio”. El accidente tuvo lugar el 19 de octubre 1964; la notificación que he transcrito me fue remitida el 29 del mismo mes, y en caso de no avenirme a pagar 12.50 \$ y dejar finiquitado el asunto, tendría que comparecer ante el Juez de Paz el 9 de diciembre. Aunque en aquellos tiempos los 12.50 \$ corresponderían a unas cinco veces su valor actual; o sea, a unos 65 \$ no dejaba de ser razonable y asumible para cualquier bolsillo. Pero he aquí que, estudiado con detenimiento, el caso presentaba unas singularísimas particularidades, o tal creía yo. Si era una realidad incontestable que todo vehículo que arrancara desde un *stop* debía ceder el paso a todo otro vehículo que, por lo tanto, tenía preferencia absoluta de paso, en el supuesto mío resulta que por la existencia de unas vías de tren, cortando la calle Dundas a unos veinte metros de la intersección con Hale, justo donde se produjo nuestra colisión, el coche cuya preferencia de paso nadie niega, debería haber reducido velocidad, concediéndome a mí el suficiente tiempo como para completar el giro a la izquierda y haber evitado el rasponazo. Si yo pudiese demostrar –pensé– que efectivamente cedí el paso, pero que la velocidad inmoderada del otro conductor [velocidad que –¡ahí descansaba la sutileza!– debió reducir por tratarse de atravesar las vías de ferrocarril, a unos veinte metros, insisto, de nuestro encontronazo] fue la causante del accidente... Se trataba, por consiguiente, de no quedarse en la primera mitad del precepto legal... “El conductor de un vehículo que se proponga entrar en una intersección... cederá el paso..., etc.” sino de fijarse en su terminación... “y habiendo cedido el paso, procederá con cuidado, y el tráfico proveniente de cualquier otra autovía será el que ceda ahora el paso al vehículo que se desplaza en la intersección...”

Se lo consulté a Lorenzo que a la sazón se hallaba en su primer curso de Derecho, y me dijo que por él, que sí, que me ayudaba, que me acompañaba el día de la vista, y que hablaba por mí... como representante, como amigo..., como defensor..., como lo que hiciera falta. Jamás se me olvidará un vendedor de barajas con truco que en la calle de Libreros de Alcalá de Henares, en unas Ferias de hace muchos, muchos años, se recreaba y se esforzaba en demostrar el funcionamiento de las cartas trucadas, y el resultado entre sorprendente y cómico de la trampa. Ante la reticencia y/o falta de decisión de los que rodeábamos sus manejos, el hombre..., a falta de otro mejor o más definitivo argumento para vencer la apatía de los indecisos, nos salió con: “Pero señores, por un duro, ¿qué más quieren? El cachondeo bien lo vale”. No sé si el ejemplo es completamente transferible al asunto que nos ocupa, porque todos estos prójimos que actúan “in Her Majesty's name” se toman esto de la justicia con una sobre-dosis de inflexible empaque. Así que, de cachondeo, nada. Pero satisfacer la curiosidad también tiene su precio. Y además, ¿qué podíamos perder? Pues podíamos [quiero decir más propiamente, podía yo] perder otra cantidad equivalente a la multa; o sea, otros 12.50 \$, en total, 25.00 \$. Venga, vamos por ello, nos dijimos. Y así dibujé un croquis, hice mediciones, tomamos fotografías, ensayamos preguntas y respuestas... De todo el papeleo que obra en mis archivos guardo predilección por una carpeta con el letrero identificativo de “Juicio” en la solapa, en la que conservo, prácticamente, todo lo relativo al tema. Conservo apuntes, preguntas y contra-preguntas, réplicas y contra-réplicas de puño y letra de Lorenzo; también conservo el esquema final de mi argumentación, que concretaba estos puntos:

1º El otro conductor rodaba por lo menos a 50 m.p.h., sin luces de cruce, sino sólo de estacionamiento.

2º Iba con una mujer.

3º El golpe se produjo a unas 15 yardas de la vía.

4º Si hubiera marchado a 20 m.p.h. hubiera podido parar, ya que se debe cruzar la vía férrea a 20 m.p.h.

5º/ Cuando yo continué el viraje no había nadie, estaba el camino despejado.

6º/ Una de dos: O me vió o no me vió. Si lo primero... bueno, su Señoría dirá. Si lo segundo, es que estaba lejos, y luego aceleró.

7º/ Después del choque, el otro conductor tardó 40 metros en parar, lo cual indica que iba a más velocidad de la permitida... etc., etc.

Prometo por mi honor y, sobre todo, por la cantidad de sentido común que pueda concurrir en mi persona [póngase el calificativo de medición que a cada cual más le plazca] que yo ví en mi caso un ejemplo de veracidad, tan válido y tan debatible como cualquier otro; y que aposté por él... y sigo apostando por él, hoy, ahora, aquí, a 6.500 kilómetros de distancia y a más de treinta años de vibración en el tiempo.

El día de la vista el juez no nos hizo ni caso. Dijo, por mis explicaciones, que “he had heard that many times before”. Puta mentira, pensé yo y sigo pensando, porque ello equivaldría a que en todas y cada una de las intersecciones existiesen unas vías del tren dispuestas de la misma manera como lo estaban las de la calle Dundas en su casi encuentro con la Hale. Otra cosa es, y eso sí lo entiendo, que el sistema prima a la mayoría [mayoría, montón predominante, en lo que sea, tanto se tratara de actitudes patricias como de majaderías envilecedoras], y que si la mayoría [principio general, respecto de mi caso, para más señas] ha sancionado que todo conductor que arrancando de un *stop* es ocasión –¡ni siquiera causa!– de cualquier tipo de accidente, y por lo tanto culpable... ¡pues se acabó! La posible razón de un caso especial no compensa la re-composición, la rectificación cualitativa que habría que infundir en el sistema, y los costos cuantitativos de semejante excepción. Ahora bien, lo que sí he alabado de estos prójimos es su deportividad. Al término de todo, el fiscal o ‘prosecutor’ que nos amenazó durante la vista con dejar de ser “lenient” [benigno] conmigo si nos poníamos pesados e insistíamos en basar nuestros razonamientos en semejantes sutilezas de excepcionalidad, el fiscal, digo, se quedó charlando con todos

nosotros, sonriente, como si no hubiera pasado nada. Lo recuerdo bien: Era un hombre alto, de unos 50 años, con la cara picada de viruela. El *inri* de aquello se me hizo patente al salir del edificio de los Juzgados, acercarnos al coche y advertir que tenía una multa de 3.00 \$ por exceso de tiempo de estacionamiento. Lorenzo se reía, muy a su manera de contrarrestar los problemas, o por lo menos, de fingirlo. Pepe Azcárate vino a presenciar el pleito, y en las pocas, pero intensas, ocasiones en que nos hemos vuelto a encontrar, hallándonos ambos ya definitivamente en España, me sigue asegurando que nada le distrajo y le aleccionó tanto como aquella vista.

Respecto de mi trabajo y funciones académicas, todo me hacía constatar mis impresiones iniciales, a saber: Que el traslado de M.S.U. a U.W.O. había significado un parón momentáneo en el ritmo ascendente, meteórico, de que mis ‘habilidades’ se habían hecho acreedoras. Percibía que la inexorable ley de la oferta y la demanda había dado conmigo en London, Ontario; percibía que Sherville, en buena lid, se había aprovechado de las circunstancias, dado mi calibre para aquellos tiempos que corrían; y que, en una palabra, yo podía a nivel personal sentirme “over qualified” [supra cualificado] para el desempeño de mis labores universitarias. La conciencia de esa realidad compartía protagonismo con otras reflexiones recurrentes que versaban sobre mi futuro... a medio plazo, digamos. Me producía malestar, desazón, encontrarme, de pronto, con que ciertas fuerzas introspectivas tiraban de mí, de mi más íntimo yo, y me colocaban delante del molesto tema... ¿Qué rumbo estable, definitivo... a medio plazo, al menos, como dije, iba yo a dar a mi vida? Hay preguntas que a ciertas alturas de la existencia han dejado de encerrar mordiente, porque las demás cosas, todo lo que no somos uno mismo, se encargan de resolvern... ¡gratis! Pertrechados con el mejor sistema posible de defensas, lo único que nos compete entonces es recibir esa andanada de hechos consumados. Pero a los 28 años era tal, tan ilimitada la pujanza, la fe que despleaban las potencias mías, que no bien acabado de formularme una pregunta así, mis vísceras, mis sentidos, la estaban ya tachando de irreverente y ociosa. ¿Para qué pensar en

nada que vaya más allá del aquí y del ahora, si estas dos nociones mi alma, desde mi cuerpo, desde el trasiego de mi linfa, las percibía como inacabables? Empero, no dejaba yo de inferir vagamente, eso sí, muy vagamente, que yo regresaría a España... alguna vez; y que entonces mi campo de docencia y de investigación sería ineludiblemente el de la Filología Inglesa, puesto que ahí, precisamente ahí, en esa parcela amojonada y vallada del conocimiento era donde yo había obtenido mi Título de Doctor... y dejándose uno de elucubraciones sandias, a efectos de la carrera funcional y salarial que fuere, ése era el título y ésa era la vitola desde los que yo tendría que diseñar mis solicitudes, mis pretensiones.

Mis clases de Lengua y de Literatura, después de la preparación y rodaje monstruosos a que me sometí en M.S.U. no ofrecían problemas. Sherville, todavía Director del Department of Romance Languages durante mi primer curso allí [luego, directa y brutalmente ambicioso, él escalaría el puesto de Vice-Principal o Vicerrector]..., Sherville, digo, algo debió de ver sobre “mi caso”. Un día, no sin cierta ceremonia, dentro del rigor económico de sus explicaciones, me llamó a su despacho y me comunicó que los alumnos de mi clase de cuarto curso de Literatura [la del *Quijote*, con Lorenzo Gironés entre ellos] estaban encantados con mi erudición y con mi método. Le estoy viendo la cara y la expresión: “Just one comment: ¡Wonderful!”, me trasladó, como cifra y compendio del veredicto de opinión de la clase, al tiempo que me participaba su más indeclinable deseo de comenzar un Programa de Estudios Graduados en Literatura Española, del que yo sería su más conspicuo adalid... [Bueno, pensaba yo, en cualquier caso... ¡mejor que le digan a uno cosas así, que no, que se acuerden de su madre!...] Pero la única innovación realmente notoria que experimentó nuestro Departamento fue el fichaje de un Full Professor de los U.S.A [no recuerdo de qué Universidad previa provenía], Weston Flint, algo rubiales, recortadillo de figura y un sí es no es retorcidillo de espíritu. Ocupaba la vacante de Sherville aunque éste, aupado ya a funciones administrativas de alto nivel dentro de la Universidad, todavía retenía y controlaba una buena parte de su carga

docente, y la coordinación de los estudios de español. [Cuando ya estaba yo profesando en la Queen's University de Kingston, asimismo en Ontario, me remitió Weston Flint, dedicado “con un abrazo” su artículo “Más sobre la prosa de Solana”, *Cuadernos de Son Armadans* CXXI, abril 1966, pp. 32-52. Se lo agradecí] Y al cobijo de esta mención anticipada de la Universidad Queen's donde transcurrirían mis últimos seis cursos en Canadá, 1965-1971, debo reafirmar ahora el nivel de... digamos, ‘segunda división’ que por aquel entonces presentaba la U.W.O. Parece que también por aquel entonces se comenzó a gestar por los órganos rectores el carácter definitivo con que se identificaría a esta institución de London. Y lo que debieron decidir entonces, quedó sin duda alguna orientado hacia el gigantismo. The University of Western Ontario entiendo que en el momento presente cuenta con más de 35.000 alumnos, mientras que, por ejemplo, Queen's no llega a los 20.000. Como ilustración de lo que estoy refiriendo, debe señalarse aquí que en 1991, desde aquí, desde España, creí oportuno obtener unas certificaciones de los servicios prestados en mis tres Universidades de América del Norte: Tanto M.S.U., como Queen's me enviaron lo que requería como si de ayer se tratara cuando dejé de pertenecer a su profesorado; mientras que, para sorpresa y disgusto míos, los de U.W.O. me comunican que no conservan documentación, ni ficheros, sobre profesorado de aquella época, que tampoco creo yo que se refiera al pleistoceno, sino a 1963-1965. La constatación certificada que les pedía tuvo toda su legitimidad y surtió todo su efecto mediante una carta de... ¡Jean Cross Newman!, declarando que era cierto que yo era yo, que yo era quien era, que había trabajado en U.W.O. en la época aquélla, y que ella, Mrs. Newman, había sido compañera mía. ¡Bendita y providente mujer!

En el último trimestre natural de 1964 la editorial Macmillan sacó *La Conversación al día: Aspectos de la Civilización Hispánica*, el libro de texto que dos colegas míos de M.S.U. y yo habíamos confeccionado durante mi segundo curso en East Lansing. Tuvo éxito inmediato y ello le dio un buen empujón a mi ego. También por

aquellas fechas comencé a obtener libros desde París de la Editorial Ruedo Ibérico, libros de imposible adquisición por aquel entonces en España. Se encargaba de enviármelos Carlos Carchenilla a quien había conocido varios años atrás en uno de aquellos perogrullescos, fantasiosos y teatralísimos así llamados “cursillos de cristiandad” en una localidad de la sierra de Madrid; cursillo del que los dos, sin conocernos, coincidimos en marcharnos el último día, incapaces de tolerar aquel lavado, fregado y esmerilado de cerebro... tan por las buenas y tan sin venir a cuento. Quede aquí consignado, con todo, que la experiencia fue de lo más enriquecedor de mi vida, además del valor añadido de haber conocido a Carlos con cuya amistad me sigo ennobleciendo a través de años y años...

Fue también en 1964 cuando edité mi tercer volumen de poemas, *Amor verdadero*. Tuvo que ser en verano, a mi regreso del viaje a Gran Bretaña e Islandia. De cualquier forma recuerdo mis gestiones con los responsables de Artes Gráficas de los Talleres Penitenciarios de Alcalá de Henares. Alguien [probablemente se trataba de Pepe Salinas] me metió en la cabeza hacer una edición de cierto empaque, en papel especialmente bueno, de ese de color entre beige y crema, y textura levemente granulada. Las pastas, en cartulina marrón oscura ofrecían el título y una raya horizontal gruesa en tinta verde; lo demás: Mi nombre, “Colección Galatea”, y una raya vertical más delgadita, en tinta negra. La letra inicial del Prólogo y la de cada poema estaban impresas, asimismo, en color verde. Las dimensiones del libro, 27 x 20, más un saliente de medio centímetro de pestaña para las cubiertas, resultaban notables para lo que se estilaba. Un primor y un alarde. No se me olvidará nunca que el detalle de la letra en tinta verde suponía tirar por segunda vez la hoja en que esto ocurriese, que era prácticamente en todas. Lo de “Colección Galatea” comenzó y terminó en ese libro mío, lo cual dará idea de la naturaleza efímera de estas aventuras poéticas, privadas y por libre.

Pero todo esto que acabo de señalar como argumento de información estadística e inevitable cede absolutamente al hecho de haberme asomado yo a mi libro en la fecha de hoy en que esto escribo,

4 de febrero de 1995, con el propósito de hacer una reseña de él para mí, para incorporarlo en esta viñeta de mi *Mujeres, lugares, fechas...* En el Prólogo (Palabras para el amigo y para el lector) digo cosas como de persona mayor: “Se da vida al poema con la herida de su publicación...” ... “la fuente íntima del subjetivismo del alma de los hombres es el pan de mejor trigo cuando toca hablar en verso...” Y también que... “cuando hablo de poesía, dar trigo o tender a darlo es lo bastante para salvarse, con la capacidad de gloria de cada uno”... Desde luego que mis 27 años me habían hecho asumir o, al menos, entrever principios incontestables que sigo suscribiendo hoy día. El libro se organiza en tres partes: I. “Del mejor amor”. II. “Sonetos”. III. “Versos rescatados”. Hay de todo. Hay sorpresas prodigiosas, acentos solidariamente fieles, versos cuya factura no harían medrar ahora mismo mi expectativa de expresión:

Ç

Tenerte es, bien pensado, una muralla de alma
que cuanto más se escala más pesa con la hondura
de precipicio cierto

(Muralla)

Cultivaba yo por aquel entonces el verso de contenido discursivo, negociando una dinámica mediadora entre un tiempo de conciencia y un automatismo de norte lírico y de exigente disciplina formal:

Yo voy buscando el poema a cada hora
enamoramamente, con insistencia terca,
como se busca el rastro de un sentido redoble
o la música mansa olvidada en un sueño.

(Enamoradamente)

Te doblas y recuerdas de las rosas
la comba de su mística caída.
El polen sazonado de las cosas
cuando te alzas fecunda por mi vida.

(Destino: Cuartetos apasionados)

No faltó tampoco la anécdota subitánea y disparatada a cargo de un fraternal y genial amigo nuestro, Juan Luis Molina, quien, sacudido por el –según él– intensísimo acierto de uno de los poemillas de la Tercera Parte... se contuvo tan sólo por unas fracciones milimétricas de instancia de llamarme en mitad de la noche para felicitar me por el logro. Bueno, éste es el poema culpable del revuelo:

Poema B

¿Cómo naciste, dí,
si ya existía el alba? ¿O eras alba?
Y rosa, suave, azul... ¿cómo vinieron
si ya llegabas tú?
Y goce, amor... y todo...
¿Cómo nacieron, dí, cómo nacieron
si tú ya lo eras todo?

A mí esta creación me sigue pareciendo una paridilla en tono muy menor, pero si la vida sólo es posible vivirla entre todos los humanos, la poesía debe acreditarse por la mayor cantidad de lectores, y ojalá que todos y cada uno de mis poemas merecieran el patronato espiritual y de asentimiento por lo menos de uno, tan sólo de uno, de un único lector. De mi incumbencia diletante respecto del ajedrez me queda de rastro en este libro el poema “Alfil”, muy intelectualmente incisivo en sus abrochadas redondillas, plenas de entreveradas adivinaciones:

Sin concretar en nada
ni respirar la hez,
hay algo de ajedrez
en esta gris morada.
Se lanzan los alfiles
buscando diagonales
y errores capitales
encumbran a los viles.

Como he dicho o he querido decir, un libro en el que se mantienen muchas cosas por derecho propio. Sí, académicamente hablando no me puedo quejar, porque en U.W.O. me pasaron cosas positivas: Lo del libro de texto de Macmillan; lo de la adquisición de libros iniciáticos del Ruedo Ibérico sobre España; lo de mi libro de poemas, etc. Curiosamente me percataba de que si bien los Departamentos de Estudios Hispánicos canadienses [con la sola y única excepción de Toronto, feudo de los, en primer lugar, Buchanan, y luego Stagg, Von Rict Hofen, Marín, etc.] comportaban una minúscula y menguada parte de la entidad de los radicados en U.S.A., éstos recibían el español a través del idioléctico, cuando no adulterado, hispanismo encarnado por Méjico predominantemente; mientras que en Canadá *lo español* correspondía mucho más a lo propiamente castellano a través de Quebec, a través de Francia, a través de Europa...

Estas y otras cuestiones mantenían despiertas mis instancias y mis inquietudes sobre la perspectiva. Me repetía mil y mil veces que perder la perspectiva era la más terrible de las desgracias, por lo menos para un intelectual. Años más tarde descubrí que muchos españoles *la* habían perdido al quedarse indefinidamente en el continente de América del Norte. Se engañaban fingiendo ignorar que regresar a España con el único bagaje de “hispanista” era tan inoperante como llevar carbón a Newcastle o llevarse a la vendimia uvas de postre. Me metí bien en el magín que por cada doctor en

Filología Inglesa había disponibles *quince* de Filología Hispánica; y al revés, que por cada *quince* puestos de Filología Inglesa había *uno* de la otra. Así que me decidí a dar el gran salto, el del reciclaje en las materias esenciales de mi carrera. Me ayudaron a tomar dicha decisión, de momento, la holgura que me permitían mis clases sobre aspectos de la Literatura Española trillados por mí; y también, en un orden más externo, el hecho, chocante hasta cierto punto, de que no existiera en U.W.O. club alguno de ajedrez, actividad que hubiese succionado buena parte de mi tiempo libre...

Por lo tanto desplegué unas primeras ejecuciones, cuyo sentido, en un plazo imposible de precisar entonces, descansaba en mi eventual regreso a España... Ese mismo verano de 1964 por cierto que ya había enterrado mis pequeños ahorros en la reserva de un piso y un local comercial en Alcalá de Henares... Por lo tanto, digo, pedí autorización a cierto número de profesores de Lengua y de Literatura Inglesa para asistir como oyente o convidado de piedra a sus clases, algunas de ellas impartidas en el Middlesex College; otras, en diversos edificios del Campus... Seguí con asiduidad la clase de Historia de la Lengua Inglesa a cargo de Mr. Dean, un discípulo y colaborador del lexicógrafo británico Harold Orton. La materia de Antiguo Inglés (o Anglosajón) la impartía una profesora corpulenta... Betty, Betty... no logro rescatar su apellido. Tanto Dean como ella se caracterizaban por meter al alumno rápidamente en materia, enfrentarle con los textos que fueren; hacer de las explicaciones de clase aderezo y comparsa de las lecturas originales, y no al revés. Con estas dos materias quería yo, en parte, compensar, cual si se tratara de una deuda deportiva, lo penitencial que se me hicieron en Madrid, y el poco fruto que obtuve de ellas, debido al sistema ramplón y exclusivo de apuntes, con ocultación sistemática [¡quién sabe si dolosa!] de las fuentes normales, de los libros normales. ¡Como si los apuntes que se nos obligaba a transcribir en clase no tuvieran su fuente en los libros, en las obras que *no* se nos mencionaban! Aun siendo asignaturas de contenido muy distante de mis capacidades e inclinaciones, conservo un buen manajo de notas, con las fechas de celebración de las clases; y lo que es más,

me gasté algunos dinerillos en libros tan clásicos, tan archiconocidos y tan de batalla como los de Albert C. Baugh, *A History of the English Language*. Second edition, 1963; Fernand Mossé, *A Handbook of Middle English* [traducción por James A. Walker de *Manuel de l'Anglais du Moyen Age des Origins au XIVe Siécle*], 1952; R.C. Alston, *An Introduction to Old English*, 1961; y sobre todo, un ejemplar de la edición de *Beowulf* de F.R. Klaeber [Tercera edición, 1950], obra clásica entre las clásicas; amén de un utilísimo *Book of Readings: From Old English Times to the Present Day*, compilado por el propio profesor Dean para sus clases.

Asisto, asimismo, a un curso monográfico de todo un año académico sobre Shakespeare, impartido por un tal B.L. Joseph; y desde mi status de profesor reconocido pude aprovecharme de varias 'desk copies' o ejemplares de obsequio de algunas obras de Shakespeare a cargo de la casa Penguin/Pelican. También asistí a clases sobre "Literatura Inglesa reciente" conducidas por James Reaney, Premio Nacional canadiense de Literatura. Y un ciclo de conferencias de Norman Jeffares sobre W.B. Yeats patrocinado por la U.W.O. como institución, remató, en conjunto, mi reciclaje en *mi* carrera. Mis lecturas privadas, mis rebuscas de tal o cual texto en la Biblioteca, y mi ininterrumpida y entusiasta ascesis con el inglés hablado de cada día [y escrito cuando hubiere menester] estaban haciendo de mis 28 años un campo de experimentación intensísima.

Debo decir que lo que hasta entonces iba yo percibiendo de Canadá eran patrones, módulos, muy provincianos, como correspondía a un "quiero y no puedo" de país. El gigante de los U.S.A estaba ahí, al lado, debajo y/o encima según se mirase y Canadá bailaba al son que le imponía el vecino. Las nacientes veleidades de Quebec, atizadas algunos años más tarde por el encalabrinamiento del ¡Viva Quebec libre! del general De Gaulle, se han quedado siempre, hasta la fecha, en eso: Vapor y burbujas de gaseosa. En su momento me referiré a los reportajes que dediqué al asunto. Baste ahora con decir que si un extranjero como yo encontraba muy bien el bilingüismo establecido constitucionalmente para Canadá,

encontrábamos como provinciano y pueril recurso del pataleo en lo cultural las pretensiones de ascendencia francesa por buena parte de la intelectualidad universitaria. En Canadá *todo el mundo* se comunica o puede comunicarse en inglés; y hay quienes, unos pocos en rigurosa proporción, *además* se comunican en francés. Tal es la realidad si contemplada sin contaminación de partidismos. Ahora, en el momento en que esto escribo, septiembre 1995, se ha vuelto a la carga para exacerbar las fantasías de unos cuantos bobos: Estoy seguro que el plebiscito del año que viene sancionará la misma historia de siempre: Que Quebec reclama más autonomía, pero sin dejar de formar parte del federalismo canadiense...

Así, entre estas constataciones y degustaciones de provincianismo-ambiente y la dinámica de mis exigencias vivenciales, que nadie sino yo podía propiciarme..., ocurrió, inesperadamente, por enero de 1965 que la Universidad Queen's de Kingston, y para su Departamento de Español e Italiano, anunció una vacante para sustituir, de momento, a un Associate Professor durante su próximo curso sabático 1965-1966. Soy incapaz de precisar cómo, a través de qué conducto [quiero decir, si se anunció la vacante en algún Boletín, etc.] entré yo en conocimiento del asunto. Pero me puse en contacto con el todavía entonces Jefe del Departamento, Harry Hilborn que, nacido en 1900, alcanzaba ya los aledaños de su jubilación voluntaria. La situación o, mejor dicho, la configuración geográfica de Kingston, a medio camino justo entre Toronto y Montreal, a unas 270 millas o 435 kilómetros al Este de London, y en el extremo noreste del lago Ontario, era cosa sabida o que se podía saber en cuestión de un minuto; así como que Kingston no llegaba a los 75.000 habitantes. Lo que ya constituía un tema de conocimiento más discriminante era que Kingston encarnaba a uno de los bastiones más establecidos y compactos de conservadurismo y tradicionalidad de todo el país. También –y ahí me apoyaba yo– su Universidad pasaba por ser una de las dos o tres más acreditadas, menos masificadas y más prestigiosas de Canadá. Claro que estas excelencias eran debidas a factores ajenos al Departamento de Español e Italiano, aunque la figura venerable de

Hilborn ya era una notable salvaguarda.

Bueno, ¿y a mí, qué? -me dije. Yo estoy aquí para progresar, para ganar un sueldo mejor, y me dan de lado las cuestiones de idiosincrasia interna de estas gentes. Concertamos el día de la entrevista y, como es usual en casos así, me invitaron a dar una conferencia o disertación sobre un tema a elegir por mí de entre, digamos, “La novela picaresca”, “La poesía de la Generación del 27” y “El mito de Don Juan en el teatro español”. Yo entonces jugaba fuerte, muy fuerte; prácticamente me jugaba todo mi resto, y había campos en los que, desde mi calidad de nativo estudioso, y a niveles de Hispanismo para Universidad canadiense... nadie me podía ganar. Jugarme mi resto consistió en decirle a Hilborn que estaba de acuerdo; que prepararía los tres temas indistintamente; pero les pedía que fuesen ellos, él y su Departamento los que en el momento de mi intervención decidiesen el tema sobre el que desearan que yo hablara...

Mi viaje a Kingston en mi coche lo efectué con el mayor sigilo en un día de diario en que no tenía clases en U.W.O. Lo había planeado para regresar en la misma fecha. Entre diez y doce horas de conducir y las aproximadamente tres o cuatro horas que durase mi visita completa a Queen's caían y cabían con mucha holgura dentro de mis posibilidades; eran un menguado reto para mis omnipotentes 28 años... Llegué y, como corresponde a una ciudad de tamaño recogido, me encontré en la Princess Street o calle principal, desde la que me dirigí al Kingston Hall, edificio también conocido como New Arts Building, sede del Departamento de Español e Italiano. Desde el mismo momento en que saludé al profesor Hilborn tuve la fehaciente premonición, la imparable certeza, de que me hallaba ante un cumplido caballero, perteneciente a una especie en peligro de extinción. [El tiempo me lo demostraría cumplidamente] Mi intervención estaba programada para las 16:00 pm. y recuerdo que Hilborn me sugirió hacer una parada intermedia en los aseos [lavabos y urinarios] “to get comfortable” según sus palabras. El saloncito de recepciones estaba preparado con pulcritud. Detrás de la posición que,

como conferenciante, yo debía ocupar, se veían dispuestos los típicos útiles para un té subsiguiente: Tazas, recipientes, cajas de galletas, cacharritos, etc.

Hilborn me presentó al profesorado, en aquel momento compuesto por Arthur Fox, el Associate Professor cuya vacante por un año era objeto de la sustitución que yo solicitaba...; James Mc Donald [“Jim”, me dijo llamarse, de inmediato], un hombretón de facciones rotundas, pelo blanquecino y rizado en alboroto, y que andaría por los 35 años... Había también una chica española, de Salamanca, Julia de la Riva, profesora con el rango de Lecturer..., además de algunos estudiantes graduados y unos 25 alumnos, supongo que de los más mayorcitos y avezados. Allí mismo Hilborn me comunica que el Departamento ha llegado a la conclusión de que el tema de la novela picaresca les parecía el más adecuado...

Estuve hablando durante 45 minutos, sin notas, sin apuntes, sin nada; con rotundidad, con conocimiento, con elasticidad de recursos, con pelos y con señales; sin desfallecer, sin aflojar el efecto de la frase acabada sobre la inmediata respecto del auditorio; con terrible pero digestiva erudición. Terminé, y en el turno de preguntas, tan sólo Fox, el profesor a sustituir, suscitó un tema de libro que contesté y dirimí con perentorio rigor... [¡Valiente elementalidad! -pensé yo más tarde. Todas las fuentes posibles de donde estos prójimos pudieran extraer materiales de conocimiento me las sabía yo de cabo a rabo; todos los manuales ¡...!]. Pasamos al té y tuve ocasión de hablar con una rubia preciosa, Janet, estudiante de tercer curso y que, sentada en el brazo de uno de los sillones anchotes y espaciosos, me estuvo mirando sonriente todo el rato que duró mi conferencia, generándose entre ella y yo la consabida complicidad en que dos corazones y dos inteligencias se consorcian, prestándose aliento, dándole pábulo a la exhibición salvaje de que estaba yo haciendo gala...

Salí de Kingston, de regreso para London, a eso de las 19:00 pm. y me dí maña a estar en casa a eso de la medianoche. Al día siguiente le conté a Pepe lo de mi entrevista en Queen's y, sobre todo, entre bromas y veras, le dije que me había ‘enamorado’ de una rubia,

Janet de nombre. Con la cachaza que su corpulencia le prestaba, y al tanto ya de la etiología de mi más asiduo mal, recuerdo que me dijo: “¿Lo ves? No te puedo dejar solo”. En algún tramo de tiempo no muy separado de entonces escribí este poema para Janet y que publiqué en el nº 11 de *Aldonza* (septiembre 1965):

Duna

Apenas has nacido entre el murmullo
de una cierta velada a mis expensas,
y aun así varios verbos dolorosos
crecieron en el alma doblemente,
me han sembrado de ardores la memoria.
¿Cómo haremos los dos para que el cisma
que ya se deja ver allá a lo lejos
no desmorone nuestra duna ilusionada;
la que el viento de amor ha ido creando
al roce de mi voz y tu palabra?
Por ejemplo, si te amo desde ahora
y dedico una parte de mi tierra
a abonarla contigo, con tu imagen,
¿nacerá la verdad, la nadería;
o creeremos quizás que otra madeja
de tiempo se desteje en nuestras manos?
Queda a tu discreción; un telegrama
que ponga “yo te amo también y por lo tanto
no sé lo que me pasa ni me importa,
etcétera y etcétera”.

La semana siguiente a la de mi entrevista fue un no vivir, un vivir con una bomba de relojería sintonizada con mi sangre. Una de aquellas noches sonó el teléfono de mi piso a una hora en que, por lo tardío, pensé que se trataría de alguna de las amistades de esparcimiento... Era Hilborn. Me halagaba. Me felicitaba. Me daba

cuenta de la estupenda impresión que había causado... y me comunicaba que le habían autorizado a ofrecerme el puesto de Assistant Professor para el curso próximo, o sea, 1965-1966, en el total convencimiento de que al curso siguiente me ascenderían de rango, dando por hecho, así, que me renovarían el contrato... ¿Assistant Professor? Por el silencio espeso y aplomado que yo protagonicé a tal oferta telefónica... “¿Assistant Professor?”, me atreví a balbucir yo ahora, como única respuesta a Hilborn... Acto seguido, un poco repuesto del embate, razoné lacónica pero contundentemente: Assistant Profesor, no, porque ya llevaba tres años en dicho rango, y para no ascender prefería seguir donde estaba... Era muy simple, era incontestable, era la verdad. No sé si aduje alguna otra razón de carga más intelectual, más reflexiva y al mismo tiempo más de ‘órdago’ personal, de inconfundible riesgo, y por lo tanto más difícil, casi imposible de rebatir... Sí, creo que le dije a Hilborn que yo entendía las medidas de garantía y de seguridad que toda institución debía tomar con cualquier nuevo fichaje, pero que en mi caso podíamos congratularnos todos ya que las circunstancias se encargaban donosa y económicamente de resolver el asunto; que yo iba por un año en sustitución de alguien, y que por muy grande que pudiese ser la equivocación, y en caso de que no les resultase, la Universidad siempre podía prescindir de mí, tanto con el rango de Associate Professor como con el de... ¡¡Premier de Ontario!!.. Hilborn me dijo entonces que seguiría consultando con la Administración de Queen's y que me haría la oferta definitiva la próxima semana. Así que, ... un cordialísimo saludo y hasta entonces. Jamás he sentido la probidad de nada ni de nadie de la manera como la percibí hablando y tratando con Hilborn. Me constaba que en la ley de la oferta y de la demanda no hay ni buenos ni malos, sino gente que juega sus cartas. Tal era el caso, con la diferencia de que yo tenía la seguridad absoluta de que Hilborn estaba de mi parte; que él me había recomendado por lo alto, y que la Administración... pues eso, jugaba sus cartas. Si el contrario se achantaba ante el farol, peor para él. ¡Y aquí el contrario resultaba que era yo...!

Si la primera semana de espera fue tensa y grávida de incertidumbre, la segunda semana ésta a la que me refiero, no era apta para cardiacos. Cuando me llegó una carta con membrete del Department of Spanish and Italian, Queen's University, otra vez se me produjo ese discurrir desordenado de la linfa, esas andanadas de sofoco al cerebro. Hilborn, en nombre de Queen's University, me ofrecía el puesto de Associate Professor para el curso 1965-1966, con el salario entonces mínimo de 9.000 \$ canadienses, puesto interino, provisional, en periodo de prueba, sujeto a despido, etc., etc. Es decir, el mínimo del mínimo del mínimo, pero dentro del rango de Associate Professor, y por lo tanto el segundo máximo del sistema universitario y, por supuesto, un salto cualitativo de mi empleo en U.W.O. Probablemente, a mis 28 años, uno de los dos o tres días de más inundante y colmadora satisfacción de mi vida, de mi entera existencia... No creo que pudiera pegar el ojo aquella noche [Y naturalmente que de mis andanzas en los seis cursos que desempeñé en Queen's se hablará a su debido tiempo]. Cuando, enarbolando la carta de contrato, le informé a Sherville, oficialmente, que me trasladaba a Queen's, lo único que me dijo fue: “¡Hey, boy, you've got a good deal!”. En cosas así hay que reconocer que esta gente encajaba la realidad deportivamente mediante la modalidad del “¡If I can't beat them, I'll join them!” [Ya que no les puedo, me uno a ellos]

Durante algún tiempo estuve enredando, indeciso, sobre si hacerme socio ‘in full standing’, o sea, con todas las consecuencias, de un club naturista, concretamente del Eastern Canadian Sunbathing Association. Conservo un carnet con certificación de sello de 24 de abril 1964, lo que indica que mis gestiones datan aun de antes. Y en una tarjeta de identificación de “membresía” propiamente dicha, aparece la fecha mayo 31, 1965 como de expiración provisional de dicha tarjeta. Quiero recordar que debí de leer algún tipo de anuncio o instancia publicitaria en la prensa de London, y en vista de la llevadera carga académica que comportaba mi profesar en U.W.O. decidí alimentar mi curiosidad a cambio de un poco de mi tiempo libre. Mi noviciado consistió en una entrevista con el Presidente y con

la Secretaria del Club: Tan sólo conservo el nombre de esta última, June French, porque aparece en la tarjeta y en el carnet. Luego también me invitaron a un party, digamos, de confraternización, en la casa de uno de los miembros. Casi todo el mundo era mayor, o por lo menos de mi edad en adelante, gente casada y de condición económica media, más bien no universitarios, y dedicados a trabajos administrativos o agrícolas. Sus casas no se hallaban en London sino en alguno de los pedáneos, cuestión ésta irrelevante a efectos de pretender calibrar su status personal, porque ya se sabe que en América del Norte, lo que en España entendemos por *campo* es allí una entidad máximamente urbanizada; y en contraprestación las concentraciones urbanas se esfuerzan por incorporar dentro de sus ámbitos la mayor cantidad de ambientes rurales. Ello, sin tener en cuenta que la red de comunicaciones alcanzaba a cualquier villorrio o caserío... La sede del Club, lo que podríamos entender como ámbito natural o parque abierto para la práctica del “sunbathing” [bañarse en sol o tomar el sol] creo que estaba junto a Belmont, en la ruta 74 al Sureste de London. Recuerdo que en mi primera entrevista me obsequiaron con un buen dossier organizado de los principios del naturismo, sanos en su intención y sanos en su ejecución. Subrayaron el detalle de que no tenía nada que ver con el “sexo”; que cuando alguien estando desnudo miraba a alguien del sexo contrario, también desnudo/a, la mirada se dirigía a la cara, nunca a otro sitio... Me atreví, así, muy marginalmente... me atreví a preguntar que cuál era el procedimiento a seguir, la pauta de estilo a observar, cuando en plena laxitud conversacional, por ejemplo, se produjera una erección imprevista (por no anunciada) e inoportuna (por inoportuna). Me dijeron que ése y cualquier otro supuesto “embarrassing” (embarazoso) debía tratarse *siempre* con naturalidad... [el propio nombre de la Asociación descansaba en principios naturales]... y que con ponerse una toalla encima la cosa debía quedar conjurada. Me vino a la mente alguna picardía o retruécano expresivo que no quise exteriorizar para no alarmar a aquella buena gente: La toalla enrollada *alrededor* parecía menos llamativo que *encima*, que en todo caso

hubiera denotado la rigidez, lo enhiesto de la percha...

Estas y otras reflexiones de tipo programático y teórico me las iban ilustrando diligentemente con recortes y fotocopias de tal o cual Enciclopedia, de tal o cual autoridad pronunciándose sobre las excelencias del... encuernamiento. Colegí que en todo ello existía un entendimiento de principio, un axioma tácito y fundacional, y era que la mayoría de los socios/miembros de este Club Naturista lo formaban parejas matrimoniadas. La presencia de un soltero les traía un tufillo ‘porno’; por lo menos, de excepcionalidad en la mecánica que ellos tenían establecida y que a las mil maravillas les funcionaba.

Un día celebramos una reunión en casa de una de las miembros con el fin de hacer, por los entonces responsables que fueren, un balance del ejercicio anterior; y sobre todo, de mostrar filminas / transparencias de los sitios visitados por los socios. Recuerdo que comencé yo muy ceremoniosamente, muy áulicamente, a llamar “Mrs.” por aquí y “Mrs.” por allá a la anfitriona, hasta que el Presidente [el hombretón con quien tuve mi primera entrevista, y cuyo nombre no conservo, pero al que de una vez por todas llamaremos John], pertrechado ya con una buena jarra de cerveza en la mano, y el acento más expedito, me corrigió con gesto definitivo... “¡Pero qué Mrs. ni Mrs...! ¡Margaret es suficiente!”. Bueno, pues Margaret, convine yo, abrumado de inevitabilidad. En las filminas que se proyectaron aparecía algún campo europeo de naturismo, visitado por el que hubiera obtenido las instantáneas. En otra de las diapositivas tomadas en el propio Club local aparecía nuestro hombre, el Presidente, y June French... quien, al mostrarse allí, de frente, enterita a la vista de todos, aunque fuera en celuloide... propició un circunspecto silencio. John parecía todo un tío, con un corpachón nervudo, atlético y fuerte. June era la típica mujer que ganaba desnuda: Todavía con gafas en la foto, disponía de un pecho proporcionado y de muy correcta conformación; y de un Monte de Venus poblado de copiosa pelambrera...

Con todo, aquello por parte mía no podía prosperar. La única época hábil para “ejercer” el naturismo allí en Canadá era, ocioso

decirlo, la temporada veraniega en que yo, por norma, me marchaba a Europa... y en el fondo, fondo... tampoco veía yo justificación, menos de signo estético que de cualquier otra naturaleza, [no se olvide que yo entonces “had a body”, según lo había atestiguado tan sólo año y medio antes o así la loca de una de mis amigas de M.S.U.] para quitarme la ropa en lugar distinto de un ámbito cerrado y domesticado. Era como si me atarazase un terror primigenio de exponer a la vulnerabilidad ambiental las ya de por sí vulnerabilísimas *partes pudendas*. [Como ilustración de lo que digo podría traer aquí mi acentuada aprensión, aun en la época semi-salvaje de nuestra primera mocedad, a bañarme desnudo en el río... Era como no poder superar la medrosidad de que en cualquier momento se desprendiese el paquete genital y lo perdiéramos aguas atrás] En vista de que mi curriculum como naturista podía prosperar poco, decidí desentenderme de todo aquello [no digamos cuando ya en febrero de 1965 supe que me marchaba a Queen's] no sin antes satisfacer, mejor dicho, cumplimentar mi “natural” deseo de conocer de primera mano la localización y las características del Club...

Estamos a principios de abril 1965. La campaña canadiense, en cualquier día de sol, presentaba esos trazos de esmerada civilidad y cuidados que tan gratos se nos hacían a quienes proveníamos de parajes tan esteparios como la meseta castellana... Disponía de la dirección pero no era fácil dar con el camino justo que dejando la carretera asfaltada a tal o cual altura llevase a la entrada... Recuerdo a un rústico que estaba junto a un tractor, y al que abordé con el fin de que me informara, y que no pudo al principio orientarse sobre aquello que yo, protocolariamente, mencioné como lo que era... la Eastern Canadian Sunbathing... ¡Ah, sí, dónde la gente “go naked... in the nude!” me dijo mientras se rascaba el cuello con un gesto de hurtada y cazurra complicitad, como de... “¡Ya ve Vd... hay locos para todo...!” “Wwwhhpp... up there..”, por allí, sí, por allí, un poco más atrás. Dí con ello porque por fin encontré un cartel, muy rústico y muy discreto, que señalaba el camino. Los únicos que en aquel mediodía estaban disfrutando de su condición de socios del Club Naturista eran el

marido de June y su hijo, que nada más verme se pusieron los pantalones... ¡No se sabe nunca! Conservo, como creo haber dicho, un *Naturist's International Passport*. En su sección central de cartulina aparece en alemán, inglés y francés un recordatorio: En inglés dice así: “Always try to be worthy of the confidence placed in you. At all times and in all places be ready to defend our movement and promote the spread of its ideals” que podría equivaler a: “Procura siempre ser digno de la confianza de la que te has hecho acreedor. En todo momento y en todo lugar demuestra tu disposición a defender nuestro movimiento y a promover la difusión de sus ideales”. También, unas “Instrucciones” algo más *in extenso* sobre el uso del pasaporte y sobre la conducta concreta de su portador, en el reverso.

Lo que sí tuve gran interés en adquirir fue una *Guía Internacional de Campos de desnudismo*. El ejemplar, en edición de 1964 que incluía los datos puestos al día hasta finales de 1963, me lo enviaron de Dinamarca y es un bonito volumen de casi 300 páginas al que yo consideré y sigo considerando un certero y poco convencional instrumento de medición de ciertas realidades sociológicas de 1964: Estados Unidos, con más de cien sedes en sus cincuenta Estados, encabeza el elenco; seguidos de Alemania [entonces sólo del Oeste, a efectos que nos ocupan] con 95 campos; seguida ya, en orden aritmético por número de sedes, por Francia (91, incluyendo un Club de Papeete, Tahití); Gran Bretaña (76); y ya por secuencia alfabética, Argentina (1); Australia (15); Bélgica (12); Brasil (1, en Brasilia); Canadá (14, y por cierto que al hacer el recuento advierto que nuestro Club está consignado como London Sun Club, ASA, RR1, Belmont, Ontario - A); Dinamarca (10); Hong Kong (1); Yugoslavia (7, todos en la costa croata); Marruecos (1, en Casablanca); Nueva Zelanda (7); Países Bajos (11); Austria (26); Suecia (7); Suiza (13); Africa del Sur (1, en Johannesburgo); Rhodesia del Sur (1, en Salisbury).

El pequeño morbo que un lector español puede añadirse de su cosecha es calcular a qué distancia de ánimo se hubieran encontrado los poderes fácticos del Estado Español para haber permitido algún establecimiento así, abierto al público, ¡claro! En resumen de todo

esto conservo mi tarjeta de miembro de la Eastern Canadian Sunbathing Association, afectada hasta el 31 de mayo 1965, y mi pasaporte internacional de naturista. No llegué a usar ninguno de los dos documentos, ni me llegué a “concentrar” en cueros con nadie fuera del encofrado de mi vida privada.

Con las alumnas de *mis clases* [que no *mías*, recordemos una vez más tan esencial y decisiva distinción] compartía esa normal incumbencia de mutua curiosidad. Si ellas estaban curiosas (las que lo estuvieran) respecto de mí, ¿por qué no estarlo yo respecto de ellas? Elemental, significando aquí, de paso, mediante una pequeña cuñita explicativa, que *nunca* mi insinuación fuera lo primero que rompiese la neutralidad, el limbo previo entre alguien que asistiese a mis clases, y yo mismo. Para qué incidir en lo obvio: Un conato de guiño, una vibración dedicada, una palabra de más en clave [cuando no se tratara de epifanías más inequívocas, por supuesto] bastaba por parte de la chica para que uno captara el mensaje. Pero no todas las escaramuzas emotivas se resolvían expeditamente...

Había una chica, Susan Sills, que supongo que por un error u obcecación de cálculo, intentó perpetrar conmigo, en mi persona, a mis expensas, quiero decir, un ensañamiento que acaso ella entendiese como compensación indiscriminada de alguna frustración que otro hombre le hubiese acarreado. Susan era alta, deportiva, preciosa y desenvuelta: Al comenzar el buen tiempo, la primavera 1965, iba en una moto scooter a la Facultad. El caso es que tenía novio y ella sabía que yo sabía que entre ella y yo sólo podía existir –entonces– un enorme mundo de insalvable incomunicación. ¿Por qué me eligió a mí como víctima receptora de su malignidad? La misma pregunta ya me suena a ociosa e inservible... No lo sé... no lo sabré nunca. Me enamoré de su “virtualidad real”... El poema “En cadena” de más de doscientos versos, suscrito para ella y fechado ‘Canadá-España, abril 1965’, apareció en *Aldonza* 10 (agosto 1965) y también en *Poesía Española*. Segunda época, 151 (julio 1965), pp. 17-21. Creo de rigor literario incorporarlo a estas páginas: